

José Luis León

OBRAS ESCIINDIDAS





José Luis León

OBRAS ESCINDIDAS

 Compañía Nacional
ELPERRO 
yLARANA de Teatro

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2026

Obras escindidas, José Luis León

© José Luis León

© Fundación Editorial El perro y la rana

© Compañía Nacional de Teatro

Edición y corrección

Isabel González R.

Diagramación y diseño de portada

Greisy Letelier

Imagen de portada

“Purgatorio con aroma a café”

Fotografía

Arturo Moreno.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5949-1

DC2026000770

OBRAS ESCINDIDAS



ÍNDICE

Prólogo	9
SILENCIO AJENO	13
ROSA DE PAPEL	67
PURGATORIO CON AROMA A CAFÉ	97
UN DÍA DE JULIO... O «QUIÉN FUERA VERNE»	133
EL REINO DE LA MONA	175

PRÓLOGO

Desde muy joven, José Luis León se ha dedicado al teatro. Actor, director, productor y, por supuesto, escritor. Sus raíces están absolutamente dedicadas a las artes escénicas.

Comenzó en el teatro siendo un adolescente de la mano de su padre, el recordado José León, creador del legendario Teatro de Títeres Los Monigotes (1974), al que también pertenecieron sus hermanos y su madre, la destacada actriz y vestuarista Gladys Pacheco. En esta misma etapa, el autor figura como fundador del grupo Ítaca.

Bien dicen que lo que se hereda no se compra y él heredó todo lo que su padre le dejó, lo que a su vez transfirió, junto con su esposa –la actriz y productora Laura Meza–, a su hija también actriz y productora, Ariana León. Padres, hermanos, cuñadas, esposa, yerno e hija, comprenden toda la empresa teatral familiar que se extiende hasta el nieto.

Por su formación en las tablas, este autor escribe de una manera muy singular y es imposible dejar de leerlo y no soñar con el montaje de sus obras. Licenciado en Teatro –mención Dirección Teatral– de la Unearte. Como actor, ha trabajado en numerosas obras con diferentes directores, entre los que se cuentan su padre José León, Eduardo Gil, Levy Rossell, Juan Carlos Azuaje y Eddy Díaz Souza.

En este volumen podremos encontrar cinco de sus obras de teatro, agrupadas bajo el calificativo de “escindidas”, que las definen perfectamente.

Todas tienen esa particularidad: están divididas, partidas, armadas por escenas, en tiempo y espacio. El autor utiliza la escisión o fisión como recurso dramático para mostrar las contradicciones de

la realidad, bien del individuo o del colectivo, en sus dimensiones filosóficas, psicológicas, materiales, etc., con el fin de profundizar en los personajes y la estructura sociopolítica del drama.

Personajes e historias muy particulares que nos activan en el pensamiento, logrando nuestra introversión no solamente como lectores, sino también como espectadores de esas puestas en escena. Si bien cada una es original en sí misma, en tema, espacio y conflicto, al leerlas uno siente la comunión que hay entre ellas.

Silencio ajeno: conversaciones de amigos en un bar llamado La frontera, donde ese límite nos permite reflexionar sobre la vida de los habitantes fronterizos de países en conflicto. Un asesinato, perpetuado en las puertas del bar, se transforma en un conflicto que permite la reflexión acerca de las relaciones humanas y su identidad nacional.

Rosa de papel: audiovisual, títeres y teatro, se mezclan para contar la historia de una niña, Rosa, que sueña con ser adulta. Un texto lleno de ternura y reflexiones. Esta obra se alzó con el Premio Águila de San Martín 2000 y Premio TIN 2000.

Purgatorio con aroma de café: una divertida comedia, llena de cavilaciones acerca de la tercera edad y con profundas contradicciones de una sociedad pervertida, pobre, casi en vías de destrucción. Un mensaje trascendente. Obtuvo el Premio Municipal César Rengifo 2015.

Un día de julio... o “quién fuera Verne”: teatro juvenil, fresco, musical y lleno de juegos que a los niños también divierten. Una obra casi del teatro del absurdo, con temas que obligan a pensar y sentir que los viajes son importantes para el crecimiento cultural de cada ser humano. La imaginación al servicio del artista y, por supuesto, tanto del lector como del público que asista a ver la puesta en escena.

El reino de la mona: un texto lleno de humor picante; un texto de denuncia sobre el abuso del poder, la mentira, los engaños a un pueblo. Una obra maravillosa y llena de humanidad.

Cinco piezas teatrales diferentes, pero con mucho en común. Todas llenas de unos cuestionamientos humanamente importantes; todas llenas de teatro. Un teatro vigente, actual y, a su vez, universal y atemporal; un teatro venezolano muy importante.

ANÍBAL GRUNN
ACTOR Y DIRECTOR DE TEATRO

SILENCIO AJENO

SILENCIO AJENO

PERSONAJES:

TULIO BARRENA: Jefe de Policía de Emigración.

SEBASTIÁN: Viajero, emigrante.

RENGIFO: Hombre de edad avanzada, dueño del bar.

RODOLFO: Hombre de mediana edad, amigo de Alejandro.

ALEJANDRO: Hombre de mediana edad, amigo de Rodolfo.

ESTELA: Periodista.

CARLOS: Periodista.

SOMBRAS: Siluetas que invaden los espacios.

Ficción teatral en dos tiempos y un solo espacio. La escena transcurre en tiempo pasado en el bar La Frontera, citado popularmente como «Los Arcos del Diablo»; nombrado así por estar ubicado en una esquina con siete puertas en forma de arco. Su dueño, Rengifo, es un hombre mayor, llamado por los asiduos «el Diablo» —no por maligno, sino por hacer gala al dicho «más sabe el diablo por viejo que por diablo»—. De aquí el mote popular del lugar: «Los Arcos del Diablo».

Noche oscura interrumpida por un disparo que, como trueno, rompe el silencio. La visión del espacio es tenue; filas sinuosas de humo invaden el ambiente. Rengifo, con ojos desorbitados, mira a los dos hombres que lo acompañan. Tiene un arma en la mano; la apunta, temblorosa, en dirección a los hombres. Tulio Barrena se encuentra agachado socorriendo a Sebastián, que yace herido en el piso. Tulio también sostiene un arma en su mano derecha. El bar está en completo desorden. En una de las mesas hay un mazo de cartas. Las luces de emergencia, tenues, trazan sombras fantasmales a través de los arcos que delimitan las paredes del bar. Las sombras se deslizan de un lado a otro y desaparecen tan rápido como aparecieron.

TULIO: —¿Qué sucedió? ¿Qué hiciste?

RENGIFO: —¿Yo?

TULIO: —¡Llama a una ambulancia! (Rengifo está paralizado observando fijamente el cuerpo del joven tendido en el piso). —¿Qué haces allí? ¡Muévete! ¡Dios mío, se muere! (Rengifo no reacciona). —¡Rengifo!

RENGIFO: —Es que... (Mirando desesperado a Tulio y al joven). —Es que yo...

TULIO: —¿Qué pasó con la luz? ¡Enciéndela!

RENGIFO: —No sé... Debe ser un fusible... Yo no tuve nada que ver...

TULIO: —¡Cállate! ¡No digas nada! ¡Busca ayuda!

Rengifo, apurado, se mueve de un lado a otro. Con el arma aferrada a la mano, apunta acuciosamente a todas partes; sus movimientos reflejan un completo desorden, sin dirección precisa.

TULIO: —¡Esconde el arma!

RENGIFO: —Sí... (*Mira a los lados y esconde el arma*). —Doctor, ¿va a morir?

TULIO: —No soy doctor. ¡Busca una ambulancia! ¡Pronto! No, ¡mejor, ayúdame! Ya no hay tiempo.

Tulio y Rengifo cargan al hombre y salen. La luz se va desvaneciendo mientras se oyen sirenas y radios de policías; el sonido se aleja dando paso, suavemente, a una música tropical.

Tiempo presente. El mismo bar. Mesas y sillas en completo orden; en la barra, los licores flotan en sus botellas coloridas. A un lado, una pequeña mesa; sobre ella, una radio de la que sale una melodía que se hace lejana, sorda y añeja: sonido inequívoco de la «garganta» de un aparato viejo. Sentados a una mesa, Alberto y Rodolfo, dos hombres fundidos en el ambiente, conversan mirando levemente en diferentes direcciones, como si hablaran en secreto de todo lo que los rodea. Juegan a las cartas; el juego da la sensación de haber comenzado hace mucho tiempo. El bar está cerrado. Rengifo limpia y ordena. Se acerca, ávido, a la radio; mueve sus dedos ansiosos sobre la perilla, cambiando y ubicando el dial como si intentara buscar una emisora escondida en la caja sonora. Gira la perilla de un lado a otro. Se escucha música de presentación de noticias; detiene su mano, sus dedos quedan aferrados al dial. Atento, se queda mirando a un punto fijo, como si esperase la aparición de algo. Gira levemente la cabeza, colocando el oído en dirección a la radio. Escucha, como en trance, las voces afónicas que salen del aparato y comienza a dormir.

Voz de hombre en la radio:

CARLOS: —Les damos la bienvenida a «Todo en Noticias»; con ustedes, Carlos Cran y Estela Vanela. Feliz fin de semana a todos. Este fin de semana es de disfrute. Estela, ¿qué vas a hacer este fin de semana? Ya se te ve en el rostro: playa, sol y danza.

Voz de mujer en la radio:

ESTELA: —Así es, Carlos; ésa es la ruta fija de la gente bonita de nuestra ciudad: un buen bronceado y danza nocturna. Ahora vamos a las noticias del día... Continúan las protestas en las que se reclaman mejoras laborales, servicios y seguridad. Los locales exigen prioridad en todos estos temas con relación a los otros, y el reclamo se hace sentir por parte de esta población.

Voz de hombre en la radio:

CARLOS: —Así es, Estela... Y tenemos información del momento: fue herido de bala Sebastián Lezama, un visitante de nuestra hermosa localidad. Fue encontrado a las puertas de un establecimiento de la ciudad, La Frontera, el bar llamado popularmente «Los Arcos del Diablo». Según fuentes, los disparos parecen haber sido efectuados, presuntamente, por uno de los hombres más reconocidos de nuestra sociedad: el jefe de Emigración, Tulio Barrena. A esto se une la cantidad importante de desaparecidos en esta zona...

El sonido de la radio va disminuyendo gradualmente, quedando la voz del hombre en la radio: ...al llegar los agentes...

RODOLFO: *(Se levanta y apaga la radio violentamente; Rengifo, que dormitaba al lado de la radio, se sobresalta).* —Estos comentarios

son los que me molestan, viejo... En serio... no podemos ser hombres correctos porque la sociedad se burla de nosotros. ¡Tulio! Ése es un alma de Dios ¡Un enviado! ¡Un caballero inteligente y letrado! ¡Cómo manda la ley, compañeros! (*Alberto trata de hablar*). —¡No intentes convencerme, mi viejo! ¡La cosa no es así! ¿Quién iba a pensar que una persona tan recta de nuestra sociedad sería sospechosa de un crimen de ese tipo? Además, ésa es gente extraña; uno conoce a sus amigos, sabes quiénes son y lo que hacen. Es más, chico, hasta a tus enemigos los conoces y sabes cómo actúan, pero con esa gente uno no sabe si es amigo o enemigo; son extraños, son otra cosa, tú no sabes a ciencia cierta de dónde vinieron y qué quieren. ¡Es que me molesta, chico! ¡Me molesta!... ¡Acusar a Tulio! Yo crecí escuchando su sabiduría... la sabiduría de ese señor es recia... Así decía mi papá... Yo guardo sus enseñanzas dentro de mí como si fuese una colección de bolsillo. ¡Mira! (*Golpeándose con fuerza el pecho*). —¡Clásicos, amigo! ¡Clásicos! Una colección de bolsillo dentro de mi alma: *Pensamiento libre en siete sesiones*, tomo I y tomo II, autor: Tulio Barrera... Me aprendí al caletre todas y cada una de sus palabras religiosamente. ¿Qué te pasa? ¿Por qué crees que estoy aquí? ¡Por ese aprendizaje, amigo!...

ALBERTO: —Rodolfo, tranquilízate. Yo creo que debes averiguar primero qué sucedió y luego opinas; no puedes estar molestándote por cualquier cosa. En estos momentos pueden estar hablando de Tulio, qué sé yo cuántas cosas más. Si te pones a pararle bolas a eso, te vas a morir, viejito. Esto es un caso serio y se puede tornar grave, amigo... Uno no sabe de lo que son capaces a veces los hombres. Ése es el verdadero misterio de la vida: hoy eres uno y mañana eres otro y luego quién sabe... ¡Menos que los otros! Recuerda lo que te digo, Rodolfo, la situación es seria y se puede tornar grave.

RODOLFO: —¡Qué grave va a ser! ¿Tú también estás a favor de esos?
¡Traidor!... Tú también vas a hablar pendejadas.

ALBERTO: —¿Qué te pasa? Yo no soy traidor, compinche. ¿Qué pasa?
Yo soy de aquí.

RODOLFO: —Yo sé, mi viejo, pero es en serio... Todo eso es un invento,
habladuría de las personas, historias que inventan para hacerles
daño a las buenas gentes, a nosotros, los de aquí. ¡Chico, no
puede ser! Cómo se atreven siquiera a pensarlo, es que me da
indignación. Me comienza a entrar como un tizón por dentro,
mi viejo, una calentura por todo el cuerpo.

ALBERTO: —Viejo, tranquilízate... Mejor ve al baño, lávate la cara y te
sientas un ratico en el retrete, eso te puede aclarar la situación,
a veces sucede. Si no lo intentas, puedes estar perdiendo uno
de los momentos más importantes de tu vida. Ve al baño y
relájate.

RODOLFO: —No, no quiero ir a ningún lugar. Lo que estoy diciendo
es serio. ¡Es serio!

RENGIFO: —Es mucho su ímpetu, joven; créame, de eso no sale
nada bueno.

RODOLFO: —¿Cómo que no, Rengifo?... ¡Tú estás loco! ¿Cómo que
no sale nada bueno? Los mejores trances sucedidos en este
perro mundo han sido con ímpetu y violencia. ¿O no?... Por
ejemplo, díganme ustedes cómo creen que comenzó eso de la
moda y el vestir, padre y madre de todas las artes y ciencias
mundanas... ¡Con un arrebato de violencia!

ALBERTO: —Querido viejo, acabas de apoyar ampliamente mi teoría.

RODOLFO: —¿Cuál teoría?

ALBERTO: —La que dice: «Hoy eres uno y mañana quién sabe...»;
«Al son que te toquen, baila».

RODOLFO: —¿De qué estás hablando?

ALBERTO: —Hace una hora jugábamos a las cartas y eras Rodolfo, mi amigo; después de una hora has perdido la razón completamente. Eres otro: te has vuelto totalmente loco.

RODOLFO: —No, Alberto, en serio, en serio, todo está demostrado en la historia. Todos los cambios importantes en este mundo han comenzado con un berenjenal. ¿Ustedes saben que el primer hombre fue Adán y la primera mujer, Eva? ¿No?

ALBERTO: —Según...

RODOLFO: —Es en serio, presten atención. (*Insiste a Rengifo*).
—Rengifo, oye esto. (*A ambos*). —Recuerdan que Eva se comió una manzana, ¿no es así? Y que comerlas estaba prohibido. Muy bien, pero Eva no hizo caso y el pelmazo torpe de Adán se dejó llevar por Eva... ¿Entonces, qué pasó?... ¿Qué pasó?

ALBERTO: —No sé.

RODOLFO: —¿Usted lo sabe, Rengifo?

RENGIFO: —No...

RODOLFO: —¡Te fijas! Rengifo tampoco lo sabe. ¿Y qué pasa? Yo sí lo sé... La sabiduría se hereda, compañeros... Bueno, continúo. En ese preciso momento de la historia sucedió el primer arrebato de violencia, ímpetu y control en el mundo... ¡Y tremendo arrebato, compañero! Éste fue un arrebato celestial... Imaginen la situación: se abre la puerta del cielo, pero claro, con un trueno porque se abrió de golpe como si la hubieran lanzado, ¿entienden? ¡Pum! ¿Quién aparece detrás de la puerta? El Creador... Sí, el Creador con tremenda cara de seriedad; los mira de arriba abajo: Adán con aquel guindalejo y Eva barbuda. ¿Qué hace Papá Dios? Como a dos críos los regaña, los manda a bañar y a vestir. ¡Despedidos! ¡Fuera! ¡Váyanse al demonio! ¡Desalojo de morada! Agarren sus peroles y se me van...

ALBERTO: —Mi viejo, ya sé cuál es el problema. Estás loco de remate.

RENGIFO: —Creo que no debes tomar más.

RODOLFO: —Lo que les estoy diciendo es bien serio.

ALBERTO: —Eso es lo que me preocupa.

RODOLFO: —¿Entonces? Entonces es así: una cosa lleva a la otra... El Creador iracundo; Adán, furioso con Eva; Eva, encrespada con el Creador... Es decir, todo el mundo frenético con todo el mundo, todos contra todos: violencia extrema. ¿Y qué pasó? ¿Qué hicieron? Cuando los botaron del otro planeta llegaron a la Tierra, y eso es como cuando llegas a otro pueblo: tienes que ponerte en sintonía; si no, no te va bien. Pero, como siempre, los que llegan se creen dueños de todo. ¿Qué pasó? Adán y Eva se miraron... De repente, Adán lanza una mirada picarona a Eva, de arriba abajo; la Eva se sonroja, se da cuenta de su situación de beisbolista.

ALBERTO: —¿Beisbolista?

RODOLFO: —En pelota total. Y allí pasó lo que tenía que pasar... ¡Ah, no! Pero después de aquello la mujercita se puso exigente, porque cada vez que Adán la veía así, iba por más; y Eva, cansada, decidió taparse.

RENGIFO: —¿De qué está hablando usted?

RODOLFO: —Tranquilo, que ya vamos a llegar al lugar que debemos llegar, al llegadero.

ALBERTO: —Este cuento es interminable y raro.

RODOLFO: —Para hacer el cuento breve: cuando Eva se vio desnuda y más solicitada que matón americano en *for wanted*, le pidió a Adán que se sosegara y que la tapara. ¿Qué hicieron? Comenzaron a matar cuanto animal se atravesaba y la Eva decía: «Ay, mata aquél de pepitas... No, ése de rayitas. ¡Ay, qué

lindo ese blanquito! Me va a quedar de un puro... Pero, Adán, ¡qué haces! ¡No manches el vestido de esa cosa roja! ¡Ustedes los hombres nunca hacen nada bien!» ¿Se dan cuenta?... Así comenzó la era *fashion* en el mundo... ¿Y todo por qué? ¡Por un arrebató de violencia! La violencia rige al mundo, amigo.

ALBERTO: —Rodolfo, la realidad es que no entendí nada; además, no sabemos nada... Nada de nada. No podemos ni apoyar ni acusar, sea Pedro, Pablo o Sebastián... Tulio es mi amigo; bueno, lo conozco porque tú me lo presentaste, pero ¿cómo lo ayudó?... Que me perdone, mi viejo.

RODOLFO: —Tulio es una persona recta. En serio, no es capaz de algo como eso. Yo pongo mis manos en el fuego por él. Aquí está Rengifo que también conoce al jefe, al doctor ¿No es así?

RENGIFO: —Claro... Y no es ningún doctor. Yo no sé por qué tienen que pensar que el jefe está metido en problemas. Puede que en este momento esté en la comisaria, o a lo mejor está en su casa o en cualquier otro sitio.

RODOLFO: —Te fijas, te fijas... Tú lo oíste... ¿Qué te estoy diciendo? El jefe no es el culpable, eso es un hecho.

ALBERTO: —Mira, Rodolfo, está bien; vamos a seguir jugando y olvídate del tema. ¿Cuántas cartas tienes?

RODOLFO: —Cinco.

ALBERTO: —¿Qué cartas tienes? Muéstralas.

RODOLFO: —Muéstralas tú.

ALBERTO: —Te toca.

RODOLFO: —No. Te toca a ti... Quieres una. (*Le entrega una carta*). Yo no quiero más.

ALBERTO: —¿Te quedas?

RODOLFO: —Sí.

ALBERTO: —¿No quieres más?

RODOLFO: —No.

ALBERTO: —Muestra tus cartas.

RODOLFO: —Muéstralas tú.

ALBERTO: —Está bien... Dieciocho. ¿Qué tienes?

RODOLFO: —Tres, nueve, once, quince, dieciocho y tres, veintiuno...

ALBERTO: —¿Qué te sucede? Vas a contar el tres dos veces...

Entrégame las cartas... *(Se las arrebató de un manotón).*

—Tres, nueve, once, quince y dieciocho... ¡Trampa!

RODOLFO: —¡No, chico! ¡Cómo vas a pensar eso!... Déjame revisar...

ALBERTO: —¡No! Suelta las cartas... *(Llama).* ¡Rengifo!

RODOLFO: —¿Vas a buscar refuerzos?... ¡Dame acá!

RENGIFO: —¿Qué sucede?

ALBERTO: —Viejo, necesitamos un árbitro.

RODOLFO: —¿Y cómo sé yo que no cambiaste las cartas, mi viejo?

ALBERTO: —Yo no hago esas cosas, viejo... Rengifo, sostén tú las cartas.

(Le entrega las cartas a Rengifo que está parado observando la conversación con actitud de perdido).

RODOLFO: —Un momento, vamos por parte. Rengifo, trae dos cervezas y cigarrillos.

RENGIFO: —Las cervezas las tengo bien frías... pero cigarrillos no tengo; tú sabes que vicios no fomento.

RODOLFO: —¿Y cómo pretendes tú que yo voy a discutir esta situación sin un cigarrillo? No voy a entender nada. Yo necesito estar envuelto en una nube de humo, así pienso mejor.

ALBERTO: —Sal a comprar.

RODOLFO: (*Mirando a Alberto con desconfianza*). —Yo no te dejo solo con mis cartas.

ALBERTO: —¿Qué te pasa? ¿Qué quieres decir? Yo no soy el que está haciendo trampas.

RODOLFO: —O me acompañas, o suspendemos el juego. Tú decides.

ALBERTO: —Está bien, vamos. (*Se levantan*).

RODOLFO: —Pasa tú adelante.

ALBERTO: —Pasa tú primero.

RODOLFO: —No, tú primero... Bueno, los dos. (*Salen desordenados, discutiendo, sin entender qué es lo que se dicen; se culpan uno al otro como niños; se tropiezan con dos jóvenes que van entrando cargados de maletines*). —Está cerrado, amigo.

RENGIFO: —Yo me encargo. Adelante. Buenas tardes, adelante.

Rengifo continúa la limpieza en las mesas sacudiéndolas con un paño antiguo y manchado. Los dos jóvenes se sientan; es una mujer y un hombre.

CARLOS: —Buenas tardes. Dos cervezas, por favor.

ESTELA: —Yo quiero una soda.

CARLOS: —Una cerveza y una soda con limón.

ESTELA: —No, sólo soda.

CARLOS: —Sólo soda, gracias.

RENGIFO: —Enseguida.

En off se escucha todavía la algarabía de los hombres que salieron. Se oye a Rodolfo gritándole a Rengifo. Los jóvenes miran en dirección de las voces, se miran confundidos.

RODOLFO: —¡Rengifo, no veas las cartas!

Silencio incómodo. Los dos jóvenes miran todo el lugar sin prestar atención realmente a nada; cruzan sus miradas y las esquivan. Estela, contrariada, en voz baja y tono de secreto, rompe el silencio.

ESTELA: —¿Aquí es, Carlos?

CARLOS: —Sí, éste es el lugar, todavía se siente la energía.

ESTELA: —Eres un sádico.

CARLOS: —Y tú, una aburrida. Somos periodistas: Estela Vanela y Carlos Cran, esos somos. Locutores de la emisora del momento; además, jóvenes. Y los jóvenes tenemos que joder, arriesgarnos; ése es nuestro trabajo en la vida.

ESTELA: —Es que no sé, me da miedo.

CARLOS: —Tienes que ser valiente, debemos tener fuerza. Somos los mejores. Esto es como la fórmula uno: no podemos dejar que nada ni nadie nos alcance, que nada nos sobrepase; debemos embestir, aplastar. ¿Entiendes, Estela? ¡Somos los mejores! Además, nos acompaña la razón; es por convicción, es una misión, algo sagrado, algo que debemos hacer... Mira, Estela... tómalo como un juego...

ESTELA: —¿Un juego?

CARLOS: —¡Claro! Todo en la vida hay que disfrutarlo como si fuera un juego; sentir la emoción, el gusto. Vamos a hacerlo, Estela, ¡Comencemos el juego!... ¡Señor! ¡Señor!

Rengifo está con las bebidas en el mostrador; se detiene y voltea hacia la mesa donde están Carlos y Estela. Apagón.

En penumbras, por una de las ventanas, se ve en sombras la figura de una mujer con un bulto en sus brazos. Está amamantando a una criatura de la que sólo se ve la silueta. Su aspecto es esperpéntico, mas la acción, por el esmero con que es realizada, se transforma en un

sublime momento. Lentamente, se va desvaneciendo la imagen por la luz cada vez más escasa; la mujer retira la criatura de sus pechos con lentitud, abre sus manos extendiéndolas con fuerza. La criatura da la impresión de querer escapar de las manos de la mujer. Se apagan todas las luces. Dilatado silencio.

Tiempo pasado. Cuando se enciende la luz, en lugar de los dos jóvenes está Sebastián, un joven con aspecto rebelde, tomando una copa. Tulio Barrena está en el mostrador; Rengifo le sirve un trago. Sebastián, desde la mesa, se dirige en voz alta a Rengifo.

SEBASTIÁN: —¡Señor! Uno más, por favor.

RENGIFO: —Ya le sirvo, joven.

SEBASTIÁN: —Es bonito el ambiente por acá.

RENGIFO: —Si le gusta el calor y el polvo, está bien.

TULIO: —¿Viene de lejos?

SEBASTIÁN: —Vengo.

TULIO: —¿Se quedará por mucho tiempo?

SEBASTIÁN: —No lo sé.

TULIO: —¿A qué se dedica?

SEBASTIÁN: Yo...

TULIO: —No tenemos a mucha gente nueva por acá, no hay muchas oportunidades. Los locales son celosos... Lo digo como información general, usted entiende.

SEBASTIÁN: —Entiendo, no tiene por qué preocuparse, estaré bien.
¿Y usted?

TULIO: —Muy bien. Yo soy de acá; llevo mucho tiempo en este lugar. Es mi casa; de aquí es toda mi familia, mi trabajo, mi vida, mi seguridad y tranquilidad.

SEBASTIÁN: —Me alegro, es un lugar muy acogedor...

TULIO: —Y estamos al límite. Bueno, quiero decir, hay pocas oportunidades; es decir...

SEBASTIÁN: —Entiendo, no se preocupe, estaré bien.

TULIO: —La frontera es un lugar apacible y así queremos estar. La seguridad es importante para nosotros, sentirnos seguros es vital. La incertidumbre no es buena compañera.

SEBASTIÁN: —Entiendo. Muchas veces, caras nuevas crean incertidumbre. No se preocupe por mí; yo sé que no me conoce, eso le puede fundar inseguridad. El no saber quién es alguien puede crear confusión; a nadie le gusta no saber.

TULIO: —Ni la competencia.

RENGIFO: (*Interrumpiendo ansioso*). —¿Quieren escuchar deportes? El deporte es competencia y la competencia es sana. (*Se mueve a cambiar el dial de la radio*).

SEBASTIÁN: —Eso de la competencia sana puede ser un mito. ¿Usted juega voleibol?

RENGIFO: —No. (*Toma una silla que iba a cambiar de posición; quedando en medio del camino, se detiene a oír*).

SEBASTIÁN: —Debería. Es un juego entretenido y, en apariencia, inofensivo. Oiga... La pelota está en poder de un equipo, pero no le pertenece. Es más, la pelota es libre, no le pertenece a nadie... pasa de un lado a otro armónicamente... Pero todo tiene su final. De pasar de un lado a otro se acaba el tiempo; ya no se sabe de qué lado debe estar la pelota. Lo cierto es que, del lado que quede, los puntos se restarán. Esto genera tensión. Es importante que aquello extraño no esté más en tu sector. La avaricia, la inseguridad, la zozobra por la pertenencia del espacio se vuelve una rapiña... Si la pelota cae y queda en el espacio contrario, habrás ganado. Todos quieren eso.

Ahora nadie quiere esa pelota de su lado. Comienza a crecer la voracidad; cada bando quiere la pelota del lado del otro. Nadie quiere de su lado aquello que les haría «perder», la seguridad depende de que la pelota esté fuera de tu territorio. A los tres toques se debe decidir; el tiempo se acaba, debe haber un ganador... Así sea efímero, sólo la sensación, el deleite de tener esa esfera fuera de tu responsabilidad, fuera de tu zona, lejos de tu espacio, te da una percepción de poder y seguridad. El tener ese poder se vuelve lo único importante para cada una de las partes; ya no importa cómo, no importa nada... Entonces viene el desenlace... Con gran ímpetu, se levanta por los aires uno de los hombres de un bando y la golpea violentamente; la pelota va a parar en el estómago de uno de los contrarios, reventando con fuerza y empujándolo al suelo con feroz vigor... momento sublime... para unos... La pelota pasa a otro territorio; ahora es responsabilidad de otros... Pero esto no termina allí; esto se repite y se repite.

TULIO: —Eso lo he oído varias veces: se repite, se repite y se repite.

RENGIFO: —Con todo respeto... No entiendo, señor...

Rengifo coloca con fuerza la bebida en la mesa donde está sentado el joven. El sonido retumba en la madera vieja de la mesa como el golpe de un tambor. Apagón.

El sonido continúa como un eco en el espacio oscuro. La madera antigua de la mesa se siente crujir con cada golpe. En penumbras se ve una mujer envuelta en trapos o, más bien, harapos. Avanza con lentitud y gran pesadumbre. Sus pasos acompañan el eco que se escucha monótono y rítmico, como los de un tambor que evoca tiempos lejanos que conduce a un sentenciado rumbo al patíbulo. Lentamente, la imagen se va desvaneciendo. La luz regresa. Tiempo presente. Carlos, Estela y Rengifo en el mismo lugar de la escena anterior.

CARLOS: —¡Señor!...

Rengifo está pensativo, ausente.

ESTELA: —Quédate tranquilo, Carlos.

CARLOS: —Cuántas veces lo voy a repetir, debemos atrevernos, Estela. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién? Quédate tranquila. Espera...

ESTELA: —Mejor nos vamos; esta historia no vale la pena.

CARLOS: —No, nos vamos. ¡Señor!

Rengifo reacciona y comienza rápidamente a buscar el pedido.

ESTELA: (*Levantándose*). —Entonces, quédate tú.

CARLOS: —No te muevas, allí viene.

RENGIFO: (*Llega Rengifo con las bebidas, las pone en la mesa*). —Salud. ¿Algo más?

CARLOS: —Sí, gracias. ¿Usted siempre está aquí?

RENGIFO: —No. A veces estoy en el mostrador o en la mesa de juegos, en la caja y en aquel rincón; es como dicen: «Atendido por su propio dueño». Estoy aquí más bien como un vigilante penitente de todos los turnos...

CARLOS: —Muy bien, entonces, nos puede ayudar.

ESTELA: —No le haga caso, señor...

CARLOS: —¿Cómo dices eso? Le explico... Yo soy director de cine. Un placer. José Félix Santos y la señorita Betty Alcántara, mi asistente.

RENGIFO: —Mucho gusto. Rengifo.

CARLOS: —Señor Rengifo, en estos momentos estamos adelantando un proyecto cinematográfico, y si no es molestia, nos gustaría, si puede y si tiene lo que nos interesa... En pocas palabras, estamos interesado en usted; podríamos trabajar juntos.

RENGIFO: —¿Interesados en mí?

CARLOS: —Se nota que gana bastante dinero, pero algo extra nunca sobra; además, su tipo nos interesa. ¿Verdad, Betty?

ESTELA: —Sí... Sí está bien.

RENGIFO: —Yo no sirvo para eso, muchachos.

CARLOS: —No, es perfecto. Justamente estamos buscando gente como usted: gente normal, gente como uno, gente que pueda expresarse con naturalidad; no esas porquerías montadas y falsas de las películas de ahora. En pocas palabras, una persona real, simple... El personaje es un infeliz, un mentecato, un don nadie...

RENGIFO: —Jovencito, respete...

ESTELA: —¡Carlos!

CARLOS: —¡Usted es el personaje! Eso es lo que quiero: reacciones normales, puras... ¡Vamos, amigo, anímese!

RENGIFO: —No sé... es que...

ESTELA: —Yo creo que es mejor que nos vayamos.

CARLOS: —Vamos a hacer una prueba.

ESTELA: —Carlos...

CARLOS: —José Félix.

ESTELA: —José Félix...

CARLOS: —Betty, tú te colocas aquí. (*Mueve a Estela a empujones*).
—Ven... ¡Vamos, muévete!... (*Toma por el brazo a Rengifo*).
—Usted se coloca por aquí...

RENGIFO: —Joven, no desordene...

CARLOS: —Ése es el carácter que quiero. ¿Lo oíste, Betty? «No desordene». ¡Qué bueno es!

RENGIFO: —Usted...

CARLOS: —Tranquilo. (*Saca una cámara de uno de los maletines*).
—Ésta es la cámara... (*Rengifo la mira*). —¡No la mire! (*Rengifo voltea su rostro en otra dirección*). —Ya está. Ahora vamos a la situación... Se conocen desde hace mucho tiempo... (*Estela se mueve del lugar molesta*). —¡Betty, atención!... (*La regresa al lugar donde antes la colocó; Rengifo, sorprendido y atribulado, no se mueve*).

ESTELA: —Déjame en paz.

RENGIFO: —Aquí no se puede...

CARLOS: —Usted habla cuando le toque.

ESTELA: —Félix, ¿qué te pasa?

RENGIFO: —Un momento. ¡Ya está bien! ¡Deténgase!

CARLOS: —¡Así es! (*Carlos comienza a filmar*). —¡Tú le respondes, Betty!

ESTELA: —¿Qué? ¿Yo le respondo qué?

CARLOS: —Eso es... ¡Continúen!

RENGIFO: —Ésta es una locura. ¿Qué está haciendo este loco, señorita?

CARLOS: —Vamos, responde, Betty.

ESTELA: —¿Qué? ¿Qué responda qué?

RENGIFO: —Esto es una locura.

CARLOS: —¿Qué es una locura?

RENGIFO: —¡Respete! Se acabó... *(Sale de su estado de paralización y toma una de las sillas para ponerla en su sitio).*

CARLOS: —Responde, Betty.

ESTELA: —¿Responder qué?

CARLOS: —Que se acabó.

ESTELA: —¿Qué se acabó?

CARLOS: —Responda.

RENGIFO: —¿Responder qué?

CARLOS: —¿Cómo murió? ¿Quién era? ¿Quién lo mató? ¿Cómo acabó todo?

RENGIFO: —¿De qué estás hablando, muchacho? ¿Qué le sucede? *(Queda paralizado con la silla en sus manos).*

ESTELA: —Está loco; no le preste atención.

CARLOS: —¡Está loco! ¡Te va atacar con la silla, Betty! ¡Sigam, estoy grabando todo!

RENGIFO: —No, no le haré daño, señorita.

CARLOS: —Entonces, ¿quién fue?

RENGIFO: —¿Quién fue qué?

ESTELA: —Quédate tranquilo.

CARLOS: —Sí, quédese tranquilo. ¡Suelte la silla!

RENGIFO: —¿Qué pasa? ¿Están locos? ¿Qué es esto? ¿De qué hablan?

Estela y Carlos quedan arrinconados. Carlos, por encima del hombro de Estela, graba como poseído al hombre. Rengifo, con la silla en la mano, lo mira sorprendido con rostro de terror. Hablan al mismo tiempo.

ESTELA Y CARLOS: —¡No!

RENGIFO: —¿Qué les pasa? ¡Tranquilos!

La escena se detiene.

Apagón.

Sombras pasan lentamente por la penumbra de los arcos; huyen sigilosamente. Pareciera que son perseguidas. Sonidos de pasos sobre la hierba y el despejar de matorrales inundan el espacio; paulatinamente van desapareciendo, al igual que el sonido que las acompaña.

Pasado. Vuelve al ambiente anterior, donde se encuentra Rengifo con la silla en la mano, pero ahora están Tulio y Sebastián.

RENGIFO: —Con todo respeto... ¿De qué están hablando?

TULIO: —Rengifo... permíteme explicarte. En cierta forma es así. El dilema es cuál equipo tiene la razón. Están convencidos de que el contrario está equivocado, o que no debería ser el dueño del espacio, del balón o de algo; cualquier cosa. Para cada uno, el sentido de ser dueño de la razón los convierte en poderosos... únicos... y a los contrarios en menos que nada... como pareciera sentirse nuestro amigo: dueño de la razón. El problema no es la razón, la verdad o la justicia, sino su razón, su verdad o su justicia. Puede que cada uno tenga un modelo personal y ajustado a sus necesidades y requerimientos.

SEBASTIÁN: —No cree que debería existir un estándar para eso. Si algo es justo, debe ser verdadero y razonable para todos.

TULIO: —Todos, he allí la complicación. Para todo hay una solución práctica, no es necesario exponer al equipo a estos debates. Siempre debe existir un árbitro. ¿No le parece?

SEBASTIÁN: Claro. Supongo que una majestad superior debería hacerse cargo de ello, y así la responsabilidad y el orden recaerían en la nada... Un espacio donde el equipo se guía por reglas divinas y el subsiguiente temor al castigo al no cumplirlas. ¿Se podría debatir entre qué es justo o no? ¡No! La regla es la regla, delimita el espacio de cada uno. La regla salida de los labios de un árbitro divino que crea esas líneas imaginarias, pero finalmente líneas reales de separación. Las rosas no se juntan con el matorral, aunque la naturaleza lo decida así. Entonces, lo natural comienza a ser extraño y hasta peligroso; pero las reglas pueden decir otras cosas, ¿verdad?

TULIO: —En todos los juegos existe el árbitro y las reglas; el árbitro nos protege...

SEBASTIÁN: —¿Es ése el mismo árbitro que crea el miedo y luego habla de él? Ese mismo árbitro que luego se erige como protector de los mismos miedos que creó. ¿Ése?

TULIO: —Las reglas son las reglas y nadie puede venir de ningún lado a cambiarlas. El árbitro se encarga de llevar y hacer cumplir las reglas a todos los niveles.

SEBASTIÁN: —Sólo coloco posibilidades para abrir caminos en esas fronteras imaginarias; a esos límites de los que usted habla y en los que nos colocamos, como los niveles, por ejemplo.

TULIO: —¿Ahora me va a decir que la sociedad no tiene niveles, amigo? Le pongo un ejemplo... ¿qué toma usted?

SEBASTIÁN: —Ron.

TULIO: —Rengifo, un ron para el señor y un *whisky* para mí. La razón para que tengamos diferentes gustos en lo que bebemos

no debería ser relevante; pero, si lo llevamos a un entorno económico o social, podríamos encontrar mil razones para discutir. Es más, podríamos hasta llegar a un conflicto mayor.

RENGIFO: —Para mí, *whisky*, ron o cerveza es igual: todos son nocivos para la salud. No deberían estar permitidos.

SEBASTIÁN: —La capacidad de discernir debe tener su espacio, ¿o no?

TULIO: —Claro. Pero, en el caso de ser usted un radical empedernido, me diría que debería tomar ron y que, por tomar *whisky*, no soy un patriota; es más, me llamaría traidor. Y sólo por mis gustos argumentaría que me vendo o que enriquezco a extraños, sin dejar de nombrar que sería un burgués asqueroso.

SEBASTIÁN: —Bueno, eso es un extremo... Aunque no hay duda en que hay que apoyar a la industria local y hay que tener billetes, y bastantes, para el gustillo... Salud... ¿o no?

Los dos hombres toman los vasos elevándolos, toman el licor a fondo y colocan con fuerza los vasos sobre las mesas al unísono.

Apagón.

El sonido queda sostenido en la oscuridad; de pronto, un fuerte golpe le da fin a aquella resonancia.

Tiempo presente. Entran Rodolfo y Alberto como un comando de asalto; todo se convierte en un gran caos.

RODOLFO: ¡Están asaltando a Rengifo!

ALBERTO: —¡Cuidado, cúbrete!

RODOLFO: (*Sacando un arma*). —¡Quietos! (*Estela y Carlos levantan los brazos. Carlos tiene en sus manos la cámara grabando en dirección a Rodolfo*).

ALBERTO: (*Lanzándose sobre Rengifo, abrazándolo*). —¡Arma!
¡Cuidado, tiene un arma!

RENGIFO: —¡No!

Carlos y Estela se lanzan al suelo escondiéndose en un rincón detrás de una de las mesas. Rodolfo se esconde en el otro extremo tumbando una mesa, quedando detrás de ella. Alberto, sosteniendo fuertemente a Rengifo, se esconde detrás de la barra con él abrazado. Se escuchan sólo las voces.

RODOLFO: —¡Ríndanse! ¡No tienen oportunidad! Aquí la cosa es diferente. ¡Ríndanse!

ALBERTO: —¿Qué demonios pasa aquí, Rengifo?

RENGIFO: —¡Suéltame!

Rengifo aparece detrás de la barra. Alberto sujeta a Rengifo tapándole la boca y sumergiéndolo detrás de la barra. El bar queda en una pausa sonora sostenida; no se escuchan voces hasta que el silencio se rompe con murmullos de Rengifo que salen detrás de la barra de licores.

ALBERTO: —¡Silencio! Nos van a localizar.

RENGIFO: —¡Qué dices! ¡Si todos estamos en el mismo sitio!

ALBERTO: —Tú no has oído de la ecolocalización. ¡Cállate! (*Tapándole la boca, Rengifo lo muerde*). —¡Me mordió!

RODOLFO: —¡Salgan! ¡Tienen amarrado a Alberto! ¡Está gritando que lo mordieron! ¡Suéltelo, desgraciados! ¡Lo están torturando, lo van a matar!

ESTELA: —No tenemos armas.

CARLOS: —¡Cállate! Nos quieren eliminar, nos van a matar...

Carlos entra en crisis. Todo es confusión, todos hablan al mismo tiempo. Rengifo se libera de Alberto y sale al centro del salón. Todos continúan escondidos.

RENGIFO: —Se acabó el juego, más respeto. ¡Qué vaina es ésta! Yo soy un señor y éste es un lugar respetable, ¿qué creen, que están en cualquier bar...? Bueno, sí. Un bar sí, pero decente. Guarda esa arma y ustedes salgan de ahí.

Alberto y Rodolfo comienzan a salir con cautela. Estela y Carlos se mantienen escondidos.

RODOLFO: —Disculpa, Rengifo. Es que yo vi a esos dos y pensé que te querían robar.

CARLOS: *(Sale como un bólido tratando de derribar a Rodolfo).*
—¡Maldito!

Alberto y Estela interceptan a Carlos. Rengifo se aparta.

RENGIFO: —¡Mátense! Mátense, eso es lo que falta: que se muera por lo menos uno semanal en el negocio... Tenemos que estar a tono con la onda general. ¡Sean originales, carajo!

Logran separar a Rodolfo y a Carlos; estos se colocan cada uno en una esquina del bar como si estuvieran en un ring de boxeo. Suena el teléfono y los dos reaccionan al ataque automáticamente; Estela y Alberto logran detenerlos.

—Ahora sí... Alberto, ¿por qué no cobras entradas? Y usted, niña, encárguese de las apuestas... *(Atendiendo el teléfono que no ha cesado)*

de sonar). —Diga... ¿Cómo está, señora? Sí, gracias, muy bien... Sí, un momento... Es para ti, Sugar Ray Leonard...

RODOLFO: (*Atendiendo el teléfono*). —Sí. Sí, mi amor... Sí, mi amor, yo lo llevo... No... Ya salgo...

CARLOS: —¡Lo voy a matar!...

ESTELA: —Tranquilo.

CARLOS: —Nos querían matar. ¡Nos querían matar! (*Se abalanza sobre Rodolfo que está colgando el auricular, Alberto lo detiene*).

ALBERTO: —Tranquilo... Tranquilo... Rengifo, ¿quieres explicar qué está sucediendo aquí?

RENGIFO: —Aquí no está sucediendo nada anormal.

RODOLFO: —¿Cómo que no sucede nada anormal? Yo te vi con una silla en la mano.

ALBERTO: —Y este señor te apuntaba con un arma.

ESTELA: —Estúpidos, ésa no era un arma, es una cámara ¡Una insignificante cámara! ¿Lo entienden? ¡Salvajes! ¡Animales! ¿Lo entienden?

ALBERTO: —Pero ¿qué hacían ustedes con una cámara aquí?

CARLOS: —Eso no te interesa.

RODOLFO: —Esas piltrafas son espías; seguro quieren perjudicar el negocio y al jefe Tulio.

RENGIFO: —¡Cállense ya! Ellos no son espías y se acabó la discusión.

ALBERTO: —¿Y entonces? ¿Qué estaban haciendo?

ESTELA: —Nosotros...

RENGIFO: —¡Nosotros nada!... Ayúdale a lavarse la cara y luego se marchan... Y ustedes, siéntense allí tranquilos sin preguntar más pendejadas. (*Estela sale con Carlos a curarle las heridas*).
—¡Qué situación más estúpida! Esto es insólito.

Todo queda en silencio, un silencio sordo. Rengifo comienza a arreglar las mesas; Rodolfo y Alberto lo ayudan tímidamente. Ambos, con actitud de vergüenza e intriga, terminan de arreglar las sillas y mesas; se miran entre ellos, confusos. Mientras Rengifo está visiblemente molesto y refunfuñando, Rodolfo no aguanta más la curiosidad e, intempestivamente, interpela a Rengifo.

RODOLFO: —Rengifo, tú tienes que explicarnos, esto no es normal.
¿Qué estaba haciendo esa gente aquí? ¿Tú nos ocultas algo?

ALBERTO: —Quédate tranquilo, Rodolfo, que el viejo está molesto.

RODOLFO: —No. Es que eso no es así. Conozco a este viejo desde hace muchos años y me preocupa... ¿Tú no estás metido en complicaciones con drogas, Rengifo?

RENGIFO: —¡Coño! Cállate la boca, Rodolfo.

ALBERTO: —Sí, déjalo tranquilo.

RODOLFO: —No, chico, eso no es así. Aquí pasa algo. Viejo... (*En tono de broma*). —¿No será que tú botas la segunda y estabas peleando con la muchacha por el crío?

RENGIFO: (*Lo agarra por la camisa*). —¿Qué te pasa?... ¿Qué te pasa?
¿Tú me quieres conocer a mí?

RODOLFO: —No te pongas así, suéltame; lo que pasa es que estoy preocupado por ti.

ALBERTO: —Es cierto. Suéltalo, Rengifo... No es para tanto, sólo está preocupado.

RENGIFO: (*Soltándolo*). —¡Qué diablos les importa a ustedes la vida de nadie! ¡Qué demonios les importa mi vida! Lo único que les importa, lo único que les interesa, es averiguar, tener una historia de alguien, una versión de algo, de cualquier cosa... luego poder utilizarla cuando mejor les parezca para fastidiar a la gente, simplemente fastidiar. Hasta para pasar una noche riéndose de alguien... ¡Hasta para eso! ¿Cómo les puede complacer desprestigiar a gente decente? ¿Cómo creen que pueden andar por la vida juzgando, hundiendo y burlándose de las personas? Para lo único que sirven es para estar metidos aquí día y noche, haciendo sus dictámenes y sentencias a todos aquellos que no estén de acuerdo con su forma de pensar y actuar... No sean pendejos... ¡Pendejos los dos! ¡Pendejo Tulio! ¡Pendejos los carajitos! ¡Pendejo todo el mundo!

RODOLFO: —Yo lo único que quería era saber de ti... discúlpame por preocuparme...

ALBERTO: —Eso no es así, Rengifo. Tú sabes que por encima de todo está la amistad y el respeto, tú sabes que nosotros te respetamos... No son tres años conociéndonos.

RODOLFO: —Así es, tú no estás entendiendo la situación. Nosotros somos tus amigos, somos la misma gente. Me haces sentir muy mal, viejo; yo me consideraba en alta estima contigo...

RENGIFO: —Bueno, tampoco es así, es que uno se molesta y...

RODOLFO: No... Tranquilo... hay cosas privadas... yo te entiendo.

ESTELA: (*Entrando*). —Señor Rengifo, ¿no tiene algo para curarle la herida a Carlos?

RENGIFO: —¿Carlos?

ESTELA: —Sí... Yo le digo así de cariño.

RENGIFO: —Ahí en la barra está un maletín de primeros auxilios.

ESTELA: —Gracias. *(Toma la caja de primeros auxilios y sale)*.

ALBERTO: —Y la muchacha está bien buena... ¿La conoces desde hace tiempo, Rengifo? ¿Es de por aquí?

RENGIFO: —No creo, nunca la había visto.

RODOLFO: —¡Viste! Yo sabía. ¿Y el llorón?

RENGIFO: —Tampoco.

ALBERTO: —Ah, ¿los estás conociendo ahora? ¿De dónde son?

RENGIFO: —No sé. ¿Van a empezar?

RODOLFO: —¿Vas a seguir, Alberto? Ésas son cosas privadas de Rengifo. Él puede hacer lo que quiera con su vida; a lo mejor estaban comprando algo, o tomándose algo... o vendiendo algo... o un negocio... ¿Era un negocio, Rengifo?

RENGIFO: —Sí... Bueno, no... Era una prueba.

ALBERTO: —¿Una prueba?

RENGIFO: —Sí.

RODOLFO: —¿Una prueba de qué?

RENGIFO: —No sé... De cámara.

ALBERTO: —¿De cámara?

RODOLFO: —¿Te estaban vendiendo una cámara?

RENGIFO: —No.

RODOLFO: —¿Entonces?

RENGIFO: —Bueno... una prueba de cámara... de cine... ellos vieron... No sé... un talento, algo en mí y...

ALBERTO: —Hablas de algo así como una película, una novela...

RENGIFO: —Sí.

RODOLFO: ¿Y tú estabas en una de actor galán?

RENGIFO: —Sí... ¡No!... No habíamos comenzado.

ALBERTO: —Está bien... Está bien... ¿Y así, calvo y todo?...

RENGIFO: —Sí. ¿Por qué?

ALBERTO: —No, no, por nada... (*A Rengifo*). —Pelón, pásame las cartas...

RODOLFO: —¿Cuál pelón? Le ponemos un peluquín y queda igual a un cantante de *rock*. Imagínatelo montado arriba de la barra... «Michu, michu».

ALBERTO: —¿Qué te pasa?... Estás muy equivocado, Rodolfo. Ese viejo es como para una película de terror...

RODOLFO: —Tienes razón: perfecto para una película de zombis, Rengifo sería electrizante.

ALBERTO: — «El fantasma de la rockola ataca de nuevo».

RENGIFO: —Jodan... Jodan...

ALBERTO: —No podrás dormir tranquilo... te acechará, te acorralará...

RODOLFO: —El vampiro que mama.

Rodolfo y Alberto ríen ruidosamente burlándose de Rengifo. Entran Carlos y Estela. Rodolfo y Alberto ahora hacen silencio, dejando escapar risitas burlonas cada tanto. Carlos y Estela se dirigen a la mesa cabizbajos, y comienzan a recoger sus maletines con gran torpeza y desgano.

RODOLFO: (*Dirigiéndose a Carlos*). —Spielberg, disculpa... Ya el galán nos explicó, que vergüenza, amigo.

ALBERTO: —Sí, señorita, ya todo está claro; no se vayan, les invito un trago... Usted sabe... Para disculparnos...

ESTELA: —No. Gracias.

CARLOS: —No... Está bien, está bien.

RODOLFO: (*Dirigiéndose a Rengifo*). —Galán... Muchachos, ¿qué quieren tomar? ¿Cervezas?

ESTELA: —No, yo no quiero nada.

RODOLFO: —Galán, tráeme una soda para la señorita y una cerveza para el joven, a nosotros nos traes lo mismo... Si no es molestia, «Galán».

Rengifo camina con hastío en dirección a la barra, se coloca detrás de ella. Mira a los dos hombres. Rengifo sirve las bebidas.

Apagón.

Los arcos se iluminan y diferentes siluetas humanas los habitan; lentamente, se van desvaneciendo las imágenes. La luz regresa a la escena.

Tiempo pasado. Están Rengifo, Tulio y Sebastián.

TULIO: —Nos traes lo mismo, Rengifo.

SEBASTIÁN: —Me trae limón, por favor... Para alejarnos más de los gustos.

TULIO: —Los gustos a veces no tienen gran importancia, lo importante son las ideas y los hombres.

SEBASTIÁN: —Eso sí es razonable, jefe.

TULIO: —¿Sabes quién soy?

SEBASTIÁN: —¿Quién no lo sabe?

TULIO: —¿Y tú? ¿Quién eres?

SEBASTIÁN: —Alguien que no está de acuerdo con las reglas y las ideas limitantes del jefe.

TULIO: —¿Qué originalmente limitante! ¿Eres de muy lejos?

SEBASTIÁN: —Jefe, no creo que sea importante.

TULIO: —Podríamos trabajar juntos, cada uno desde su frontera y sus límites; tú pareces ser un muchacho inteligente.

SEBASTIÁN: —¿Inteligente? Entonces no creo que podríamos trabajar... «No soy de por aquí». Y tengo entendido que, para trabajar con usted, «jefe», lo menos que se necesita es inteligencia... mientras menos mejor... ¿No le parece, señor?

RENGIFO: —Yo me siento como en medio de unas malas vacaciones, en una playa con el tiempo a punto de llover y el mar picado... Ustedes son como las olas y la costa: se acercan y se alejan constantemente, aunque todo sea siempre inseparablemente turbio... Tranquilos, señores.

TULIO: —Aquí nos encontramos frente a otro problema. ¿Será verdad eso que acabas de decir?... ¿o es una mentira? Para mí, es falso... Nosotros no tenemos la culpa de que la gran mayoría de las personas que comulgan con nuestras ideas y se nos acercan no tengan un gran nivel...

SEBASTIÁN: —Y mejor si no es «ni gran» ... «ni ninguno». Así son más manejables, ¿verdad? Seguro usted es de los que pregonan que, a la gente, después de tenerla bajo control, hará ciegamente lo que les digan —o mejor aún, lo que les permitan hacer—; y, en el caso perfecto, repetirán y se adecuarán a lo que se le enseñó a hacer y decir... Además, no son los primeros que utilizan este tipo de tácticas para tener el control... ¿Verdad, jefe? Usted me confunde... Esta nueva táctica no la conocía...

TULIO: —¿Cuál?

SEBASTIÁN: —La frontera caliente, encendida, y usted tranquilamente se toma unos tragos.

TULIO: —Eso no se corresponde con la verdad; pero si fuese así, creo que compartimos las mismas tácticas, ¿o no? Salud. (*Tulio toma un sorbo de su vaso, se levanta y se acerca al mostrador hablando en voz baja con Rengifo*). —Rengifo, un poco más de hielo. Cuidado con este hombre... No es de por aquí, mantente alerta, no sé cuáles sean sus intenciones...

SEBASTIÁN: —Profesor, esta ronda yo la pago... Nos trae lo mismo, por favor... Gracias.

Apagón.

Las mismas figuras ahora colocadas en diferentes posiciones; la luz que alumbra los arcos parece palpar. Un sonido de pisadas sobre la hierba acompaña a las palpitations de luz. Mientras el sonido va aumentando su volumen, la luz de los arcos va mermando hasta oscurecer.

Tiempo presente.

RODOLFO: —Gracias, salud.

ALBERTO: —Salud.

RODOLFO: —Y, ¿cómo es eso del cine?

ESTELA: —No es que hagamos cine profesional, aún somos estudiantes.

RENGIFO: —Eso no fue lo que ustedes me dijeron.

CARLOS: —Pero sí estamos preparando una película.

ESTELA: —Más que una película, es un documental.

ALBERTO: —Un documental, ¿qué es eso? ¿Algo así como una entrevista?

ESTELA: —Más o menos, es algo más completo.

RODOLFO: —Te fijas, te dije que eran espías.

ESTELA: —No, no somos espías; la verdad es que somos...

CARLOS: —Investigadores... Eso es: investigadores visuales.

ALBERTO: —¿Qué vaina es ésta?

CARLOS: —Nosotros recogemos casos de la vida real... Por eso buscamos actores en la calle. Por cierto, tu voz es bastante interesante.

ALBERTO: —¿Te parece?

RODOLFO: —¡Ayayay! ¡Eso, cayó otro galán!

ESTELA: —Carlos, ya está bien. Realmente estábamos por irnos, disculpen si les ocasionamos molestias.

ALBERTO: —No, para nada.

RODOLFO: —Claro que yo sí estoy molesto. Todo el mundo aquí tiene talento, voz, porte y figura. ¿Y yo? ¿Es que acaso no tengo talento? Mira, documental, yo sé más historias que estos dos juntos.

CARLOS: —¿Sabe sobre la historia de este lugar...?

RODOLFO: —Más que el propio dueño.

RENGIFO: —¡Qué va a saber ése!

RODOLFO: —Ponme a prueba. ¡Pregunta!

ESTELA: —La historia que nos interesa creo que pasó hace muy poco tiempo en este mismo sitio; es más, creo que no ha pasado ni una semana.

CARLOS: —Lo de los disparos y la muerte.

RENGIFO: —Aquí no se habla de esa calamidad. ¡Es más! Aquí no se ha muerto nadie.

ESTELA: —Vamos, Carlos, salgamos...

ALBERTO: —Espera un momento, Rengifo... Ustedes quieren hacer una película de Tulio.

CARLOS: —Sí, Tulio. ¿Así se llama el que disparó?

RODOLFO: —Un momento, si vas a hacer una película tienes que contar la verdad y no empezar culpando a nadie y menos al profesor.

CARLOS: —¿El profesor?

ALBERTO: —Eso es cierto; un poco de respeto al profesor... Tampoco la cosa es así... Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, o viceversa.

ESTELA: —¿Cómo es eso?

ALBERTO: —Que todo el mundo es culpable hasta que se demuestre su inocencia.

ESTELA: —Sólo queremos saber lo que pasó. ¿Usted conocía a las personas, conocía al profesor?

ALBERTO: —Bueno... al muerto no.

RENGIFO: —¿Cuántas veces voy a decir que aquí no se ha muerto nadie?

ALBERTO: —Al tipo ése no lo conocía; al profesor, sí... Porque es amigo de Rodolfo y además me iba a conseguir un trabajo... ¿Por cierto? ¿Cómo va eso, Rodolfo?

RODOLFO: —Viento en popa.

ALBERTO: —Bien... El doctor...

RENGIFO: —No es ningún doctor.

ESTELA: —Espera un momento. Carlos, trae la grabadora para hacer unas cintas de apoyo para poder reproducir la historia. ¿Usted sabe lo que pasó aquí ese día, señor...?

ALBERTO: —Alberto.

ESTELA: —¿Usted sabe lo que pasó aquí ese día, señor Alberto?

ALBERTO: —El profesor no fue.

ESTELA: —Está bien, ¿puede demostrarlo?

ALBERTO: —Claro que sí.

RODOLFO: (*Por encima del hombro de Carlos*). —¿Así es!

ESTELA: —Por favor, Carlos, ¿por qué no hablas con el señor?

CARLOS: —Amigo, Rodolfo es su nombre, ¿verdad? ¿Usted canta?

RODOLFO: —Soberbiamente. (*Canta*). — «Y fiera mía, dime qué has hecho de nuestro dulce hogar».

CARLOS: —¿Fiera es lo que dice la canción?

RODOLFO: —Claro, porque es una mujer. Quiere decir una fiera, un animal peligroso, una víbora, una serpiente... ¿La sigo cantando?

CARLOS: —No.

Carlos y Rodolfo siguen hablando en voz baja en la barra; de vez en cuando, Rodolfo sube la voz y Carlos lo controla. Los dos están pendientes de la narración de Alberto. Rengifo se sienta al lado de la radio, atento a la conversación de todos; al mismo tiempo, gira la perilla sin prestarle atención al aparato. En la mesa, Estela habla con Alberto.

ESTELA: —A ver, ¿cómo puede demostrarlo?

ALBERTO: —¿Demostrar qué?

ESTELA: —Que el profesor...

RENGIFO: —¡Tampoco es profesor!

ESTELA: —Gracias, que el señor Tulio es inocente.

ALBERTO: —Claro... El profesor es una persona seria, instruida. Ese señor es incapaz de hacer algo así; en cambio, el otro, dicen que viene de afuera, nadie lo conoce, no sabemos quién es... Es otra gente, tú sabes...

ESTELA: —Pero ¿puede demostrar que el señor Tulio no tuvo nada que ver?

ALBERTO: —Por lo que yo sé, el profesor no fue.

ESTELA: —Puede contarme cómo fue. ¿Qué es lo que sabe?

ALBERTO: —Esto que te voy a contar es algo que me llegó de muy buena fuente... El dos de abril del año en curso, después de las protestas de nuestra gente exigiendo trabajos dignos... Porque, chica, no puede ser que sigamos en esta situación: todos los trabajos son para otra gente extraña. ¿Y nosotros? ¡Qué nos lleve el diablo! ¡No puede ser!

RODOLFO: (*Dejando la conversación con Carlos y en total excitación*).
—¡Eso es! (*Carlos lo controla*).

ESTELA: —Señor Alberto, podemos regresar al tema.

ALBERTO: —¿Por dónde iba?

ESTELA: —Me hablaba de las protestas...

ALBERTO: —Ah, ya... El profesor Tulio... Tulio... ¿Cómo es qué es el apellido del profesor?

RODOLFO: —Barrena, Tulio Barrena.

ALBERTO: —Eso es. Tulio Barrena... (*Se queda pensando*).

ESTELA: —¿Sucede algo?

ALBERTO: —¿Cómo?... No, estoy pensando... ¿Por dónde iba?

ESTELA: (*Estela le coloca la grabadora*). —Okey... El profesor Tulio Barrienda.

RODOLFO: —Barrena.

ALBERTO: —Okey, podemos empezar otra vez... El dos de abril del año en curso, después de las protestas de nuestra gente exigiendo trabajos dignos, el profesor Tulio Barrena, en un acto de humanidad, socorrió a uno de los heridos de la manifestación y lo trajo aquí al bar «Los Arcos del Diablo».

ESTELA: —Lo que quiere decir que el incidente no sucedió aquí.

ALBERTO: —No... No sólo eso, que el disparo que mató...

RENGIFO: —¡Que no está muerto!

ALBERTO: —El disparo que hirió a ese señor... fue hecho accidentalmente por él mismo.

CARLOS: —¿Cómo puede ser que se haya disparado accidentalmente tres veces él mismo?

ALBERTO: —Se han visto casos.

CARLOS: —O sea que, si muere, se podría decir: «se suicidó de tres disparos».

ALBERTO: —Así es. Es que son capaces de inventar cualquier cosa para culpar a otros.

RODOLFO: —Sí, suele pasar.

ALBERTO: —Y eso no es nada; si el profesor no lo trae hasta acá, estaría frito.

CARLOS: —Esto es increíble. ¿Cómo usted va a contar esa absurda historia? ¿No tiene vergüenza?

ALBERTO: —Pero ¿qué te pasa? ¡Ah! Seguro tú eres de esos revoltosos que lo que hacen es vagar y dedicarse a ser bandoleros... En vez de estar estudiando o disfrutando de una conversación con una persona inteligente como yo...

CARLOS: —No me falte el respeto; de todas formas, me lo estoy faltando yo al hablar con usted y escuchar esa historia ridícula.

ESTELA: —Tranquilo, Carlos, salgamos de aquí.

CARLOS: —¿Cuál historia?

ALBERTO: —De lo que sucedió...

CARLOS: —Esa historia no tiene ni pie ni cabeza.

ALBERTO: —A lo mejor no oyó lo que quería oír y se molestó, hay gente muy sensible, Pero...

CARLOS: —¿Ustedes estaban aquí o no?

ALBERTO: —Yo no vi nada... A mí me dijeron...

RODOLFO: —Yo sí lo vi todo... Estaba afuera... Y luego vi el desenlace de todo. Bueno, no todo, pero suficiente como para saber qué fue lo que pasó...

CARLOS: —¿Y el señor Rengifo estaba en ese momento dentro del bar?

RODOLFO: —Ese viejo siempre está aquí. (*Rengifo está cabeceando sentado en una silla*). Pero, como puedes ver, se pierde de vez en cuando. Aunque él piensa lo mismo que yo... Bueno... lo que pasa es que yo casi vi todo.

ESTELA: —¿Cómo casi?

ALBERTO: —Espera un momento, nena, no se pongan así... (*Se acerca sujetándola, le dice algo al oído*).

ESTELA: —Suéltame, estúpido.

CARLOS: —¿Qué pasa? Suéltela.

ESTELA: —Yo me voy, Carlos, ¡esto no lo soporto más! Tú no conoces en lo que te estás metiendo; yo sé bien de lo que te hablo, salgamos de aquí.

CARLOS: —Espera, Betty.

ESTELA: —Yo no me llamo Betty.

CARLOS: —Está bien. ¿Cómo vas a irte en este momento?

ESTELA: —No aguanto más... Te espero en la puerta. (*Sale*).

RODOLFO: —¿Qué le dijiste a la muchacha, Alberto?

ALBERTO: —La verdad.

RODOLFO: —Bueno, es que a veces eso duele.

RODOLFO: —Casi, casi.

CARLOS: —¿Quién disparó?

RODOLFO: —La verdad... Fueron todos.

CARLOS: —¿Todos?

RODOLFO: —Sí, esa fue una matanza: todos disparaban sin control...

CARLOS: (*Llamando*). —Señor Rengifo...

RENGIFO: (*Despertando*). —¿Qué pasa conmigo?

CARLOS: —Usted estaba en el momento que hubo la balacera...

RENGIFO: —¿Yo? ¿Cuándo?

RODOLFO: —Déjame terminar... Te voy a hacer una reconstrucción de los hechos. (*Señalando con su índice*). Aquí está el profesor; allá estás tú, Rengifo.

RENGIFO: —Pero...

RODOLFO: —Tranquilo, Rengifo, que yo explico la cosa. Allí está Rengifo... dormido como siempre en su rincón al lado de la

radio... Allá está el tipo y allá están dos de los guardaespaldas del agresor...

CARLOS: —¿Agresor?

RODOLFO: —Sí, el tipo es un delincuente o algo así... El Lezama... Sí, algo así... El Lezama... Bueno, aquí están los otros dos y de aquel lado hay dos más. Tácticamente, el profesor estaba rodeado... Lo que nos hace pensar que éste era ya un plan que venía corriendo desde hace algunos meses... Ahora presta atención. Vamos un poco más atrás... es decir, mientras todavía no había llegado nadie. Comencemos desde allí... Rengifo, por favor, colabora conmigo, quédate allí... Okey... Ése que está ahí es Rengifo... Duérmete...

RENGIFO: —¿Y cómo veo?

RODOLFO: —Bueno, duérmete, pero te quedas con los ojos abiertos... Ustedes se ponen por acá... Eso es. Quédense allí... Muy bien. *(Sale y hace varias entradas y salidas al local. En su acción, ubica a cada uno de los personajes que antes señaló. Se mueve de manera muy rápida como si estuviera haciendo un ensayo. Cuando ya ubica a los personajes comienza la narración; en ratos narra, en ratos actúa de manera exagerada y dramática, muchas veces recrea lo que narra).* —El ambiente estaba bastante pesado, el humo invadía todo el local, se sentía una atmósfera asfixiante. El Lezama miraba fijamente al mostrador donde estaba aquel hombre de recia figura apoyado en el mostrador de espalda hacia él... Ése era el profesor. A una seña del Lezama todos rodearon al profesor que, intuitivamente, sentía la presencia y la ubicación de aquellos que lo rodeaban. ¿De qué se trataba todo aquello? ¿Qué pretendían? ¡Un atentado contra nuestro jefecito! ¡Un atentado contra el padre del pensamiento! ¡Un atentado contra el Espíritu Santo!

ALBERTO: —Amén.

RODOLFO: —Porque ese señor es un santo... Es el pensamiento de todos.

CARLOS: —¿Y cuál es el pensamiento?

RODOLFO: —Hermoso, hermoso... él está con nosotros... Verdad...

ALBERTO: —Así es.

RENGIFO: —Eso es pura mierda...

RODOLFO: —¿Qué te pasa, Rengifo?

RENGIFO: —Que ya está bueno de mentir, de inventar historias. ¿Es que no hay vergüenza? ¿Es que acaso no hay respeto...? Ni tú ni él estaban aquí. ¿Por qué van a inventar todas esas patrañas?

RODOLFO: —Rengifo, esto es serio, hay que cuidar nuestros intereses... Bueno, los intereses de todos, que son los mismos tuyos, que son los nuestros de nosotros... ¿Tú no sabes lo que es la lealtad?

RENGIFO: —¿Lealtad a quién? A la mentira, al invento... Eso no es lealtad, eso es ignorancia... Eso es faltarle al futuro... A ti y a tus hijos y a los hijos de tus hijos.

ALBERTO: —Tú estás hediondo a traidor, Rengifo.

RENGIFO: —¡Cállate! Y no pongas palabras en tu boca que te hundan más en la ignorancia. No imaginan en qué oscuridad están cayendo... Sólo repiten palabras aprendidas sin siquiera saber su significado... Ya me cansé... ¿Quieren saber cómo fue todo?... Ese muchacho era un joven...

Apagón.

Pasado. Vuelve la escena de Tulio, Sebastián y Rengifo.

SEBASTIÁN: —Para un visitante es un honor poder compartir con los locales de una buena y necesaria conversación. Compartir lo positivo y los puntos de vista de cada uno es sano para todos; tener, como dice el señor, encuentros y desencuentros. Resolveremos nuestras diferencias de esta manera... yo me ocuparé de todo. (*Desliza su mano por la correa del pantalón...*).

TULIO: —¡Cuidado, agáchate! (*Se oyen varios disparos, la luz se apaga y todo queda en penumbras*). —¿Rengifo... estás herido?

RENGIFO: —No... Cuidado, ¿dónde está?

TULIO: —No sé... prende la luz...

RENGIFO: (*Prende una linterna*). —¿Está muerto?

TULIO: —No sé.

RENGIFO: —Voy a revisar la luz... (*Revisa y de pronto prenden las luces de emergencia, Tulio revisa el cuerpo del hombre que yace en el piso*).

TULIO: —Está herido.

RENGIFO: —Quítale el arma.

TULIO: (*Levanta la camisa del hombre*). —Ésta no es un arma; es una riñonera de viajero.

RENGIFO: —¿Una riñonera?... ¿Y por eso disparaste?

TULIO: —Yo no le disparé.

RENGIFO: —Permíteme... (*Revisa la bolsa del hombre*). —... Es su dinero, ¿iba a cancelar la cuenta y le disparaste?

TULIO: —¿Cómo iba a saberlo? No sabía cuáles eran sus intenciones. Además, no es de aquí, nadie lo conoce; pensé que nos atacaría. Siempre vienen de otros lados con intenciones ocultas; eso tú lo sabes muy bien. Hasta los niños en las escuelas saben a qué vienen todos... ¿Como iba a saberlo?

RENGIFO: —Por eso le disparaste.

TULIO: —Tú también disparaste.

RENGIFO: —Yo disparé al aire... Tú me dijiste que era un ladrón.

TULIO: —Yo nunca dije eso.

RENGIFO: —Pero eso fue lo que entendí; tú me lo insinuaste.

TULIO: —Todos son iguales... Debemos arreglar este enredo. (*Saca un arma, la limpia y se la pone en la mano a Sebastián*). —¡Por ti!

RENGIFO: —¿Por mí? ¿Yo no hice nada?

TULIO: —Es lo mismo, Rengifo... ¡Pero!... ¡Qué haces allí parado, muévete! ¡Llama a una ambulancia! (*Rengifo no se mueve. Mira al hombre en el piso como esperando que, de un milagro, se levante y salga de allí*). ¿Qué haces allí? ¡Muévete! ¡Se muere! (*Rengifo no reacciona*). —¡Rengifo!

RENGIFO: —Es que... Es que yo...

TULIO: —¡Cállate! ¡No digas nada y busca ayuda!

Se escucha un gran escándalo fuera del bar La Frontera. En la penumbra de los arcos, sombras corren de un lado a otro pasando fugazmente por la tenue luz que dejan ver los arcos. De un fuerte golpe, las luces se encienden.

Luz de escena. El mismo bar. Alberto y Rodolfo, Rengifo y Carlos están en el mismo lugar donde los dejamos congelados. Estela entra corriendo.

ESTELA: —Carlos, todos se han vuelto locos.

Rengifo corre a la puerta y la cierra.

CARLOS: —¿Cómo dices? ¿Qué sucede?

ESTELA: —Están rompiendo vidrieras y disparando a cualquiera, como si fuera una cacería.

RODOLFO: —¿Quién dispara?... Alberto, vigila la puerta. La gente ésa nos está atacando. Te lo dije, eso iba a suceder. Yo lo sabía.

ALBERTO: —¿Y ahora qué hacemos? Nos van a joder; tú siempre me lo decías, pero yo no lo creía. *(Saca un arma de la cintura).*
—¿Le doy?

Rengifo toma un bate de béisbol que tiene detrás de la barra.

RENGIFO: —¡Aquí nadie va a pasar! *(Corre y comienza a buscar emisoras en la radio. Gira nervioso la perilla mientras, atento, observa hacia la puerta).*

RODOLFO: *(Preguntado a Estela desesperado).* —¿Cuántos son? ¿Los viste?

ESTELA: —No sé, no los conté... pero son muchos. Todos corren. Es un caos.

RODOLFO: Tranquila, aquí no van a poder entrar y el que lo intente lo reviento.

CARLOS: —Tranquilos, debemos saber qué es lo que está sucediendo; no perdamos la calma.

RODOLFO: —¿Cuál calma, documental? ¿Tú ves calma aquí?

CARLOS: —Quiero decir que nos calmemos. ¿Qué fue lo que viste, Estela?

ALBERTO: —¡¿Ya no te dijo?! ¡Los malditos invasores nos están atacando!

CARLOS: —No lo creo, debe ser una confusión. No creo que ésas sean sus intenciones. Debemos calmarnos.

RODOLFO: —Ya dije que aquí no hay calma; debemos defendernos.

CARLOS: —¿Defendernos de qué? Esa gente es como nosotros...

RODOLFO: —¡Como nosotros, no! Tú te volviste loco, documental.
¡Esa gente no es como nosotros!

RODOLFO: —¿Qué quieres decir con?... Vino del otro lado.

ALBERTO: —Que es un invasor. ¡Le doy!

RODOLFO: —Yo sabía, éste no es de los nuestros. Te lo dije, Alberto:
documental es importado.

ALBERTO: —Con razón. ¡Muévete para allá! ¡Le doy! ¡Le doy!

ESTELA: —¿Qué hacen? ¡Déjenlo tranquilo!, no le hagan daño.

RENGIFO: —¡Silencio! Algo están diciendo en la radio.

Rengifo se acerca a la radio, ubica la emisora y oye la voz de las noticias.

VOZ EN RADIO: —En la tarde de hoy se han presentado ataques a los inmigrantes en nuestra población de la frontera, elevando la tensión en la región. Los ataques han derivado en actos vandálicos contra los extranjeros, quema de sus posesiones y agresión a personas. El motivo: la supuesta agresión y asalto en un conocido local popular llamado «Los Arcos del Diablo», de acuerdo con las autoridades...

Rengifo apaga la radio.

CARLOS: —¿Qué nos iba a decir, señor Rengifo? ¿Ese muchacho era un qué?... ¿Qué quiere decir? ¿En qué nos diferenciamos? Seguramente, eso es lo que sucedió en este lugar. Seguramente,

ese joven no merecía estar con nosotros y eso lo deciden ustedes.

ESTELA: —Cállate, Carlos, no sabes lo que dices. Pero, claro, para ti todo ha sido muy fácil. Tú te sientes con autoridad para dictaminar, desde el micrófono de la radio, tus opiniones, que se convierten en sellos para los oídos y mapas para las conciencias de las personas que nos escuchan. Siempre quise tener esa magia, ese poder que sale desde tu ser con facilidad y convicción. He luchado por tener ese don, pero no ha sido suficiente... Y de repente llegas tú de otro lado y te conviertes en esa voz, en el privilegiado de la emisora; y a nosotros que tenemos la vida y el tiempo entregado allí nos quedan las sobras.

CARLOS: —¿Qué dices, Estela?

RENGIFO: —Son los de la emisora de radio, yo los he escuchado. ¿Qué hacen aquí?

ALBERTO: —¿Qué van a hacer? Nos quieren culpar de la muerte del delincuente.

RODOLFO: —¡Traidores! Quieren hundir en las arenas de la frontera a su propia gente.

ESTELA: —Están equivocados, ésa no es nuestra intención.

RODOLFO: —¡Habla!

RENGIFO: —Era un ladrón... Un delincuente.

ESTELA: —Pero ¿qué está diciendo?

CARLOS: —¡Diga la verdad!

RODOLFO: —No pregunten tonterías si ya saben la respuesta.

RENGIFO: —Fuimos Tulio y yo... ¡Fuimos todos!

RODOLFO: —¡Cállate!

ALBERTO: —No digas nada, es tu deber no hablar.

CARLOS: —Deber... Si hablaran de deber, no se quedaría callado.

RODOLFO: —Recuerda que está el bienestar de Tulio, el tuyo y el de nosotros por encima de cualquier cosa.

RENGIFO: —Cómo puede estar pasando esto...

RODOLFO: —Es increíble; donde uno menos piensa está el pajúo. Hay que saber cuál lado es el correcto y seguro, Rengifo.

CARLOS: —Rengifo, ¿usted también forma parte de todo esto?

ESTELA: —¿De qué hablas? Todo lo que estamos oyendo y viviendo no es planeado por gente como ésta o gente como nosotros... Hay que tener mucho poder para borrar y cambiar hechos... estos sólo son unos confundidos.

RODOLFO: —¿Qué estás queriendo decir con eso? ¡Yo no estoy confundido, carajita!

ESTELA: —No quiero decir nada; sólo me pregunto, ¿quién tiene tanta influencia y dominio para poder hacer lo que le venga en gana?

RODOLFO: —Ése es un poder supremo que radica en la verdad... ¿Y ya sabes cuál es la verdad? La justicia es verdad, justa e imparcial... ¡Ahora, fuera!

ESTELA: —Pero no podemos salir así.

ALBERTO: —¿Podemos? Puedes. Sal de aquí antes de que me arrepienta. Eso de afuera es la verdad... ¡Fuera! ¡Vamos, fuera!

Estela mira a Carlos. Baja la cabeza, se dirige lentamente a la puerta y sale en total silencio.

RODOLFO: —Ustedes creen que iban a poder hacer lo que les viniera en gana en nuestra tierra. Creen que no sabemos a qué han

venido y cuál es su plan... Matar y robar es lo único que saben todos. Cuántas veces les hemos dicho de diferentes formas y maneras, al oído, en conversaciones, a gritos: «¡Vuelvan a sus tierras!».

CARLOS: —¿Sus tierras? ¿Es que acaso es en plural? Solo existe la tierra y es el hogar de todos, es lo justo.

RODOLFO: —Respuesta equivocada. Has perdido mi concurso y si lo que pides es lo justo, eso tendrás...

Salen todos en dirección a la habitación contigua. Solo queda Rengifo cabizbajo. Se acerca a la radio, comienza a mover la perilla y se escucha una música tropical. Rengifo sube el volumen mientras afuera se oyen disparos cercanos. Entran Alberto y Rodolfo, se sientan. El ruido de los disparos comienza a bajar y se oyen sirenas de policía que también comienzan a desaparecer. De pronto, todo queda en silencio. Pausa larga.

ALBERTO: —Dos cervezas, Rengifo... y tómate un trago tú también...

RODOLFO: —¿Y las cartas?

ALBERTO: —Todavía las tiene Rengifo.

RODOLFO: —¿Y qué decidiste, Rengifo?

RENGIFO: —¿Qué decidí de qué?

ALBERTO: —¿Cómo que de qué? Las cartas, el juego.

RENGIFO: —No sé dónde las puse.

RODOLFO: —Búscalas...

Rengifo lentamente comienza a buscar las cartas y las encuentra.

RENGIFO: —Aquí las tienen.

Alberto toma las cartas, manteniendo su mano extendida en dirección a Rengifo.

ALBERTO: —¿Y entonces?

RENGIFO: —No sé.

RODOLFO: —Revisálas otra vez.

RENGIFO: —No quiero.

ALBERTO: —Vamos, ánimo, revisálas. Tú siempre has sido nuestro árbitro imparcial.

Rengifo las toma y comienza lentamente a revisarlas.

RENGIFO: —Es difícil, muy difícil, depender de otro, ¿verdad? Depender de los demás. Es en extremo difícil; más aún cuando las necesidades son variadas: trabajos, negocios, ideas, amistad... o como en este momento... ¿Quién tiene la razón? ¿Quién está jugando limpio? ¡Rengifo, limpia nuestras culpas! ¡Carga con ellas y calla! A eso lo llaman «valorar la amistad»... Valorar... ¿Eso es? Valorar... Es como una balanza... (*Hace con sus dos manos un balance a las cartas*). —Miles de personas son asesinadas todos los días en el mundo... cada semana son asesinadas cientos en nuestro país... y nadie hace nada... ¿Tiene alguna lógica?... ¿Qué más da? ¿Tiene una razón? Da pena... Vergüenza; vergüenza de los que abusan del poder... burlando, mintiendo y riendo... ¿Llegará un momento que no todos sean tan cobardes como este juez y árbitro? ¿Llegará un momento en que el miedo no sea la bandera de los hombres? Tiene que llegar, tiene que llegar. Y en ese momento, Rengifo ya no será el árbitro. Porque Rengifo ya no será capaz de estar mudo, de callar; porque las voces serán tantas y tan fuertes que se alzarán sobre esta débil y pobre voz... En ese momento se

escucharán las palabras de miles de hombres, tan fuertes en los oídos de todo el mundo, que será difícil dejarlas enterradas en las arenas de un silencio ajeno...

RODOLFO: —¿Y entonces?

ALBERTO: —No sé.

RODOLFO: —¿Terminó el juego?

ALBERTO: —¿No hay ganador?

RODOLFO: —¿No hay perdedor?

ALBERTO: —Todos ganamos, Todos perdemos.

RODOLFO: —Comencemos otra vez.

ALBERTO: —Reparte tú.

RODOLFO: —No, tú.

RENGIFO: —Lo haré yo.

Rengifo comienza a repartir las cartas mientras la luz se va desvaneciendo.

FIN

ROSA DE PAPEL

ROSA DE PAPEL

PERSONAJES:

ROSA: Joven adolescente.

PAVEL: Novio de Rosa Madre.

ROSA DE PAPEL: Niña.

CUATRO ENFERMERAS: Cuidadoras del hospicio.

ROSA MAMÁ DE TRIPÓN: Sueño de Rosa.

ROSITA LARRA: Sueño de Rosa.

ROSA LA DIVA: Sueño de Rosa.

AMALIA: Vecina (sueño de Rosa).

AMELIA: Vecina (sueño de Rosa).

ROSA AMA DE CASA: Vecina (sueño de Rosa).

La obra está planteada como un espectáculo multimedia para tres actrices que actuarán, bailarán, cantarán y manejarán títeres y objetos. En las afueras del teatro o lugar de representación, se proyectará un video que representará el antecedente de lo que se verá en la sala.

VIDEO

Primera escena (00:15 s)			
ESCENARIO	MÚSICA	ACCIÓN	TEXTO
<ul style="list-style-type: none"> • Una calle • Un poste 	<ul style="list-style-type: none"> • Efecto de calle en fondo. • Comienza a subir el volumen cuando Rosa se va. • Se mezcla con música fuerte de percusión. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se ve a Rosa parada en un poste de luz. • Mira el reloj. • Se mueve a un lado y mira, vuelve al poste. • Mira el reloj. • Comienza a caminar y desaparece (efecto de humo). 	
Segunda escena (00:20 s)			
Puerta de bar	<ul style="list-style-type: none"> • Música fuerte de percusión. 	<ul style="list-style-type: none"> • Entran personas al bar. • Rosa mira a través del cristal del bar, otras personas miran. • Toma dentro del bar coreografía sugerente. • Se ve a Rosa con varias personas mirando hacia dentro del bar. 	
Tercera escena (00:30 s)			
Dentro del bar	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Rock.</i> 	<ul style="list-style-type: none"> • Entrando Rosa y Pavel al bar. • Gente bailando o vacilando. • Sentados Rosa y Pavel. • Toma de coreografía. • Toma a Rosa y Pavel. • Se meten debajo de la mesa. • Toma de coreografía. • Caos con Rosa y Pavel entre sedas de colores. • Final de coreografía. • Pantalla roja. • Pantalla blanca. 	<p>Voz rítmica: Es la vida, es la ruta que está loca. Vas que chocas... ¡Frena el tren! Cambia el movimiento. Calles peligrosas llenas de humo y pensamientos. Palabras y acciones que recoge el viento siembran desconcierto.</p>

Cuarta escena (00:50 s)			
<ul style="list-style-type: none"> • Pantalla de luz • Cama, mesa de noche, cobija 	<ul style="list-style-type: none"> • Música acorde. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se ven movimientos en cobija. • Se ven las caras de Rosa y Pavel. • Comienzan a flotar con las sábanas. • Juego de escondite entre sábanas. • Sale la cara de Rosa, ya Pavel no está. 	
Quinta escena (00:24 s)			
<ul style="list-style-type: none"> • Pantalla de luz • Manta 	<ul style="list-style-type: none"> • Cambio de música. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se ve a Rosa embarazada, cubierta con la manta. 	<p>Voz sobre música: Esta imprudencia infinita, estas ansias de ver, sentir y conocer todo como si ya no quedara más tiempo... Es como un juego: vivir al máximo. Amar se ha convertido en un juego, en un juego peligroso, en un arma letal que le hace una broma a la vida... A la vida...</p>
Sexta escena (00:20 s)			
<ul style="list-style-type: none"> • Pantalla de luz • Cajas, cartas y lápices 	<ul style="list-style-type: none"> • Continúa música. 	<ul style="list-style-type: none"> • Manos que escriben, y guardan las cartas en cajas. 	<p>A mi vida... Sí, y ahora estoy aquí, en esta peregrinación. Primero llena de locura desmedida. Luego con un poco de dolor, después un tanto de sinsabor y al final... el desencanto... sin más... Sólo el desencanto. Lo más importante era vivir, no importa a costa de qué, la vida... Mi vida... La carne, una noche. Pero ¿mi vida por qué?</p>

Séptima escena (00:15 s)			
Portón de madera	<ul style="list-style-type: none"> Música acorde. 	<ul style="list-style-type: none"> Se ven las manos dejando las cajas en la puerta. 	En una noche viví todas las noches del mundo, sin restricciones, sin rollos, sin tapujos. ¡Por qué! Hubiera sido tan fácil.
Octava escena (00:20 s)			
Teatrino, pantalla de luz, un poste.	<ul style="list-style-type: none"> Música de percusión fuerte. 	<ul style="list-style-type: none"> Rosa camina lentamente y desaparece. 	Pero ahora estamos solos... Sólo nosotros, sólo nosotros... es un reencuentro con el principio... Algo irrepitable, algo que sucede una sola vez y nada más... Sé que pronto vendrá, ya suenan las campanas, oigo la marcha... Sí... acepto...
Se produce un black out	<ul style="list-style-type: none"> Música de percusión fuerte. 		

El escenario representará un salón aséptico, que sugerirá un salón de hospicio, clínica, hospital, etcétera. Mientras entra el público, hay música fuerte durante cinco minutos. En el escenario se ven tres personas vestidas de enfermeras, desplazándose por todo el espacio como si estuvieran buscando algo. Están las cajas de Rosa Madre que se vieron anteriormente en el video. Hay una especie de cuna con un bebé durmiendo. Cuando ha pasado todo el público, las luces de sala van desapareciendo y se van centrando en el escenario. Las enfermeras buscan afanosamente en las cajas con gran avidez. Final de música.

ENFERMERA A: —¿Ni una carta?

ENFERMERA G: —¿Ni un correo?

ENFERMERA L: —No, no llegó nada. Mejor así.

ENFERMERA G: —Las cartas hablan de la vida.

ENFERMERA L: —A veces, y a veces es mejor no saber.

ENFERMERA G: —Para Rosa hubiera sido suficiente con una carta, dos sencillas palabras.

ENFERMERA A: —Ay, sí. «Te quiero», ¡qué cursi!

ENFERMERA L: —Cursi, no. ¿Tú no has oído las novelas en la radio, cuando ese galán hermoso le dice a la protagonista: «Te quiero»?

ENFERMERA A: —Tú sí eres ilusa. Eso sólo pasa en novelas, y si vieras a los galanes de radio o tienen entre 95 a 110 años haciendo de 23, o son más feos que el...

ENFERMERA G: —Ella le amaba de verdad.

ENFERMERA L: —Tan joven... y tuvo que equivocarse de esa forma.

ENFERMERA G: —Sí, fue una tragedia. Una tragedia que podía evitarse.

ENFERMERA A: —¿Evitarse? ¡Si esos locos no saben qué es eso!

ENFERMERA L: —¿Cómo lo van a saber si no oyen la radio ni ven televisión? Mira, chica, en las novelas...

ENFERMERA A: —¡Cállate! Eso de las novelas es mentira, todo es ficción; es decir, mentira; es decir, impensable que pase en la vida real.

ENFERMERA L: —La vida puede resultar... Miren... Aquí están las cartas. *(Toma varias notas de una caja, comienza a revisarlas y las lee)*. —No puedo reprimir este gran deseo de vivir, de tener nuevas experiencias. Aunque esto me obligue a vivir más rápido, rebelde e incontroladamente... Es como entrar en un torbellino... *(Se la pasa a su compañera)*.

ENFERMERA G: *(Continúa leyendo)*. —Un remolino que, a veces, me parece inseguro. Es como si estuviera dando vueltas con gran violencia; una violencia tranquila, pero que siempre está allí... una existencia angustiosa. Siento un gran temor, pero

al mismo tiempo me da libertad, una libertad imprudente...
(*La pasa a su compañera*).

ENFERMERA A: (Lee) —Esta imprudencia infinita; estas ansias de ver, sentir y conocer todo, como si ya no quedará más tiempo... Es como un juego. Vivir al máximo, amar, se ha convertido en un juego; en un juego peligroso, en un arma letal que le hace una broma a la vida... A la vida... a mi vida... Sí, y ahora estoy aquí en esta peregrinación. Primero, llena de locura desmedida. Luego, con un poco de dolor; después, un tanto de sinsabor y al final... el desencanto... sin más... Sólo el desencanto. Lo más importante era vivir; no importa a costa de qué. La vida... Mi vida... La carne, una noche... Pero ¿mi vida por qué?

ENFERMERA L: —¿Por qué?...

ENFERMERA A: —En una noche viví todas las noches del mundo, sin restricciones, sin rollos, sin tapujos. ¡¿Por qué?! Hubiera sido tan fácil, Pavel.

ENFERMERA G: —Tan fácil...

ENFERMERA A: —¿Por qué pagar tan caro?...

ENFERMERA L: —¿Por qué?

ENFERMERA A: —Porque...

ENFERMERA L: —No sé...

ENFERMERA A: —¡¿Por qué tanta desproporción?! Nada se corresponde. No es justo... Pero ya es tarde... Tarde. Y ahora estoy aquí...

TODAS: —No...

ENFERMERA A: —Aquí estamos todos... Nos hemos reunido en este día para presenciar esta unión; una unión donde no hay clase, donde estamos solos... Sólo nosotros, sólo nosotros... es un reencuentro con el principio... Algo irrepetible, algo que sucede

una sola vez y nada más... Sé que pronto vendrá; ya suenan las campanas, oigo la marcha... Sí... acepto...

ENFERMERA G: —Porque la vida es aceptar..

ENFERMERA L: —¿Por qué? Eso no es todo, hay más.

ENFERMERA A: —Porque hay que buscar las cuatro patas al gato.

Canta:

Estrellarte y nada más.

Eso es todo.

Hay un gato en la pared.

Calla, gato, no hay más que hacer.

¡Por qué vas a inventar!

ENFERMERA G: —¡Silencio! Está llorando de nuevo.

ENFERMERA L: —Tranquilas, yo me encargo. Ven, pequeña... Voltéala.

ENFERMERA G: —No la muevas mucho, que se va a hacer.

ENFERMERA A:

Cantando:

Lo que fue no pudo ser...

¡Ay, qué se va a hacer!

ENFERMERA G: —Cállate.

ENFERMERA L: Ya está, ya está.

ENFERMERA G: —Ssssssh. (*Música de nana*). —De un hermoso jardín, que se marchitó, nació una pequeña flor. Una rosa de hermosos pétalos apretados; el viento soplaba enérgico y ella se mantenía fuerte apretándolos cada vez más para que no fueran golpeados por el viento...

ENFERMERA L: —¿Se durmió?

ENFERMERA G: —Sí. Apaga la luz...

La luz se apaga. Suavemente se ilumina la cama de Rosa. Ya no están las enfermeras, sólo Rosa Niña. Se ven los pies y los brazos, se encuentra metida en la cuna. Unas manos visten a Rosa. Las manos salen de escena. Rosita asoma la cabeza y comienza a mirar todo lo que le rodea, sale de la cuna.

ROSA NIÑA: —Esperen, esperen... No se vayan... No apaguen la luz...

Comienza a aletear.

—Esperen que sea más grande y pueda volar; no se van a poder escapar... ¿Qué se han creído? Se aprovechan de mí porque soy chiquita... ¡Ah, ah...! De mí nadie se burla... Esperen que me salgan alas y pueda seguir las... Y jugar, jugar a las mariposas... Lo que pasa es que son ya viejas y no les gustan los juegos. Vivir la vida plenamente como yo, disfrutar de poder chuparse los dedos de los pies, que te carguen de un lado a otro y pases de mano en mano y luego te lancen en la cama, te volteen varias veces y, como en un acto de magia, quedes envuelta como regalo... Bueno, eso no es tan agradable... Como tampoco es agradable cuando todos te aprietan los cachetes y te llenan de baba acercándote todas sus bocas que, como un chupón, te succionan haciendo «mua»... ¡Guácala...! Bueno, algunos se sienten ricos. Pero lo mejor de lo mejor es cuando creces y eres grande como yo, y sabes todo sobre la vida... Porque... yo sí sé de la vida; he aprendido las letras, cómo son los colores y todo

eso. Además, ya no me hago pipí ni popó... Ya soy toda una mujer, aunque esta vida de mujer a veces es aburrida. Sobre todo, en las mañanas cuando tienes que levantarte de la cama...

—Arrastrarte como un gusano soñoliento con acompasados y lentos movimientos de la cama al baño, del baño al cuarto, del cuarto al comedor, luego montarte una mochila a la espalda y comenzar a caminar como una tortuga rumbo al salón de clases... Pero al llegar allí todo se arregla, porque cuando comienzas a jugar de nuevo con plastilina, como cuando eras pequeñita —una niña aún, claro— sólo que esta no huele y es de todos colores; además, se pueden hacer muchas cosas con ella, hasta puedes ser la chica que siempre soñaste. Cuando sea grande llegaré a ser la chica más popular entre todas las muchachas; seré una joven llena de energía, el mundo me quedará pequeño y dentro de mi pecho podré llevar todo el oxígeno del universo. Oír a todos los mayores decir: «Déjala hacer lo que quiera. Es sólo una adolescente, eso pasará, ¡déjala!». Ya me veo, me imagino, sí; me veo con una voz dinámica, siendo ejemplo de jóvenes, aconsejándolos en cosas importantes... Por ejemplo: color de moda, ¿verdad? Además... saber sobre lugares, paseos, viajes, discotecas, ¿entiendes? Discernir sobre la importancia que tiene una lechuga en un «sándwich» de pavo, la salud, dietas, la figura, o sea, temas de gran interés nacional, internacional y mundial. Claro, sin dejar atrás lo mejor de esa etapa: el momento de las miradas y las sonrisas, el momento en el que llega por primera vez el amor. ¡Eso es! Seré una embajadora del amor, porque quiero ser popular en todas partes, una figura universal, que en otros planetas se comente, hablen, discutan y digan: «¡Oye, qué buena onda la de Rosita Larra!».

Se oye fanfarria de programa de radio. Se abre telón y aparece Rosita, pero adolescente. Está en un estudio de radio. Se oye entonación de emisora radial, entra jingle musical de programa con voz que dice cantando:

Jingle:

Mañana, tarde y noche.
En el día, mediodía
y después del día.
En cada momento de tu vida,
te informaré, te entretendré.
Hasta te rodearé,
te quemaré, cual rayo solar.
Es el rayo, es el rayo.
Es el rayo de Rosita Larra

VOZ PRESENTADOR: —¡Y ahora, con ustedes, Rosita Larraaaa!

ROSA LARRA: —Bienvenidos a la hora de la Rosita Larra, donde todo sucede en un segundo, donde el tiempo no es nada. Nada es nada. Pero, aunque nada sea nada, es recomendable nadar en el mar, en la piscina, nada más. Flota más, flota mucho y nada más y, hablando de nada –porque no hay nada de qué hablar– hablemos del amor. Sí, el amor; debemos hablar de temas importantes, temas del momento, temas sobre todo lo que tenga que ver con el amor... El habitar en el planeta Tierra es una bendición; los bendigo a todos y a cada uno de ustedes desde aquí, la emisora del amor... ¡Arrepiéntete, pecador! Busca la paz espiritual.

Timbre de carrera de caballos.

—¡Acuario en quinto lugar seguido de cerca por Aries! ¡A dos cabezas se acerca Capricornio! ¡Allá rodó! ¡Rodó...! Les está hablando Rosa, Rosa espiritual, Rosa de amor... En internacionales: el ángel llegó y se fue. Renace, renace... relájense, relájense. Y para todos, mucho amor.

Paz en el Medio Oriente. La paz está detenida, presa, obstaculizada; la paz está en negociación. Última hora: se disparan todos, todos dicen que va bien. ¡Hace falta amor!

Detenida continúa por averiguaciones Juana Peña por abandono de su hijo en medio de la calle; el niño lloraba desconsoladamente dando síntomas de maltratos y desnutrición. En el momento de su detención, fue difícil el acceso a su vivienda, custodiada por un perro grande y bien alimentado. Falta amor, mucho amor... Día hermosamente soleado; el calor aumentará por efecto de la radiación solar y el desgaste de la capa de ozono. ¿Dónde está el amor? ¡Saquen paraguas! El zorro perdió su capa y ofrece recompensa; fuerte oleada de tierra mojada, todo es confusión. Cisjordania, Ramala, Clinton ha vuelto a sus andadas.

—¡Tum, tum, tum, gol! Se mantiene invicto el equipo asesino de futbolistas, tres a dos, asegurando el segundo puesto, manteniéndose líder: primero, segundo, decimocuarto. ¿Por qué exterminarse? *Happy, happy, love, love...* El partido liberal, argonautas, por puesto, sin puesto, en puesto, compuesto, borrachos, oligarcas, el metro, el tren, el carro, el avión... que tú, que yo, que el otro. ¡Empatados! ¡Todos contra todos!

—Hasta aquí nuestras informaciones. Así termina nuestro primer segmento cortesía de la verdad y el amor. Si no ríe, no tiene verdad; la verdad es amor. Cómasela toda, disfrútela, mástiquela y hágala crujir; que suene en sus oídos y en el mundo. Métsela en la boca y luego haga una inmensa y clara nube: extiéndala, expúlsela y riéguela por todas partes... Las doce y catorce. El cochinillo feliz, dedicado a niños, adolescentes, adultos, ancianos... calidad, vida, vida... impresionante, no te duermas, despierta ya, de cero a cien años. La hora: doce y quince.

Entra un gato a la escena. La niña detiene todo y corre detrás del gato, lo toma y vuelve a entrar en personaje, pero esta vez con el gato en las manos acariciándolo tiernamente.

—Continuamos. Fanáticos, aquí los esperamos en el Centro Comercial Radical; desorden total, corre, corre. Doce veinte minutos. Una cola inmensa en la avenida: cableados, reparaciones, trabajos eléctricos, muerte... Hay que educar los dientes en la boca... Y continuamos, cuando la carne, la carne... *Happy, happy*. Ahora en nuestro espacio cultural: música para el alma. Buen provecho y ahí les va...

Música de ópera con arreglos del gato como violín. La niña comienza a cantar en estilo operático; no se le entiende nada. El gato la mira sorprendido. Cuando la niña da una nota alta al extremo, comienza a descontrolársele el cuerpo; los dos comienzan a cantar a dúo en algo que asemeja a un violín desafinado y una cantante de ópera igualmente desafinada, pero con una inspiración infinita.

Repentinamente, cuando la canción está en su clímax, el gato intenta escapar, pero la niña no lo deja. Esto ocurre sin detener el canto, el cual se va volviendo desesperado e histérico. El gato logra escapar, no sin antes dejarle a la niña la cola en la mano y con un lastimero maullido de dolor, acompañado de un sostenido vigoroso de la niña que, en vez de operática, pareciera el grito de un guerrero.

—...Acaban de disfrutar de una versión libre de «La gata sobre el tejado de zinc caliente». En otras informaciones: el ministro de Relaciones ha roto relaciones; nadie come nada, nadie tiene compasión por el dolor ajeno. Y bien, así nos despedimos. Saludos a Pascual; nos vemos. *Happy, happy...*

Música del jingle que se une con canción de nana. Se va cerrando la luz poco a poco mientras se oyen aplausos y una radio que comienza a cambiar de emisoras. Se abre de nuevo el telón y se ve a Rosa con el gato, acariciándolo afectuosamente.

ROSA NIÑA: —Qué hermoso. Así pasaré la primera parte de mi vida: preocupándome por los demás, luchando para tener un mundo mejor. Pero no todo será así; llega un momento en el que te tienes que preocupar de lo que vas a desarrollar como persona

en la vida, después de pasar esos locos años de la juventud. Convertirte en una persona responsable, respetable y famosa. Una adulta contemporánea. Ser grande, poder desenvolverte en la vida mirándola de frente... ¡Hacer lo que uno se propone! El todo es proponérselo; estoy segura de que es así... Saben, yo vi a una señora en la televisión que decía: «El secreto está en hacerte una imagen mental de lo que quieres ser, mantenerlo en tu mente, constantemente, constantemente».

Levita.

—¡Lo logré!... Ahora hay que ponerse en contacto con Aura... ¡Aura! ¡Aura! No responde... ¡Aura!... ¡Alicia, María, Petra!... ¡Aura! ¡Aurita! ¡Aurita!... No me escucha... No importa; Aurita viene, Aurita viene... Después cierras los ojos... No, no; primero prendes velas.

Tambores africanos.

—Y haces cosas raras con los pies.

Entra como en trance.

—Te haces la imagen mental de lo que quieres ser cuando seas grande y lo mantienes en tu mente... Ahí está, eso, lo tengo en la mente, en la mente, en la mente... Me veo en medio de la farándula; eso es, eso es: tener aquí, aquí en la mano el éxito, la fama, el *show business*.

Escena de danza. Puede ser hecha con actrices o con elementos como marionetas, títeres, etcétera:

- *Los tambores se van desvaneciendo y se van mezclando con música muy suave, evocativa de espectáculo de Broadway. Sale la Diva saludando al lento ritmo de la melodía; tiene un gran parecido con Rosa. Está montada en un columpio y comienza a descender meciéndose al ritmo de la música. Al bajar, saluda al público con gran reverencia, se incorpora y va a uno de los extremos, en el cual hace una especie de preparación muy cómica.*

- *Efecto de transición musical que se unirá con un mambo u otra rumba latina con mucho sabor. La Diva se deshace en movimiento cual Carmen Miranda; baila recorriendo todo el escenario. En cierto momento, cercano al fin de la pieza, comienza a quitarse el vestuario y queda en ligeros y un traje muy sugerente, sentada en el borde del escenario.*
- *Transición a rock fuerte. La Diva sufre una transformación y comienza a bailar virtuosa y agresiva. Paulatinamente, las manipuladoras comienzan a tener apariciones «casuales» en la coreografía. Primero asoman una mano y hacen parte del coro; luego la cabeza, un beso, una picada de ojo... hasta que, en cierta parte de la canción, apartan violentamente a la Diva y toman todo el espacio creando su propio show y sacándola de la escena. La Diva regresa al rescate de su espectáculo y es reiteradamente atacada por el coro, el cual termina amarrándola y dejándola así en la escena. El rock se funde con música de nana. Black out.*
- *Después de unos segundos, se abre el telón y está Rosa Niña.*

ROSA NIÑA: —¡No, esa vida no es para mí! (*Tose persistentemente*).

—Yo necesito una vida más tranquila, por ejemplo: una madre responsable, modelando una vida poco a poco, esculpiendo el futuro de mi familia... Con mi popó de colores... (*Modela con la plastilina un niño, luego la madre, después al padre*). —A ver si así, mamá, papá, nené... me falta la abuelita. Mejor voy a buscar más popó de colores...

La niña sigue jugando con la plastilina mientras se cierra el telón o black out lentamente. Oscuro total.

Escena para danza:

Comienza a subir la luz lentamente con los acordes de una música de arrullo. Aparecen tres madres meciendo a un bebé para dormirlo.

Después de arrullarlo y pasárselo de mano en mano, una de las mujeres coloca el niño en la cuna.

El niño levanta la cabeza y saca sus manos, las cuales se estiran como las manos de un pulpo y van directamente hacia la mujer. La mujer es atrapada por los brazos del niño; él la enreda y desenreda, como si estuviera atrapada por un pulpo o en una elástica telaraña.

- *El niño se niega a separarse de su madre. Después de largos movimientos, el niño se duerme por un arrullo cariñoso. Salen de escena. Black out.*
- *Grito del niño que vuelve a despertar. Entran las enfermeras A y L.*

ENFERMERA A: —¿Todavía duerme?

ENFERMERA L: —Sí.

ENFERMERA A: —Ya estoy cansada de este trabajo. Debería estar en otro lugar, más acorde a mi talento.

ENFERMERA G: *(Entrando)*. —¿Qué pasó? ¿Se despertó?

ENFERMERA L: —No.

ENFERMERA G: —¿Entonces? ¿Por qué tienen encendidas las luces?

ENFERMERA L: —Estábamos conversando.

ENFERMERA G: —¿De qué?

ENFERMERA A: —No, nada.

ENFERMERA L: —Está obstinada.

ENFERMERA A: —Déjame en paz.

ENFERMERA G: —No vayan a comenzar.

ENFERMERA A: —Siempre tienes que estar molestándome.

ENFERMERA L: —Yo no te molesto; últimamente, siempre estás molesta.

ENFERMERA A: —Cómo no estarlo, trabajando con una retrasada.

ENFERMERA L: —Qué me importa... Las protagonistas de novelas siempre parecen retrasadas, pero al final son las más adelantadas... ¡Ésas son como yo... ¡En el examen final sacan como 30!... Y las que son como tú...

ENFERMERA A: —¿Qué sabes tú de mí?

ENFERMERA G: —¡Silencio!... Van a despertar a la niña... Apaga aquella luz, ésa también... ¿Qué les pasa a ustedes? Es que no ven la responsabilidad que tienen... Este trabajo es para personas responsables... Vengan aquí. *(Las lleva a un rincón de la habitación que es la única parte que queda iluminada. Saca un mazo de cartas y las barajea).* —Corta.

ENFERMERA L: *(Corta con el dedo).* —¿No puede ser? ¡Eres una bruja!

ENFERMERA G: —¡Qué bruja! ¿Tú nunca has jugado cartas?

ENFERMERA L: —Yo no, y si me sale la pelona.

ENFERMERA A: —¿Qué pelona?

ENFERMERA L: —Yo la he visto por la televisión, en un programa donde leen las cartas... Es una mujer flaca, huesuda. Aquello es horrible; y, además, anda armada: que, si no te mata del susto, te mete una puñalada.

ENFERMERA G: —Vas a cortar las cartas, ¿o no?

ENFERMERA L: —O no.

ENFERMERA A: *(Separando el paquete de cartas en dos).* —Ya está.

La enfermera G reparte las cartas.

ENFERMERA A: —¿Qué vamos a jugar?

ENFERMERA G: —Veintiuno.

ENFERMERA L: —Veintiuno... ¡Mi número! Eso sí lo juego... Saben que Gerónimo Reyes de Lorza tiene veintiún años... Como yo. Hasta podríamos ser pareja.

ENFERMERA A: —Gerónimo Reyes de Lorza es un personaje de novela.

ENFERMERA L: —Bueno, qué importa. Total, yo quiero el de verdad.

ENFERMERA A: —Eres una loca.

ENFERMERA L: —¿Por qué? ¿Acaso no cumplo con todas las características?

ENFERMERA A: —¿Qué características?

ENFERMERA L: —Bueno, él es rico, es bello, famoso, etcétera.

ENFERMERA A: —Está bien. ¿Y qué?

ENFERMERA L: —Bueno... Yo soy pobre, hermosa, abandonada en este orfanato, etcétera, ¿comprendes?

ENFERMERA A: —Estás loca.

ENFERMERA L: —No me digas loca.

ENFERMERA G: —¡Por favor, señoritas! ¿Ustedes no oyeron lo que les dije hace rato? ¡Responsabilidad!

ENFERMERA L: —¿Qué va a saber la señorita de responsabilidad?

ENFERMERA A: —Es mejor que te calles.

ENFERMERA L: —¿Qué me calle? Ahora tienes miedo.

ENFERMERA A: —¿Miedo? ¿Por qué?

ENFERMERA G: —¿De qué están hablando? ¡Ya está bueno! Van a despertar a la niña.

ENFERMERA L: —Tú crees que no me he dado cuenta.

ENFERMERA A: —Estás loca. ¿Cuenta de qué?

ENFERMERA G: —¿Está haciendo trampa?

ENFERMERA A: —Yo no hago trampa.

ENFERMERA L: —Lo que pasa es que, en el juego, ella es la Reina de Copas.

ENFERMERA G: —¿La Reina de Copas?

ENFERMERA L: —Sí. Siempre se la pasa en una rumba y borracha.

ENFERMERA A: —¿Qué te pasa?

ENFERMERA L: —¿Qué me pasa? Nada. Una carta.

ENFERMERA G: —A mí, nada.

ENFERMERA A: —Esto es aburrido.

ENFERMERA L: —¿No será que te vuelve loca la soledad?

ENFERMERA A: —La soledad... ¿Qué soledad?

ENFERMERA G: —Sigamos con las cartas... ¿Entonces?

ENFERMERA A: —¿Qué soledad? A mí me gusta vivir al día, disfrutar de lo que se me presenta.

ENFERMERA L: —A mí que se me presente Gerónimo Reyes de Lorza. Así, sí: me caso con ese mango y tengo treinta y tres hijos; así no se me escapa de las garras. (*Hace gestos de felino rabioso*).

ENFERMERA G: —Tú y tus inventos de novela. Eso es una locura: treinta y tres hijos... La dicha de algunas, que otras no tenemos. Mira a Rosita aquí sola, y su madre quién sabe Dios dónde estará.

ENFERMERA L: —Pero te imaginas... Yo, esposa de Gerónimo Reyes de Lorza... ¿Qué harías tú? ¿Cuántos hijos tendrías?

ENFERMERA A: —No, chica. Yo no estoy pensando en esas cosas; hay otras más importantes...

ENFERMERA L: —¿Cómo qué?

ENFERMERA A: —Un futuro, estudios... Además, ¿se imaginan? A esta edad, mi hijo será de mi tamaño.

ENFERMERA L: —Y después también.

Se escuchan cornetas de carro.

ENFERMERA G: —¿Qué ruido es ese? Que desconsiderados.

La enfermera L se asoma por la ventana.

ENFERMERA L: —¡No puede ser!

ENFERMERA G: —¿Qué pasa?

ENFERMERA L: —¡Es Gerónimo Reyes de Lorza! ¡Viene a visitar el hospicio!

ENFERMERA A: —¡Ah! ¡Déjame verlo!

ENFERMERA G: —Qué locas... ¡Gerónimo Reyes de Lorza!

ENFERMERA A: —¡Gerónimo, mi amor!

ENFERMERA G: —¿Es verdad?... Permiso... Ay, ¡qué bello! (*Lanza besos*).

LAS TRES: —¡Gerónimo! ¡Aquí es! ¡Aquí es! (*Salen atropelladamente las tres*).

ROSA NIÑA EN OFF: —¡Eso es! ¡Qué lindo! Me veo en una hermosa casa compartiendo con mis amigas en un sano y seguro

ambiente de casa, viendo las novelas en la televisión. Toda una ama de casa, con pañuelo en la cabeza y todo. Así, feliz, cantando para mí. (*Canta*). —Riendo, dueña de mi vida, respondiendo por mí. (*Hablando con ella*). —Sí, chica, eso fue así... No puede ser... Así es... Cómo va ser... Así mismo... No me digas... Así como te cuento...

Canta.

Se cierra el telón y, al mismo tiempo, se abren dos telones de los lados y aparecen dos ventanas cerradas. De pronto, se abre una de las ventanas y aparece una mujer con ropa en una cesta. Sonido de calle.

AMALIA: (*Tarareando una canción*). —Ay, Dios, qué cansancio. (*Voltea*). —¡Qué estás haciendo, Jorge! ¡Bájate de ahí! ¡Ay, qué problema con estos muchachos! ¡No se puede! ¡Muchacho, deja a Manuelita! ¡Déjalaaa! ¡La vas a mataaar! ¡No la vas a soltar! ¡No la vas a soltar! Ya vas a ver...

Sale. Se oyen gritos de: «¡Suéltalaaa!», carreras. Amalia grita: «¡Suéltala!». Aparece el niño con la niña guindada por la ventana.

—¡Suéltala! ¡No, no la sueltes!

Lo hala de un tirón. Se oye golpiza y llantos, confusión de voces y gritería. Se abre la otra ventana. Sale Amelia, ama de casa con ínfulas de más sofisticada que Amalia, tarareando la misma canción, pero más afinada todavía. Se oye gritería en la casa de Amalia; Amelia tararea, pero de reojo, mira hacia la ventana de Amalia. Comienza a empinarse cada vez más hasta que queda haciendo balance en el dedo gordo del pie con todo el cuerpo. Cuando Amelia está a punto de entrar casi por la ventana de Amalia, se abre la ventana central y golpea a Amelia, que desaparece tras un largo grito. Aparece Rosa en

la ventana central con cesto de ropa, tarareando la misma canción, pero sólo los finales.

ROSA VECINA: —¡Ay, qué fue eso! ¡Santos cielos, ay por Dios! ¡Vade retro, Satanás! ¡Virgen Santa! Oh, Virgen de las Cuatro Petacas, ¡agárrame confesáaa! ¡Santo Dios!

AMALIA: —¡Umjú!... ¿Qué le pasa a usted, comadre? Parece que se le hubiera aparecido el diablo. ¿Qué guarandinga es esa? ¡Ay, déjese de esa invocadera! Mire que, con esa llamadera de santos, seguro que se asoma cualquier demonio.

AMELIA: (*Asomándose en la ventana con gemidos*). —*Good morning, girls.*

AMALIA: —Hablando del Rey de Roma y, ahí mismo, su bamba asoma.

ROSA: —Ay, comadre, quédese tranquila.

AMELIA: —*I'm sorry.* No entiendo nada, queridas vecinas.

AMALIA: —Vio, vio. Ya está lanzando conjuros vergatarios, para confundirla a una.

AMELIA: —Confundida. ¡Ah, claro! ¿Quién no vive confundida, con un hijo como el suyo?

AMALIA: —Con mi hijo no te metas, estropajo con patas, ¿qué te has creído? (*Se oyen gritos de los niños*). —¡Jorge, quédate tranquilo! (*Sale*).

AMELIA: —Ay, vecina, uno tiene que tener cuidado con ese muchacho; uno no sabe el peligro que puede representar.

ROSA: —Pero ¿qué puede hacer un niño como Jorgito?

AMELIA: —Uno no sabe, vecina... qué sabe uno si la loquera de ese muchacho es contagiosa. Ése debe tener el síndrome de las vacas locas.

ROSA: —Señora Amelia, por favor, primero si el muchacho es loco o no, eso no lo puede saber usted; además, no entiendo lo que me está diciendo.

AMELIA: —Eso lo dices tú porque eres una inocente. A ese muchacho hay que echarlo a un lado. Tú no sabes la cantidad de enfermedades que hay hoy en día, mujer. Algunas se pegan hasta con mirar.

ROSA: —Por favor, Amelia, tú no sabes lo que estás diciendo. No hay ninguna enfermedad que se transmita de esa forma.

AMELIA: —¡Cómo que no! ¿Tú no has oído lo de las vacas locas? Mira, oye bien. Hay una enfermedad de contagio súbito, que la transmiten...

ROSA: —¿Qué?

AMELIA: —¡Súbito! O sea, ¡zaass!... ¿Es que tú no sabes? Oye, Rosita: desde el año 1976... ¡No! 1960 o algo así. En una tarde bañada de un maravilloso y radiante sol de medianoche, donde los sonidos de pájaros nocturnos y el del pájaro Chogüí rompían el silencio de la oscuridad, cual fría navaja afilada y cortante... que penetra en la piel de un pollo preparado para ser deshuesado y luego puesto al horno, relleno de piña y finas especias...

ROSA: —¿De qué estás hablando tú, mujer?

AMELIA: —No me interrumpas... Se detectó algo llamado HIV, lo cual significa: H con a, «haaaa»; e i de i, «iii»... Y las dos unidas: «haaa-iii». Y la V de «vaca», lo que termina y determina a estas siglas que dan forma a una sola expresión: ¡Haaa-y vacas!

ROSA: —¡Por favor, Amelia!

AMELIA: —¡Cállate, increíble! Esto no termina aquí: un año después fueron descubiertos una vaca y un mono haciendo «cui», «cui». Y entre «cui-cui» y «cui-cui», se oía un lejano «uuuu»...

«uuuu». De esos primeros y extraños especímenes salieron las llamadas ¡vacas locas! Las cua...

ROSA: —Espera, Amelia. Por favor, no continúes con ese relato tan absurdo; no sabes lo que estás diciendo.

AMELIA: —¡Sí que lo sé! ¡Todo coincide! Amalia es una gorda, o sea es una vaca... Además, está loca de perinola... y el negrito que tiene por esposo, no hay duda... Ése es un mono... no hay otra conclusión: ¡Es una vaca loca! Y ha infectado a su hijo y a toda su familia. ¡Sálvese quien pueda! ¡Hay que aislarlos! ¡No acepten nada que hayan tocado los infectados! ¡Alerta, vecinos! ¡Estamos en peligro!

ROSA: —Pero, Amelia, está totalmente confundida. Y, si fuera de lo que estamos hablando, no se contagia como usted dice; y lo de las vacas locas es otra cosa. Yo creo que debe informarse mejor.

AMELIA: —Yo sé bien lo que digo. Amalia es peligrosa para nuestra comunidad...

AMALIA: —¡Qué está diciendo usted allí de mí! ¡Mujer del demonio!

AMELIA: —¡Tú, vaca! ¡Cuadrúpedo descabellado, engrasado y aloca-do! ¡Tenemos que declararte en cuarentena! ¡Qué cuarentena: cincuentena, ochentena, *siglontena*!

ROSA: —Por favor, señoras, no discutan, no es necesario. Todo esto es un malentendido... Amalia, Amelia no quiso decir eso...

AMELIA: —Claro que lo digo y lo mantengo. ¡Amalia está infectada! ¡Amalia tiene HIV! ¡Es una vaca loca!

AMALIA: —Tú vas a ver la vaca loca. ¡Te voy a dejar calva!

Comienza una batalla de ventana a ventana. Se lanzan las ropas entre gritos y golpes. Rosa mira de un lado a otro viendo cómo discuten. La

batalla va subiendo de nivel, se oye una sirena de policía a lo lejos. La batalla se detiene. Se oye una voz.

VOZ DE POLICÍA: —¿Qué sucede allá arriba?

AMALIA: —¡A la ver..., la poli!

AMELIA: —Buenas tardes, estimado agente del orden público, bienvenido a nuestra humilde morada.

AMALIA: —Morada es que te iba a poner yo, si no llegaban los bichos estos.

ROSA: —Buenas tardes, señor. No sucede nada, no se preocupe, hasta luego.

(La policía se va).

AMALIA: —Ésta me la pagas, sarnosa. *(Cierra la ventana).*

AMALIA: —Ni te atrevas a acercarte a mí, distinguida persona. *(Cierra la ventana).*

ROSA: —Qué tristeza, qué desinformación, qué falta de interés, qué ignorancia... Nadie quiere tomar los asuntos con la seriedad que ameritan... Sí tuviera un poder que hiciera comprender...

Aparecen Amalia y Amelia abriendo al unísono sus ventanas. Rugen y se cierran al unísono las tres ventanas. Black out. Melodía de caja de música. Lentamente se abre luz al centro del teatrino; se ve a Rosa.

ROSA NIÑA: —Saben, todo esto lo hago jugando, pero hay muchas cosas que son verdad. Por ejemplo... el rechazo... Yo sé que soy pequeña y por eso todos dicen: «es una niña y no se da cuenta»; pero lo que no toman en cuenta son los sentimientos. No lo míos... los de ellos. Cuando se rechaza a una persona, se crea un hilo, una unión; claro, nada de esto se ve, pero sí

se siente... y se siente muy desagradable. Es como si en ese momento se desarrollara la capacidad de hablar sin emitir sonidos, como si se conocieran los pensamientos del otro sin siquiera mirarse. Pero puedes sentir que la persona que esquiva tu mirada —ésa que, de lejos, te escudriña de arriba abajo con curiosidad cuando piensa que ni tú ni nadie la está mirando— te observa... Esa es la otra punta del hilo.

—Dentro de los dos, la batalla de sentimientos es confusa. Él está pendiente de ti, pero no desea tu cercanía; existe dentro de él un gran sentimiento de lástima unido con miedo: miedo a ser el otro, a estar como el otro. Y al final, como un animal salvaje al que se le ha agotado la curiosidad, se retira con la convicción de que nada de lo que pasa a su alrededor tiene que ver con él... ¡Qué gran error!

—Del otro lado, la batalla continúa; la batalla se queda y no se va. Es como una gran explosión, una explosión expansiva llena de tristeza; una tristeza que comienza a invadir hasta el más apartado rincón de tu cuerpo, arrebátandote todas las fuerzas. Y cuando sientes que vas a desmayar, se vuelve a sentir ese hilo, esa unión repulsiva que explota y explota una y otra vez... Sí, eso sí lo sé; como también sé que la mayoría de las veces no es culpa de ellos, sino que no encuentran respuestas, no están informados.

—Pero no importa. Yo sí soy mujer informada y con inteligencia; inteligencia que me ayudará a vivir en estos tiempos tan difíciles, a dar los pasos para un futuro mejor. Claro, todo esto después de haber recopilado experiencias a lo largo de mi vida... ¿Dónde estará y como será mi vida dentro de cinco, seis o diez años?

—A mi mamá nunca la conocí... tampoco a mi papá... Pero me dicen que deben estar bien... Y si yo me porto bien, todo irá bien... Para poder montar bicicleta y sentir el viento acariciando mis ojos (eso me gusta), para saltar en los charcos con mis zapatos blancos puestos y luego hacer equilibrio en la acera, como si estuviera caminando por la orilla de un gran castillo... Yo sé que soy muy pequeña, pero

quiero ver cada día como si fuera la primera vez. Como la primera hoja de un cuento de hadas. Un libro de esos que son muy gordos. Al abrir mis ojos, deseo ver todo de brillantes colores, sentir la sorpresa de lo nuevo, sentir en cada día la alegría de un regalo; así lo quiero ver siempre. Aunque todos digan que soy pequeña y frágil, como una rosa de papel, sé que un día, antes de dormir, veré estrellas... Estrellas fugaces, como en los cuentos, a las que les pediré muchos deseos. Para eso son las estrellas. Si las ven, pídanle un deseo: ¡Que siempre se mantengan allí, que no se muevan, para poder hablarles y pedirles más! ¡Que se mantengan allí, brillantes y hermosas como la primera vez!

Todo comienza a oscurecer lentamente. Se ven luces que pasan por el escenario: son estrellas fugaces. Rosa las ve, hasta que una de las estrellas se detiene y brilla intensamente. Black out.

FIN

Purgatorio con aroma a café

PURGATORIO CON AROMA A CAFÉ

PERSONAJES:

ELVIRA: Mujer adulta de más de cincuenta años, figura recia, pero esbelta, aparenta menos edad.

AURA: Mujer adulta; es la mayor de todas, con aspecto de religiosa y cara bondadosa.

CATALINA: Mujer adulta mayor, desenvuelta; su aspecto es fuerte y decidido.

VIGILANTE: Joven bien parecido, con aspecto engreído, bien peinado y arreglado.

PRIMERA ESCENA
«NOCHE VACÍA»

Una luz tenue cenital deja ver a Elvira tímidamente. Es una mujer de mediana edad; está recostada en una especie de catre, arropada con un chal tejido y añejo. A pesar del tiempo, su chal se nota bien conservado y limpio; su bata de dormir blanca y larga se deja ver entre el chal como reflejo de luna. El pequeño chal no llega a arropar completamente su cuerpo, haciéndola encogerse, como queriendo succionar sus carnes que han quedado a merced del seco frío de la mañana.

A lo lejos se oye el canto de los gallos que, poco a poco, se van haciendo más cercanos. Una música con tonos latinos va aunándose al canto; parece un concierto al alba. La mujer se incorpora lentamente, como poseída por aquella música lejana; se coloca el chal sobre sus hombros. Parece una larga vela por su rigidez. Sale del único espacio iluminado como si flotara. Lentamente desaparece en la oscuridad.

Se oye el sonido hiriente de metales que chocan entre sí, para luego ser aliviados por la rica melodía del agua al caer. La ciudad comienza a sonar con intenso compás aturdidor, opacando los limpios sonidos del amanecer. La mujer, con el cabello húmedo cayendo sobre sus hombros, vuelve al catre. Se sienta; sus ojos miran al frente, tan fijos que dan la sensación de una espera de años. Un tamborileo de madera irrumpe el hueco vacío de la habitación, haciendo eco en el cuerpo de la mujer que, como una tensa cuerda de instrumento, reacciona con movimientos casi imperceptibles, temblorosos. Mira en la dirección de donde proviene el sonido; duda, se levanta, avanza para luego perderse en la oscuridad.

Se oye el chirriar de una puerta. La luz del día entra al espacio desplazándose por el perfecto rectángulo de la puerta, quedando vaciada en el piso. Sombras invaden el rectángulo de luz para luego desaparecer con el mismo hiriente sonido de la puerta al cerrar.

Se oyen murmullos en la oscuridad. Entran dos mujeres, Catalina y Aura, deslizándose rápidamente hacia la luz; se sientan a los dos extremos del catre. Quedan a la espera con la mirada perdida. Entra Elvira lentamente, se sienta entre las dos mujeres. Quedan en silencio y, como pautadas por un director de orquesta, comienzan a murmurar al unísono, como un rezo que va entre saludos, quejas, y cuentos del tiempo y el camino. Y así como comenzaron, repentinamente entran en un tenso silencio. Impacientes, miran a los rincones de aquella oscura soledad. Catalina rompe el silencio tímidamente.

SEGUNDA ESCENA «EL SECRETO»

CATALINA: —¿Café?

Elvira se levanta lentamente y desaparece en la oscuridad. Se oye el sonido de metales. Aparece Elvira con dos tazas con café; se sienta y mira fijamente a Catalina. Después de una pausa, hace un gesto estirando su boca.

ELVIRA: —¿Y entonces?

AURA: *(Aura rápidamente contesta quitándose la taza de los labios y pasando el trago con dificultad).* —¡Está bueno!

CATALINA: —Ujumm... Como siempre, bueno.

ELVIRA: —Bueno... ¿Está bueno? ¿Es lo único que pueden decir? ¡La luz! ¡Está buena! ¿Este catre? ¡Está bueno! ¿Este lugar? ¡Está bueno! ¿Cómo está la vida? ¡Está buena la vida! Esta vida que no se sabe cuándo acabará, que se hace la esquivita con ella misma, que se esconde entre sorpresas esperadas como este café de todos los días. *(Toma un sorbo).* —¡Bueno! Esta espera

buena que ya desespera, que agota, que está suspendida en el tiempo aletargado. ¡Bueno! ¿Y ahora les pregunto? ¿Todo lo bueno es solo esto? ¡No! ¡Todo es todo! ¿Pero qué es ese todo? ¿Cuándo llega? ¿Dónde está? Sólo siento que vivo, sólo siento que siento, sólo siento que respiro, sólo siento que espero, pero ¿qué espero? ¿Qué? ¿Un secreto en el silencio de esta habitación? ¿Pueden sentirlo? ¿O sólo yo?... Deben sentir lo mismo que yo. (*Apretándose el pecho con sus manos como garras*). —¡Sé que estás ahí, Elvira! Pero que al mismo tiempo no estás; nadie te ve, ya no esperas nada, los recuerdos son los únicos que viven en ti. ¡Pero carajo! ¿Qué es lo bueno? ¿Qué es esto? ¿Acaso hay más y se olvidó decírnoslo?...

AURA: —Elvira...

Catalina hace un gesto tímido que silencia a Aura.

ELVIRA: —Desde aquel día me siento invisible. Camino por las calles y noto que ya mis pasos no dejan huellas; veo a todos y tengo la sensación de que nadie me ve, que no estoy allí. ¡Pero yo estaba! ¡Yo era visible para todos! ¿Qué nos pasó? ¡Yo estoy! ¡Por qué no se dan cuenta!... (*Toma un trago de café*). —Al menos aún el café es bueno; siempre ha sido un fiel y silencioso acompañante, amante fiel que despierta siempre dándole calor a lo que queda de mi cuerpo. Pero eso sólo lo sé yo... Y lo sabes tú, Aura, y tú, Catalina... ¡Sólo lo sabemos nosotras! ¡Es nuestra culpa! Fue nuestra culpa; ahora tendremos que vivir en esta espera de nada, sabiendo la cruel realidad. Nuestra vida había acabado hace bastante tiempo, sólo nosotros no lo sabíamos; si no hubiésemos cometido aquella locura seguiríamos aquí, presentes. Al menos no sabríamos la verdad. ¡Qué buena es, a veces, la ignorancia! Pero ya no se puede hacer nada. Ahora podemos contestar esa gran pregunta:

¿Qué pasa después que mueres? ¡Maldita sea! No quisiera haberlo averiguado. La pregunta es: ¿Es esto morir? Es injusto, pero es así. Por una acción equivocada, nos toca pagar el resto de la infinidad. El resto de esta vida, si se puede llamar así... ¡Nosotros! ¡La gente! ¡No somos iguales a los animales! ¡Nunca aprendemos! ¡Y cuando aprendemos, es tarde! Todo lo queremos saber, todo lo queremos tener, cuando a veces es mejor no saber nada, no tener nada; pero la curiosidad es más fuerte. Siempre hay curiosos que lo quieren saber todo. Seguro muchos querrán saber nuestro secreto. Yo les revelaré qué pasa después de la muerte, eso que todos quieren saber, eso que les atormenta desde que comienzan a tener uso de razón: ¿Qué pasa después que muero? ¿Hay otra vida? ¿Somos inmortales? ¿Reencarnamos? Yo tengo la respuesta, pero seguro no les va a gustar. Esa respuesta la tenemos siempre frente a nosotros y aparece todos los días, pero como ciegos pasamos a su lado y no la vemos; está allí, en esos días que sin pausa corren uno delante del otro. Hasta que ese día llegó y lo vi todo. Lo que sucedió aquel maldito día me dio la respuesta... Y no digan que no lo advertí.

De golpe, todo se sumerge en oscuridad profunda. Un sonido constante y sordo, como una abeja dentro del oído, no cesa. En segundos comienza a bajar su intensidad, como si desmayara de cansancio, hasta desaparecer. El escenario queda en un oscuro silencio.

TERCERA ESCENA «UN DÍA ANTES»

El espacio se ilumina, hiriente a los ojos. El ambiente se llena de sonidos y voces. Catalina y Aura están sentadas en el mismo lugar, pero en asientos separados por muy poca distancia: es el salón de espera de un pequeño banco. Las dos mujeres miran al frente como hipnotizadas;

en intervalos cortos, miran tímidamente a los lados, regresando su mirada rápidamente al frente como si no quisieran mirar, para no ser vistas... O para no ver que las miran. Repentinamente, Catalina rompe el silencio.

CATALINA: —¿Tu hijo te llamó?

AURA: — No, está muy ocupado, creo que salió de viaje.

CATALINA: —¿Eso te dijo?

AURA: —No, pero como no me ha llamado, creo que eso es lo que le debe pasar.

CATALINA: —Eso me dijiste el mes pasado. ¿Cuánto tiempo hace que no te llama?

AURA: —Él siempre me llama.

CATALINA: —Lo mismo me dijiste el mes pasado.

AURA: —Mujer, tú siempre tan preguntona. ¿Y a ti? ¿Te ha llamado tu familia? ¿Te ha visitado?

CATALINA: —Ellos siempre están pendientes de mí, fíjate que me regalaron un televisor gigante, lo tengo allá en la habitación.

AURA: —¿Quién te lo llevó?

CATALINA: —Tú sabes que ellos son modernos... Me llegó en una caja bellísima, grande, de cartón; pero no cualquier caja: eso estaba forrado y todo. Y tenía adentro hasta unos plastiquitos con formas y una bolsa grande donde venía el televisor.

AURA: —¿Te lo llevó tu hija?

CATALINA: —No. Tú sabes que ellos son muy modernos.

AURA: —¿Quién te lo llevó? ¿Tu nieto? ¿Viste a tu nieto?

CATALINA: —Ese niño sí está bello.

AURA: —Qué lindo, ¿de qué tamaño está?

CATALINA: —Debe estar ya grande.

AURA: —¿Y él no fue el que te llevó el televisor?

CATALINA: —No. A ese muchacho yo no lo conocía... Debe ser un sobrino del esposo de mi hija, muy decente el muchacho, un tal *Mailbox*. ¡Nombres raros que le ponen a la gente ahora!

AURA: —Ya. Quiere decir que tu gente no apareció por allá.

CATALINA: —Ellos siempre van. No, mi amor, mi gente no es así.

AURA: —Así, ¿cómo?

CATALINA: —No, digo yo, hay gente que ni una llamadita.

AURA: —Mi hijo está ocupado, Catalina, pero él siempre me llama.

CATALINA: —Sí, yo sé.

AURA: —Por lo menos, yo vivo en la misma casa donde crie a los muchachos.

CATALINA: —¿Qué quieres decir tú, Aura?

AURA: —Nada.

CATALINA: —Yo estoy en esa residencia y vivo como una reina, Aura; eso es como vivir en un hotel. Ya quisieras tú.

AURA: —Sí, ¿verdad? Ahora les llaman residencias; antes les decían asilos.

CATALINA: —¿Verdad? ¡Tú sabrás entonces!

CUARTA ESCENA
«VAMOS AL GRANO»

Aura y Catalina se quedan en silencio trompudas, ni se miran. Entra Elvira, apurada, y se sienta en el medio de las dos mujeres.

ELVIRA: —¿No han llamado todavía?... ¿Abrieron ya la taquilla? ¿El vigilante las dejó pasar a ustedes también? ¿Y a ustedes que les pasa?... ¿No van a responder?

CATALINA: —¿Pregúntale a ella!

ELVIRA: —¿Qué pasó, Aura? ¿No las han llamado?... ¿Es que ustedes se volvieron locas? ¿Ahora ninguna va hablar? ¿Qué les pasa?

AURA: —Lo que pasa es que hay personas que se creen mejor que las demás.

CATALINA: —Eso no es así; echa tu cuento como es.

AURA: —¿Ah, no? Entonces, cuál es la preguntadera tuya, ese interrogatorio con toda la mala intención. ¿Tú crees que yo no me doy cuenta, Catalina?

CATALINA: —Yo no te estoy preguntado nada... ¡Y a mí no me nombres!

AURA: —¿Ahora dices que no me estás preguntando nada? Tú comenzaste con la cosa otra vez.

CATALINA: —¿Qué cosa? ¿De qué habla ella? ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Yo no tengo la culpa de tener televisor nuevo!

AURA: —Tú sabes que eso no es.

CATALINA: —¿Y entonces qué es?

AURA: —A mí no me hables más.

CATALINA: —No te hablo más. ¡Gran cosa!

ELVIRA: —Ya está bueno. Ustedes perdiendo el tiempo, cuando hay cosas más importantes que hacer. ¡Parece mentira! ¡Parecen dos carajitas! Vamos, dense un beso.

Catalina mira de reojo a Aura.

CATALINA: —Ella primero.

AURA: —¿Por qué yo? Tú primero.

ELVIRA: —¡Ah, vaina! Dejen la pendejada. ¿Abrieron la taquilla o no, viejas del coño? ¡Contesten, pues!

AURA: —Así no, Elvira. Tú sabes que yo no estoy acostumbrada a que me traten así.

CATALINA: —Mira la reina.

AURA: —Reina no... Además, tú sabes que yo a ti no te hablo.

ELVIRA: —¡Coño, no entiendo nada! ¿Qué te traten cómo, Aura?

AURA: —Con ese poco de groserías y las mentiras de Catalina. Mi hijo sí me llama. Mira, anteaer sonó el teléfono, lo que pasa es que con estas piernas que no me responden no llegué a tiempo, pero seguro era él...

ELVIRA: —Ustedes están locas. Con todo lo que tenemos que hacer... ¿Recuerdan que les dije que después de salir del banco íbamos a ir a la agencia de viaje, comprábamos los pasajes y nos íbamos de vacaciones por siempre?... Yo traje la maleta como habíamos acordado. ¿Recuerdan?

AURA: —Mira, Elvira... Yo no sé... dejar a la familia así.

CATALINA: —Y vas a seguir con lo de la familia. ¿Qué familia, chica?

AURA: —Yo no sé tú, pero yo sí tengo familia.

ELVIRA: —Muchachas, ¿ya no habíamos hablado eso? Quedamos en que luego les explicábamos. ¿De acuerdo?

AURA: —Elvira, ¿con lo de la pensión no nos alcanza?

ELVIRA: —Tranquila, que con lo que podamos llevar las tres nos sobra.

AURA: —Si tú lo dices.

CATALINA: —Tú siempre buscándole las cinco patas al gato.

ELVIRA: —¡Ya está bien! ¿Tomaron los números para la taquilla?

CATALINA: —Sí, aquí están.

ELVIRA: —Dame a mí este, para pasar primero.

AURA: —Elvira, ¿están seguras de que en esta taquilla expresa pagan también las pensiones?

CATALINA: —Claro. ¡Que ignorancia!

ELVIRA: —Coño, Aura, tú sí preguntas pendejadas.

AURA: —Si siguen, así me voy; saben que no soporto a la gente mal hablada.

ELVIRA: —Está bien. Tranquila, disculpa.

CATALINA: —Déjala que se vaya; total, ella es la que se lo pierde. ¿Te imaginas las dos montadas en ese avión? Y la aeromoza diciendo: «Ajústense los cinturones», y ésta que está aquí, (*Refiriéndose a Aura*) esperando la llamadita que nunca llega, mirando al techo. Y nosotras sentadas dentro de aquel avión, explayadas, y de repente se oye: «Dentro de poco estaremos aterrizando en el aeropuerto» de... de... de... ¿Para dónde es que vamos?

Elvira contesta distraída, mirando impaciente su número.

ELVIRA: —Liechtenstein.

CATALINA: —Al aeropuerto de Listitin.

AURA: —Ves, eso es lo que me preocupa. ¿Qué vamos a hacer allá?
¿Dónde queda eso?

CATALINA: —En Listitin.

AURA: —Qué vas a saber tú, si ni siquiera lo sabes pronunciar.

CATALINA: —¿Cómo que no sé? ¿Cómo se dice, pues?

AURA: —Listentei.

CATALINA: —Bueno, ¿y qué dije yo?, eso mismo. A ti lo que te sucede es que la envidia no te deja escuchar bien.

AURA: —Ya está bueno, yo me voy.

ELVIRA: —¿Qué está diciendo ella?

CATALINA: —Yo no sé, pregúntale a ella.

ELVIRA: —¿Tú estás diciendo que te vas?

AURA: —No sé. Pregúntale a ella.

ELVIRA: —Claro, lo de siempre. Siempre ha sido así: dímelo tú. Que te lo diga ella... Ahora nadie sabe nada. Antes lo sabíamos todo.

AURA: —Así es para todo, sabíamos todo.

CATALINA: —No había pendejo que no le preguntara a una qué es lo que tenía que hacer, y una... Te lo tengo.

AURA: —Todos dependían de nosotras.

CATALINA: —Yo creo que era para jodernos.

AURA: —Catalina, tú siempre tan mal pensada.

ELVIRA: —Hay un dicho que dice: «Piensa mal y acertarás».

AURA: —No, chica. Ustedes se acuerdan de los domingos cuando nos reuníamos todas a cocinarle a ese gentío. ¡Qué cosa más divertida, aquel poco de comida! Y con qué gusto esperaban que todo estuviera listo.

CATALINA: —Sí, no terminaba nunca de estar lista esa vaina. Yo lo que recuerdo era el hambre arrecha.

AURA: —Qué vas a recordar tú, si lo que tenías era una botella siempre en la boca.

CATALINA: —Bueno, una cervecita para pasar el rato... ¡Sabrosooooo!

ELVIRA: —Sabroso mi asado, ¿se acuerdan? Todos se chupaban los dedos.

AURA: —Claro que me acuerdo, qué exquisitez, nunca nos dijiste el secreto. Samuel, mi marido, no paraba de comer.

CATALINA: —Samuel nada más, no. Heberto no hablaba más que del asado de Elvira. Hasta el último día que lo vi, el día que salió a comprar café y no regresó más, el desgraciado, lo único que dijo antes de irse fue: «¡Coño, el asado!». Yo le pregunté: «¿Qué asado, chico? ¡Café, café es lo que vas a comprar!». ¡Desgraciado! Me dejó el agua hirviendo.

ELVIRA: —Mira, Catalina, yo creo que fue lo mejor. Yo bien crie a mis muchachos hasta que Dios decidió dejarme sola. Para mí fue lo mejor: sin ningún hombre como mosca revoloteando a mi alrededor.

CATALINA: —Déjate de vaina, que a uno le hace falta su tolete de asado de vez en cuando.

AURA: —Tú siempre. Por eso es que me la paso peleando contigo.

ELVIRA: —Hablando de hombres. ¿Tú te acuerdas de ese hombre que creo que trabajaba con Heberto, que siempre iba los domingos...?

CATALINA: —¿Cómo no me voy a acordar? Siempre teníamos que contarle. La vaina era así: Aura, Samuel y el carajito.

AURA: —Víctor.

CATALINA: —Eso. Aura, Samuel y Víctor. Elvira y sus dos carajitos, que Dios los tenga en la gloria. Heberto, las dos mías: la menorcita y la otra coño de madre.

AURA: Dios, cómo puede haber tanta grosería en una sola boca. ¡Dios!

CATALINA: —Y Heberto decía siempre: «Y viene Carlos». «¿Qué Carlos?», decía yo... «Mi amor, Carlos Melado, el que trabaja conmigo...». Yo lo que creo es que esos carajos eran parchas, amigas.

AURA: —¡Dios santo! ¿Tú crees?

CATALINA: —¡Claro! Qué mariquera es ésa: todos los domingos, el tipo metido en nuestras reuniones familiares. ¡Déjate de vaina!

ELVIRA: —Catalina, tú tienes cada ocurrencia.

AURA: —Y, por fin, ¿cuál era el secreto del asado? Ya lo puedes decir; total, esas reuniones forman parte del pasado.

CATALINA: —Así mismo es. Ya no somos el centro de la reunión ni el centro de un coño. ¿Cuál es el secreto?

ELVIRA: —El secreto es que no hay secreto. Era un asado común y corriente, con el ingrediente de que tenía un secreto; eso lo hacía más rico para todos.

CATALINA: —¡Tú sí eres arrecha, amiga!

AURA: —Eres el número uno.

Se oye la máquina del banco:

—Número 001. Taquilla 1.

ELVIRA: —Ya abrieron la taquilla.

Las tres mujeres se levantan y hacen cola frente a la taquilla; al mismo tiempo, entra el vigilante del banco.

QUINTA ESCENA

«EL PLAN A»

Elvira, de primera en la fila, se coloca unos lentes de sol que saca de la cartera; la siguen Catalina y Aura que hacen lo mismo. El vigilante está en la puerta. Elvira saca un arma de la cartera y apunta al cajero.

ELVIRA: —¡Esto es un asalto! ¡Entrégue me todo el dinero!

CATALINA (*Volteándose hacia el vigilante*):. —¡Nadie se mueva! ¡Todos al piso! (*Aura y el vigilante se lanzan al piso*).

CATALINA: —Tú no, vieja loca. ¡Levántate! (*Los dos se levantan*).

CATALINA: —¡Usted no! (*Señalando a Aura*). —¡Tú, chica! (*Aura se levanta asustada*).

CATALINA: —Qué te pasa, Au...

ELVIRA: —¡No digan nombres!

CATALINA: —¿Pero no ves a esta mujer? Se volvió loca.

AURA: —A mí no me digas loca.

VIGILANTE: —¿Qué están haciendo, señoras? ¡Suelten esas armas!

CATALINA: —¡Tú te callas! ¡Al suelo!

AURA: —¿Qué forma de comportarse es esa?

CATALINA: —¿Tú como que no tienes televisión, chica?

AURA: —Yo sólo veo programas educativos, sin violencia; y yo, a ti, no te hablo.

ELVIRA: —¡Dejen las pendejadas! Hormiga Atómica, encargarte del dinero. *Wonderwoman*, tú vigila al vigilante. Mientras más rápido lo hagamos, más rápido no vamos. (*Al cajero que no se ve detrás de la taquilla*). —Y tú no te muevas.

CATALINA: (*Mientras intenta abrir una puerta que comunica con la taquilla*). —¿Por qué ella se tiene que llamar así? Ése debió ser mi nombre. Además, ¿la Hormiga Atómica es mujer?

AURA: —No, mijita, ese nombre no va contigo. Y las hormigas todas son mujeres; si no, serías hormigo. Además, yo soy más atractiva que tú.

ELVIRA: —No vayan a comenzar de nuevo. ¿Dónde está tu arma, Wonder?

AURA: (*Sacando un cuchillo de cocina*). —No conseguí más.

ELVIRA: —¡Qué bolas! ¡Dale tu arma, Hormiga!

CATALINA: —¡Coño! A mí no me gusta ese nombre. ¿Y por qué le voy dar mi arma? ¡Ésta es mía!

ELVIRA: —Entrégasela, entra allí y saca el dinero de una vez, deja que ella vigile. (*Dirigiéndose al vigilante*). —Y tú, no te muevas si quieres salir bien de aquí.

AURA: (*Tomando el arma, apunta al vigilante que inmediatamente levanta las manos y le entrega la escopeta*). —¿Y qué hago con esto?

CATALINA: —¡Dámela a mí y te quedas con esa! ¡Dile que me la dé, Gatúbela! Sólo la quería de pura envidia. (*Le quita la pistola*).

ELVIRA: —Wonder, ¡vigila que no se mueva!

AURA: (*Apuntado al vigilante con la escopeta*). —Sí, está bien. Por favor, quédese quietito y no le pasará nada; gracias, señor.

CATALINA: (*Está forzando la perilla de la puerta de la taquilla*). —¡No puedo abrir la puerta!... (*Voltea donde está Aura, que sostiene la escopeta del vigilante, apuntándolo*). —Gatúbela, ¿por qué la pistola de ella es más grande que la mía?

ELVIRA: —Eso no importa, debes tomar el dinero. (*Dirigiéndose al cajero*). —¡Abra la puerta! ¡Cuidado con lo que hace! ¡Le estoy hablando en serio!

CATALINA: —Pero con la pistola, esa grande que tiene la Mujer Maravilla, puedo abrir esta puerta de un solo disparo. ¡Dámela acá!

AURA: —¡No, ésta es mía!

Catalina se abalanza sobre Aura tratando de quitarle el arma. El vigilante se une al forcejeo. De pronto, se oye una detonación. Todos retroceden; cae la escopeta en el piso. Se enciende la alarma del banco. Aura se lanza al piso; Catalina grita histérica.

ELVIRA: —¡Recoge esa arma, Aura! ¡Nadie se mueve! ¡Cállate, Catalina! (*Al vigilante*). ¡Usted cierre la puerta! ¡Lánceme las llaves! ¿Qué pasó? ¿Ustedes se volvieron locas?

CATALINA: —Elvira...

ELVIRA: —Te dije que no mencionaran nombres.

CATALINA: —Ya tú dijiste el mío.

AURA: —Y el mío también, yo te oí.

CATALINA: —Ya está bien, está bien. ¡Cállense! ¡Déjenme pensar! (*Al vigilante*). ¡Usted al suelo!

CATALINA: —Elvira...

ELVIRA: —¡Qué!

CATALINA: —El cajero no está.

Elvira corre a la taquilla, se asoma, no ve nada, se inclina tratando de mirar más allá.

ELVIRA: —¡Dios! ¡Está en el piso!

CATALINA: —¡Ni pendejo que fuera! Ése se escondió. *(Se asoma por la taquilla, corre a la pared y la toca tres veces con su mano).*
—¡Un, dos, tres, fuera! ¡Te vi!

ELVIRA: *(Se vuelve a asomar con cuidado).* —¡Está tirado en el piso!
¡Verga! ¡Hay sangre!

AURA: —¡Lo matamos! ¡Dios mío, lo matamos!

CATALINA: —¿Lo matamos? ¡Lo mataste!

AURA: —¡Qué! Fuiste tú, cuando me quisiste quitar la pistola.

CATALINA: —¿Yo? ¡Tú estás loca, mujer! ¡Yo nunca he matado a nadie! Le puedes preguntar a cualquiera.

AURA: —Era sólo un niño, estaba comenzando a vivir... ¿Por qué estamos haciendo esto? Podría ser mi hijo. ¡Por favor, larguémonos de aquí! Dejemos todo así.

ELVIRA: —Aura tiene razón. *(Señalando al vigilante).* Pero ¿qué hacemos con él?

VIGILANTE: —Yo no diré nada, se los juro. Yo nunca las he visto, no diré ni una sola palabra.

CATALINA: —¿Y el dinero? ¿Y el viaje? ¿El avión?

AURA: —Catalina, no ves a ese muchacho ahí tirado.

CATALINA: —¿Y qué? ¿Va a revivir acaso? ¿Y nosotras? ¿Cómo quedamos? ¡Asesinas y pelando bolas! Además, tú puedes decir que lo mataste sin querer.

AURA: —¿Qué? ¡Yo no he matado a nadie! Sería incapaz de hacerle daño a alguien... ¡Dios mío! ¡Mi hijo! ¡Qué va a decir mi hijo! ¡Dios mío, qué voy a hacer!... Voy a llamarlo... ¡Aura! ¿A quién vas a llamar? Nunca hay nadie del otro lado de la línea, esa es la verdad. Ya hace más de unos dos años que no sé de él; solo el recuerdo. Su hermoso rostro, igual al de su padre, igual al de su padre... ¿Qué hice mal? ¿Qué hice para merecer quedarme sola? ¿O será que todos se pusieron de acuerdo para dejar sola a esta vieja fastidiosa? Esta vieja que vivía sólo para ellos; esta vieja que se desvivía por vestirlos, alimentarlos, educarlos. ¡Vieja estúpida! ¡Y ahora asesina!

Se dirige a la taquilla.

—Yo tengo que explicarle, yo no quise hacerlo, fue un accidente.

Se asoma por la taquilla.

—Hijo, yo no quise... por favor, despierta. Abran esa puerta, hay que atenderlo. ¡Abran! ¡No lo dejen ahí solo! ¡No es bueno estar solo! Yo me quedaré aquí hasta que despiertes... No te dejaré solo.

ELVIRA: —Tranquila, ya está bien. Ven con nosotras.

AURA: —Suéltame, tengo que ayudarlo.

ELVIRA: —Ya no se puede hacer nada.

AURA: —Claro que se puede. ¡Abran esa puerta! ¡Ustedes no saben lo que es estar solo! Siempre te debes a los demás, esperando todas las noches su llegada, preocupada en medio de la noche,

enmarcada en un cuadro oscuro con la mirada fija en el camino, esperando que aparezca una figura... y así pasan los años en aquella ventana siempre esperando, y de repente ya no los ves más... Se van, te dejan; ya no hay por qué estar en aquella ventana de bienvenidas y despedidas... Una siempre piensa en los otros esperando que... No, nunca esperé que se me diera algo a cambio... Pero ¿por qué?... ¡Samuel, desgraciado viejo! ¿Por qué te fuiste? Eras mi vida. ¿Por qué no me dejaste morir a mí primero?

—Y ahora mi única esperanza es ese maldito aparato que nunca suena; horas mirándolo fijamente sin que produzca el más mínimo sonido. ¡Maldita soledad! Soledad de hastío, soledad de tristeza, soledad de miedo... Terror de caminar sin alguien afable a tu lado; soledad que hieres al vagar sola por las calles lamentando mi desgracia. Silencio hueco como única compañía y, en mi mente, solamente un lamento que se repite sin que nadie lo escuche; y ahí sigo, andando por este estrecho callejón de la vida, sólo oyendo mis pasos como única compañía.

CATALINA: —Tranquila, amiga. No estás sola, estamos aquí.

AURA: —Sí, lo sé. Compartiendo este mal día, donde una parte de mi vida se detuvo, es como si comenzara el tiempo otra vez. Es otra vida. ¡Esta vida no es mía! Borrón y cuenta nueva, como si antes de esto no existiera nada. Es como si mi memoria comenzara a partir de este momento; tanto así que no recuerdo bien nada antes de esto. Es más, creo que el pasado después de este momento no existía realmente o era tan incierto. ¿Era bueno? ¿Era malo? ¿Era cierto? ¿Era real? O sólo era un sueño que poco a poco se fue convirtiendo en pesadilla... ¡No tengo ni la menor idea! Lo único que sé es que antes de esto hubo momentos mejores, pero me quedan como en un presentimiento... sin origen o lugar, sin tiempo... El día tal del año

tal... Y el recuerdo vago de ellos... Mi familia, ésa que añoro, ésa que ya no existe. Mi hijo, ése que ya no está al otro lado de la línea... Sólo su recuerdo. El lejano recuerdo de cuando era muy pequeño, pero no tanto como para no recordarlo; es el más grande de mis amores. Tenía que cuidar de él... Bueno, eso creo. Ahora que lo pienso mejor, creo que alguien debió estar cuidando de todos, pero también presiento que no era necesario; todo era tan tranquilo y pacífico. Este día es como si el tiempo se hubiera detenido en espera de algo... Aunque no recuerdo si los otros días también... Siempre he estado a la espera de algo... Pero este día es extrañamente especial: los sonidos son sordos, el aire espeso, la luz tenue pero siempre presente. Sólo un pensamiento atraviesa mi mente. Una vida termina frente a esta ventana y aquí estoy yo, como siempre parada junto a ella, como a la espera de algo. ¡Despierta, hijo! ¡Vuelve a mi vida! Hazme terminar esta espera, esta espera inexistente, esta espera que siempre está presente... (*Se oyen sirenas*). —¿Qué es eso? ¡Creo que se está quejando!...

Se oyen sirenas en la parte de afuera del banco. Se ven luces de patrullas de policía.

SEXTA ESCENA

«O CORRES O TE ENCARAMAS»

CATALINA: —¡Quejándose no! ¡Mierda! ¡La policía! ¡Nos agarraron! ¡Por culpa de esta pajúa! (*Señalando a Aura*). —Esta mujer da pava, ésa es la cotorra que tenía. ¡Nos empavó! ¡Ahora sí: vieja, presa y acompañada de una pavosa! ¡Esto es el colmo de la mala suerte!... Eso sí, ¡ese muerto no me lo echan a mí! Yo te lo dije, Elvira: «No traigas esa loca». Además, te imaginas allá en Listitin saboteándonos los levantes... Ahora, ¿qué vamos a hacer? ¡O corremos o nos encaramamos!

ELVIRA: —¡Cállate, Catalina! No me dejas pensar...

AURA: —Vamos a entregarnos.

CATALINA: ¡Qué entregarnos un coño! De aquí yo no salgo sin esos reales, como que me llamo Catalina, tanta vaina para nada. Tú sabes todo lo que yo he dejado de hacer hoy por venir aquí.

ELVIRA: —Te dije que te callaras.

CATALINA: —¡Tú crees que yo no tengo obligaciones, chica, para estar aquí perdiendo el tiempo! Tú sabes muy bien que ésta es la oportunidad que tenemos para vivir como queremos. ¡Coño! ¡La última oportunidad! ¡Y nadie me la va a quitar!

VIGILANTE: —Señoras, ya no tienen más oportunidad.

CATALINA: —¡Cállate, maricón! ¡No tienes oportunidad tú! Por feo y bembón. Y si vuelves a hablar, te reviento de un solo coñazo. ¡Pendejo!

AURA: —No le hables así, que puede ser hasta tu hijo.

CATALINA: —Mira, vieja. Tú eres gafa o loca. ¿Es que acaso todo carajito que ves es hijo tuyo? Si es así, lo que eres es loca, porque pendeja no. Pa'tené tantos muchachos regaos por todos lados.

AURA: —¡Por favor!

ELVIRA: —Está bien ya. Tenemos que hacer algo para salir de este embrollo dignamente.

CATALINA: —¿Qué embrollo, chica? ¡Esto lo que es un tremendo peo!

ELVIRA: (*Dirigiéndose al vigilante*). —¿Ésa es la única puerta para salir?

VIGILANTE: —Y para entrar.

CATALINA: (*Dándole al vigilante un manotón por la nuca*). —¡Yo te lo dije, carajito! ¡Te lo dije! ¡Que te iba a dar tu coñazo! ¡Y la próxima, te doy con mano cerrá!

VIGILANTE: —Me están preguntando y yo estoy respondiendo.

CATALINA: —Tú quieres ver cómo te doy otra vez...

ELVIRA: —Ya está. (*Dirigiéndose al vigilante*). —¿Qué hay hacia allá? (*Señalando la puerta*).

VIGILANTE: —La caja y la oficina.

AURA: —¿Dónde está el baño?

VIGILANTE: —En la oficina.

ELVIRA: —¿Y cómo se entra a esa oficina?

VIGILANTE: —Por la puerta.

CATALINA: —¿Y cómo coño se abre la puerta?

VIGILANTE: —Con la llave.

CATALINA: —¿Y dónde está la llave?

VIGILANTE: —Aquí. (*Señala su bolsillo*).

CATALINA: (*Le da un manotazo*). —¡Hijo de tu madre! Tú tenías la llave. ¡Es que yo te mato! (*Se abalanza contra el vigilante, Aura y Elvira la detienen*).

VIGILANTE: —A mí nadie me la pidió.

CATALINA: —¡Amárrenme que lo mato! ¡Lo mato!

ELVIRA: (*Dirigiéndose al vigilante*). —Dame la llave.

AURA: —¿Puedo ir al baño?

VIGILANTE: (*Extendiendo la mano con la llave en ella*). —Aquí está.

AURA: ¿Puedo ir al baño?

CATALINA: —¿Y tú no decías que no te movías hasta que el muertito reviviera?

AURA: —Pero primero voy al baño. Es que no aguanto, manita.

ELVIRA: (*Abriendo la puerta*). —Anda al baño, y tú revisa al cajero a ver si está vivo aún, que lo dudo. Después ves qué hay allá adentro, a ver si encuentras una salida.

CATALINA: —¡Coño! Todo yo... (*Entra por la puerta con desespero empujando a Aura*).

AURA: —La que quiere ir al baño soy yo. (*Entra apurada*).

VIGILANTE: —Usted parece ser la más cuerda.

ELVIRA: —¿Qué quieres decir? ¿Qué mis amigas están locas?

VIGILANTE: —¡No! De verdad, no quiero ofenderla; pero ellas están un poco alteradas.

ELVIRA: —Y cómo quieres que estén. ¡Están robando un banco!

VIGILANTE: —A eso me refiero, yo creo que usted les podrá hacer entrar en cordura...

ELVIRA: —O sea que tú sí estás diciendo que mis amigas están locas. Siempre es la misma vaina: la viejita está loca. ¡No puede estar arrecha! ¡No puede haberse cansado de tanta omisión! ¡No puede haberse cansado de siempre ser invisible para todos! ¡No! ¡La vieja está loca!

VIGILANTE: —Yo no quise decir eso.

ELVIRA: —¿Ah, no? ¿Entonces, qué querías decir? ¡Ah, ya sé! Tú pensaste: «Esta vieja es la más pendeja y a lo mejor la convezzo».

CATALINA: (*Gritando desde la oficina*). —¡Esto está lleno de plata!

ELVIRA: —¿Y el cajero?

CATALINA: —¿Qué cajero?

ELVIRA: —¡El muchacho! ¡Anda a ver!

CATALINA: —¡Aura, anda a ver cómo está el muchacho!

AURA: —¡Ya va! ¡Ya salgo!

Suena el teléfono, Elvira se acerca al aparato. Sale Catalina con un montón de dinero abrazado, se detiene junto al teléfono. Las dos lo miran perplejas. El teléfono suena varias veces. Se detiene el sonido. Pausa larga. Comienza a sonar de nuevo.

CATALINA: —¿Qué hacemos?

ELVIRA: —No sé.

VIGILANTE: —Tienen que atender.

CATALINA: —¿Quién te mando a ti a hablar? ¿Por qué no lo atiendes tú?

ELVIRA: —Deja la pelea Catalina, ya es suficiente con todo lo que está pasando. Vamos, atiende el teléfono. Sólo diga lo que yo le diga.

El vigilante atiende el teléfono y se queda escuchando sin hacer más nada.

CATALINA: —Habla, pues.

VIGILANTE: —¿Qué digo?

ELVIRA: —¿Quién es?

VIGILANTE: —¿Quién es? La policía.

ELVIRA: —Tranca.

Los tres se quedan mirando el teléfono, que vuelve a sonar. Elvira corre a su cartera, la voltea y recoge del piso un lapicero. Comienza a buscar por todos lados, toma un papel, escribe nerviosamente y se lo entrega al vigilante.

ELVIRA: —Levanta el teléfono y di exactamente lo que está escrito.

El vigilante levanta el teléfono.

VIGILANTE: —¡No se acerquen! Tenemos rehenes; si hacen lo contrario, pagarán todos.

AURA: (*Entrando histérica*). —¡El muchacho está muerto! ¡Está muerto!

CATALINA: (*Tapándole la boca*). —¡Cállate!

VIGILANTE: (*Contestando a una pregunta del interlocutor del teléfono*). —Sí.

ELVIRA: (*Quitándole el teléfono, tapa la bocina*). —¿Quién te dijo que hablaras?

VIGILANTE: —Me preguntó si alguien estaba herido o muerto y le dije que sí.

CATALINA: (*Dándole un golpe con la mano abierta por la nuca*). —¿Quién te dijo que dijeras que sí? ¿Ah?

ELVIRA: —Ya lo saben todo, seguro que van a entrar. ¿Qué hacemos?

CATALINA: —Vamos a abrir un hueco en el piso. (*Apunta el arma hacia el piso dispuesta a disparar*).

AURA: —¡Dios! El único hueco que nos espera es el de la tumba.

CATALINA: —¡Cállate, pavosa!

VIGILANTE: —¿Por qué no se entregan? ¡Ya basta de tanta payasada!

CATALINA: —¿Qué dijiste? ¡Ya vas a ver la payasada! *(Se abalanza sobre el vigilante, éste se mueve y le quita el arma).*

SÉPTIMA ESCENA
«SE VOLTIO LA TORTILLA»

VIGILANTE: —¡Quietas! ¡Quietas todas! ¡Lancen las armas aquí!
(Todas lanzan las armas a los pies del vigilante).

AURA: —Tranquilo, hijo. Debes tranquilizarte, hijo mío.

VIGILANTE: —¡Yo no soy hijo de usted!

CATALINA: —Te lo dije.

VIGILANTE: —¡Cállese!

ELVIRA: —Tranquilo.

VIGILANTE: —¿Tranquilizarme? ¿Es que acaso les parece un juego todo esto? Tres viejas locas robando un banco y quejándose de lo mierda que es la vida. ¿Es que creen que ustedes son las únicas que sufren en el mundo? ¡Coño! ¡Pobrecitas! ¡No! ¡La vida no es así, viejas del coño! ¿Alguna vez han visto alrededor? Se han detenido a mirar a la gente que camina a su lado, los que van detrás, lo que están al frente. ¡Seguramente no! La carrera es sólo de ustedes, y quieren ir de primeras. Pero todos los que corren en esta carrera tienen sus problemas y no se les ocurre matar gente ni robar bancos.

AURA: —Fueron ellas.

VIGILANTE: —¿Creen que ustedes son las únicas olvidadas en esta mierda de mundo? ¡Trío de pendejas! ¡Vamos! ¡Muévanse al rincón!

AURA: —¿Qué vas a hacer, hijo?

CATALINA: —¡Si, maricón! ¿Qué vas a hacer? ¡Llamen a la policía!
¡Policía! ¡Policía!

ELVIRA: —Ya está, Catalina, quédate tranquila.

VIGILANTE: —¿Se fijan? La vida es extraña. Hace poco estaba frente a la pesadilla de cualquier cuidador: ¡Un asalto! Pero yo he sido tan olvidado por esta vida que sólo a mí me pasa algo como esto. ¡Tres viejas locas con un ataque de existencialismo! ¿Qué vamos a hacer? ¿Aprovechar que por fin esta vida me miró a la cara? Estoy a punto de convertirme en un héroe. El héroe que captura a tres ancianitas, cada una más loca que la otra. Un héroe condenado a la risa y al olvido. ¿Lo ven? El olvido siempre está presente, mirándonos friamente a todos, con una mirada dura y seca, indolente ante cualquier vestigio de sentimiento. Vean a este vigilante de guardia en un banco. ¡Un actor vigilante! ¡Sí! ¡Yo! ¡Tanto esfuerzo para terminar de vigilante! ¿A quién le importa un actor? ¿De qué sirve un actor? Ustedes dicen que están viejas y que ya nadie les presta atención; pues a mí me dicen que estoy muy joven, que me falta experiencia... «Nosotros le llamaremos». ¿Y cómo voy a tener experiencia si no me dan una maldita oportunidad?... De mí sí se olvidaron, señoras. Ustedes ya vivieron su vida y ya a nadie le importa lo que pase con ustedes. Son el pasado. Pero de algo hay que vivir; a mí me tocó de vigilante... Y a ustedes de asaltantes. *(Toma dinero del suelo y se lo mete al bolsillo).*

—Que, repentinamente... *(Toma una de las armas de las ancianas).*

—Disparan... *(Dispara el arma, toma más dinero del piso y comienza a llenarse toda la ropa).*

—Ahora la vida mira a otro lado, de mi lado al fin. Ustedes me hicieron pensar en el futuro; no quiero llegar a viejo como ustedes:

miserable, confundido y olvidado, pensando todos los días que me restan qué va a pasar conmigo cuando tenga su edad. ¡No!

—(*Apuntando con el arma a las ancianas*). Ustedes dispararon y yo tuve que disparar. Lo siento.

CATALINA: —¡No, nos hagas nada! ¡No nos mates! Yo sé que lo que hicimos no está bien, pero tampoco está bien lo que estás haciendo, muchacho. Todavía nos queda mucho por vivir, piénsalo bien. Podemos quedar bien todos; sólo conseguimos una salida y desaparecemos todos. Usted también puede venir a Listitin con nosotras ¡Deje de apuntarnos con esa arma!

VIGILANTE: —¡Cállese, vieja!

CATALINA: —¡No me callo! ¡No me callo! ¡Y no me callo! Cómo me puedo quedar tranquila viendo que la última oportunidad de mi vida desaparece frente a mí. Nadie me la va a quitar. Yo soy una mujer que ha luchado toda mi vida, con esfuerzo, desesperada, avanzando, golpeándome una y otra vez contra un muro que siempre está allí. ¡Siempre! ¡Coño! ¡No más! ¡No me vas a quitar mi sueño de las manos! Ahora tengo algo verdadero... Tú no has vivido la verdad de este mundo. ¡Ni la conoces! ¡No sabes cómo es de verdad! ¡Éste, mi mundo, es real! No sabes lo que es ser pobre de verdad, añorar algo y no llegar jamás a tenerlo, vivir deseando lo que los demás tienen... Si nos dejas llevar todo este dinero, seremos dueños del mundo... Recupero mi vida... Ya no sería más una vida pegada a una apuesta, ya no quedaría al azar, sería una realidad. ¡Es una realidad y está frente a mí! ¿Sabes lo que es esperar toda una vida un momento de fortuna? ¿Esperar que la suerte te toque a ti una vez nada más? ¡Sabes cuánto tiempo he estado rezando, orando a santos, dioses, hombres, ánimas, sólo para que llegue ese momento! El momento de poder cumplir mi sueño, tener un poco de lo que tienen los demás, ser feliz como ellos, tener lo que ellos tienen y que yo

nunca he podido en todos estos años de mi vida. ¡Ya no tengo que apostar! ¡Lo tengo! ¡Lo tenemos ahora! ¡Lo tenemos fácil! ¡Lo tenemos frente a nosotros! ¡Demos gracias por eso! ¡Ven! ¡Reza conmigo!

ELVIRA: —Ven, Catalina.

AURA: —¡No nos mates, hijo!

CATALINA: —¡Déjenme! Vamos, reza conmigo. ¡Oh, Dios! ¡Denme sus manos, muchachas! ¡Oh, Dios! ¡Oye la plegaría de estas mujeres... ¡y de él! ¡Oh, Dios! Concédenos la dicha, el poder y la fuerza para cargar todo este dinero y salir de aquí con bien. ¡Oh, Dios! ¡Ayúdanos a salir de este trance! ¡Dios, tú que me escuchas, tú que sabes que ese dinero es mío y será mío por siempre, por los siglos de los siglos! Haz que este piadoso muchacho nos enseñe la salida y podamos llegar a Listitín y que allí nos estén esperando con los brazos abiertos. ¡Desaparece todos los tropiezos! ¡Qué se aparten de mi camino! Tú, Dios, que oyes a los pobres y miserables. ¿Qué tan miserable debe ser alguien para que se le conceda un deseo? ¿Cuánto debe sufrir un ser humano para ser escuchado? ¡Yo lo único que quiero es vivir bien! ¿Qué tan miserable debo ser para ser escuchada? ¡¿Qué más debo sufrir?! ¿Qué tan miserable? ¡Ya no tengo nada! Ya mi familia no me pertenece. Se fueron, me dejaron, ahora sólo soy un accesorio guardado en un depósito. Mis carnes ya son flácidas, mi sonrisa ya es una mueca. ¿Qué hacer cuando ya no hay brillo en la mirada? ¡Cuando desaparece la luz de tu cara, tus ojos y tu cabello! ¡Cuando no hay luz en tu vida! Cuando tus órganos marchitos ya no son más fuente de vida. ¿Qué más miserable puedo ser para que me escuches? ¡Coño! ¡Ya esto no es una súplica! ¡No es oración o rezo! ¡Es una deuda! ¡Me lo debes! ¡Dame mi vaina, Dios! ¡Dame mi vaina, coño! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

Las tres mujeres se toman fuertemente de las manos y rezan en silencio.

VIGILANTE: —Lo siento. Creo que el único que puede escucharle soy yo, señora. Y estoy seguro de que la solución para sus vidas la tengo en mis manos, adiós... *(Las apunta con el arma).*

Las luces se apagan de golpe. Se oyen varios disparos, confusión, voces, sirenas de policía. El sonido va disminuyendo hasta desaparecer.

OCTAVA ESCENA «UN SECRETO A VOCES»

Escena en la habitación donde comenzó todo. Las tres mujeres están sentadas en el catre con una taza de café cada una en la mano; parecen tres estatuas mirando al frente, como queriendo ver más allá.

ELVIRA: —Y aquí seguimos, viendo pasar los días uno tras otro, en este pequeño purgatorio privado con aroma a café, con la única compañía de estos tres cuerpos que ya no dan calor, en esta fría cárcel sin barrotes ni vigilancia. Y me preguntan: ¿Qué sucede después de que mueres?

AURA: —La respuesta a eso sólo la podrá dar ese pobre muchacho que dio la vida por nosotras sin ninguna mezquindad.

CATALINA: —¿Qué mezquindad puede haber en quererse quedar con todo? ¡Claro! ¡Pero antes hay que matar a las viejas! ¡Coño 'e su madre!

ELVIRA: —Ya todo eso pasó; lo peor viene ahora. Es la realidad con la que nos debemos quedar por siempre: esta muerte en vida. ¿Saben qué es lo más infame de ser vieja? ¡Ser vieja! ¡Más nada! ¡Nos desechan! ¿No se dan cuenta de que existimos? Nos creyeron incapaces de realizar un robo a un banco. «¿Cómo

pueden ustedes haber robado este banco?», me preguntaba el despiadado detective, restregándose mi incapacidad heredada por los años en la cara. «Las señoras de su edad no roban bancos... ¡Han sufrido un gran trauma!».

CATALINA: —¡Trauma el coño de su madre! Es que yo quería matar a esos policías. ¿Es que nosotras no podemos ser las culpables? ¡Un atraco! ¡Gran vaina! ¿Y el cajero? Sólo se había desmayado y ahora no recuerda nada. ¡El coño 'e su madre amnésica!

AURA: —Las cosas no cambian, Catalina... Nada es suficiente para demostrar que vivimos. No es cuestión de actitud. ¡Somos unas viejas! Y eso para los demás es menos que nada, inservibles para ellos. ¡No nos creyeron! Es imposible que nosotras hubiéramos controlado a un vigilante joven y fuerte. ¡Imposible! ¿Entonces? ¿Quién robo el banco? El pobre muchacho, el vigilante: él sí, él es fuerte y joven... ¡El joven actor temeroso de envejecer hizo su última actuación! Mientras, nosotras seguimos actuando a que existimos.

CATALINA: —Al pendejo lo agarraron con la pistola en la mano, disparando y con los bolsillos llenos de dinero. Nuestra nueva vida se la llevó con su torpeza.

ELVIRA: —No se llevó nada, nada que nos perteneciera. ¡No teníamos nada que se pudiese llevar! No puedes quitar nada a quien nada tiene.

AURA: —Lo que una vez tuvimos y que realmente valía, se disipó en el tiempo, desapareció. Jamás nos dimos cuenta, pero así fue. ¡Ése fue nuestro gran error! ¡Un error imperdonable! Vivimos nuestras vidas sin pensar en después. ¿Para qué?

CATALINA: —Cuando éramos jóvenes... Se nos enseña que cuando se es joven no se piensa en nada; el presente es lo único que importa. Se vive sin pensar en lo que te rodea; lo único

importante eres tú, lleno de belleza, fuerza y energía derrochante y pura. Se es mezquino y divinamente inconsciente...

ELVIRA: —Luego, cuando eres adulto, debes ser responsable. El tiempo se acaba; tienes los minutos contados para ser alguien y en eso se te va todo. No tienes tiempo para nada y para nadie... ¿Para qué pensar en algo que no me importa? Algo que no aporte para la dura meta de ser alguien, esa meta de dejar tu huella en este mundo.

AURA: —Y así vivimos nuestras vidas. ¡A ninguna de nosotras nos importó jamás un viejo de mierda! Ahora estamos pidiendo por nosotras y nadie nos oye. ¡Ni siquiera pudieron imaginar que nosotras pudiéramos robar un banco! ¡Nadie nos escuchó! ¡Nadie nos creyó! Y no es porque no quieran, es porque somos nadie.

CATALINA: —Nosotras, en nuestro momento, también fuimos ellos. Nosotras también nunca estuvimos. ¿Para qué? Jamás nos importaron esos seres desgastados que nunca se callan, con las mismas palabras que se repiten; esos que nunca dejan de hablar, diciendo siempre lo mismo, una y otra vez...

AURA: —Sin darnos cuenta, llegó nuestra fecha de vencimiento. Es un secreto a voces; debimos haberlo sabido. Cuando todos se alejaron, cuando comenzamos a quedarnos solas.

CATALINA: —Era evidente: ya habíamos muerto. Y lo peor de esta muerte es el olvido; un olvido sordo, silente y ciego, sin palabras para seguir existiendo, sin presencia para seguir andando.

ELVIRA: —¡Silencio, coño! ¡No digan nada! ¡No hagan nada! ¡Los muertos no hablan! Que el silencio se haga dueño absoluto de todo.

FIN

Un día de julio... o «Quién fuera Verne»

*Soy un hombre de las letras y un artista viviendo
en la búsqueda de un ideal, corriendo descabelladamente con una idea
y brillando de entusiasmo por mi trabajo.
Todo lo que una persona puede imaginar,
otros pueden hacerlo realidad.*

Julio Verne

UN DÍA DE JULIO... O «QUIÉN FUERA VERNE»

PERSONAJES:

JULIO

REBECA

NORBERTO

EJECUTANTES DE EFECTOS Y OBJETOS (LECTORES)

Una habitación que representa la sala de una biblioteca pública repleta de libros. Todo está oscuro. Se oye repentinamente el sonido de llaves; es el director de la biblioteca, Julio Viernes, con una linterna en su mano. Abre la puerta y entra a la oficina. Va en dirección a un libro que está sobre el escritorio; lo abre. De pronto, todas las luces comienzan a relampaguear. Gritos y música; efectos de tormenta. El director corre sobresaltado por toda la habitación. Los objetos se caen y él los atrapa haciendo malabares con ellos. Pierde el equilibrio y sale disparado fuera de la habitación. Continúan los gritos a la lejanía; se oye la voz de Julio dando órdenes.

JULIO: —¡Bajen las velas! ¡Todos a sotavento! (*Aparece en la oficina, con gorra de capitán y un loro plástico en el hombro, aumenta el volumen de la tormenta y gritos como también la voz de Julio*).

—¡Deprisa o nos iremos al fondo! (*Tan veloz como entró sale de la oficina y vuelve a entrar*). —¡Carguen las velas! (*Choca contra todo, rueda por el piso, se levanta y sale*). —¡Carguen las velas! ¡Proa al viento! ¡Vamos deprisa, marineros! ¡Deprisa!

Julio se acerca al libro con dificultad, lo cierra y sale disparado de la oficina gritando. El escenario queda vacío. El ruido de la tormenta comienza a bajar al igual que los gritos; queda al fondo el ruido de mar sereno y el crujir de la madera del barco. Aparece Julio, exhausto, entrando a la oficina lentamente. Avanza hacia el escritorio con mucho cuidado y sin dejar de observar el libro con cierto temor. Se acerca, lo toca y retrocede; lo toca por segunda vez: no pasa nada. Lo abre y lo cierra. No pasa nada. Ahora, confiado, lo abre y da la espalda; no pasan tres segundos cuando regresa la tormenta. Julio corre asustado en varias direcciones, se tropieza y cae detrás del escritorio. Se asoma con los ojos al nivel de la mesa del escritorio. El sonido cesa; Julio comienza a reír. La sala queda en completo desorden. Se oye ruido fuera de la oficina; Julio se esconde. Entra una mujer con aspecto severo.

REBECA: —¡Oh, Dios mío! ¿Qué sucedió aquí? ¡Ladrones! ¡Eso es! ¡Fueron ladrones! ¡Aaaaaaaah! ¿Ahora qué haré? Aquí estoy... sola... en peligro... Pero no puedes perder la calma, Rebe... Tranquila, Rebeca; tú puedes: alerta, valiente y avispada. (*Comienza a hacer una variación de movimientos intimidatorios*). —Revisemos por aquí... nada.

Mira hacia el lugar donde está escondido Julio.

—¿Quién está ahí? ¡Salga! ¡Salga! O tendré que sacarlo yo... y no le gustará.

Mirando al público.

—¡Qué terrible! Yo, una mujer indefensa, enfrentándome a un terrible y peligroso ladrón... Pero no hay más remedio: tendré que hacerlo. (*Se lanza de cabeza detrás del escritorio*). —¡Rebeca al ataque!

Se oye golpiza detrás del escritorio. Julio pide auxilio.

JULIO: —¡Auxilio! ¡Quítenmela de encima! ¡Me va a matar! ¡Auxilio!

REBECA: —¡Ladrón! ¡Villano maligno! ¡No te escaparás! (*Lo sienta en una silla*). —¡Contesta! ¿Dónde está? ¡Vamos, dime! ¿Dónde está?

JULIO: —¡No sé! ¿De qué me está hablando?

REBECA: —Sabes muy bien a qué me refiero. ¡Dime! ¿Dónde está? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde naciste? ¿Número de pasaporte? ¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas? ¡Vamos, contesta!

JULIO: —Bueno, yo...

REBECA: —¡Ah! ¡Te niegas a hablar! Tendré que tomar medidas más drásticas. (*Le hace una llave*).

JULIO: —¡No! ¡Auxilio! ¡Está bien! Hablaré. ¿Qué quiere que le diga?

REBECA: —¿Dónde está?

JULIO: —¿Dónde está? ¿Quién?

REBECA: —¿Quieres burlarte de mí?

JULIO: —No, señora, nunca haría eso.

REBECA: —Entonces, dime: ¿Dónde está el doctor Julio Viernes?

JULIO: —Yo...

REBECA: —¡Cállate! ¡Contesta! ¿Qué haces aquí?

JULIO: —Yo iba...

REBECA: —Ibas. ¡Lo sabía! Ibas a secuestrar al doctor Viernes. ¡Ya lo secuestraste! ¿Verdad? ¡Habla, villano! Contesta. ¿Dónde naciste?

JULIO: —En...

REBECA: —Lo sabía. ¿Dónde más puedes haber nacido? ¡En un nido de roedores! ¡Vengaré al doctor Viernes! ¡Pagarás cada uno de los sufrimientos que le hayas hecho pasar!

JULIO: —Pero, señora, yo...

REBECA: —¡Cállate! ¡Número de pasaporte!

JULIO: —Cinco...

REBECA: —¡Es falso! ¡Seguro es falso!

JULIO: —Ya me cansé.

REBECA: —¿Estás cansado? ¿Quieres escapar? (*Le hace otra llave*).

JULIO: —¡Ay! Suéltame, por favor.

REBECA: —¡Contesta! ¿Dónde está? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde naciste? ¿Número de pasaporte? ¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas!

JULIO: —¡Julio!

REBECA: —Julio. ¡Nombre completo! ¡Habla!

JULIO: —¡Julio Viernes!

Entra Picaporte.

PICAPORTE: —Doctor Julio Viernes.

JULIO: —Doctor Julio Viernes.

REBECA: —¿Quién eres tú?

PICAPORTE: —¿Yo? Yo soy Picaporte, secretario personal del doctor Viernes. Pero... ¿quién es usted? ¿Por qué trata así al doctor Viernes?

REBECA: —¿Doctor Viernes?

JULIO: —Sí... Yo...

REBECA: —Cállate, villano. (*Se monta sobre el doctor*). —¿Qué quieres decir con «doctor Viernes»? ¿Dónde está? Yo no lo veo.

PICAPORTE: —Cómo va a verlo, está montado sobre él.

REBECA: —¿Quieres decir qué?... ¡No puede ser!

PICAPORTE: —Sí, así es.

REBECA: —Mentira.

PICAPORTE: —Verdad.

REBECA: —Verdad.

JULIO: —Sí, yo...

REBECA: —¡Cállese!... ¡Oh, no! ... ¡Oh, no! ¡No puede ser!... (*Habla al doctor sin levantarse*). —Disculpe, doctor... Yo no sé cómo

puede haber sucedido esto... Si existiera alguna forma para disculparme.

JULIO: —¡Levantarse!

REBECA: —Sí, lo prometo. Me levantaré todos los días temprano...

JULIO: —No...

REBECA: —Ah, no, está bien. Me levantaré lo más tarde que pueda...

JULIO: —No...

REBECA: —Me pone todo muy difícil. ¿Qué podría hacer para que me perdonara?

JULIO: —¡Auxilio!

REBECA: —¿Entiendes lo que dice?

PICAPORTE: —Creo que está pidiendo auxilio.

REBECA: —Pobre, debe haber quedado muy impresionado. Pero ya pasó todo, doctor. Puede estar tranquilo.

PICAPORTE: —Me parece que no puede respirar.

REBECA: —¡Pronto! ¡Busca un doctor!

PICAPORTE: —Creo que sería suficiente con que se levantara y permitiera al doctor respirar.

REBECA: —¡Oh! Doctor, no me había percatado de la situación. (*Se levanta*). —¡Ya sé! Necesita respiración artificial...

JULIO: —¡No! Por favor... Ya estoy bien.

REBECA: —Le he salvado la vida.

PICAPORTE: —Ya veo.

JULIO: —Gracias.

REBECA: —Ya he cumplido con mi buena acción del día. Ahora al trabajo...

JULIO: —¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

REBECA: —¡Oh sí! Permítame presentarme, me llamo Rebeca La Terca, inspectora de bibliotecas.

JULIO y PICAPORTE: —¿Inspectora de bibliotecas?

REBECA: —Sí. Y si usted es el doctor Julio Viernes le tengo unas cuantas preguntas... (*Mirando a Picaporte*). —¡Joven! Abotónese bien la chaqueta... Enderécese, vista al frente...

JULIO: —Un momento, señora...

REBECA: —La Terca, Rebeca La Terca ¡La Terca! ¡Escuchó!

JULIO: —Sí, señora, tranquila; no se ofusque, tranquila. Estamos a sus órdenes.

PICARPORTE: —Sí, señora, así es.

REBECA: —Órdenes... órdenes, querrán decir. ¡Desórdenes! Miren cómo está todo esto. Usted, tome aquello y levántelo; ponga esto en su lugar y levante eso.

JULIO: —¡Un momento! ¡Detente, Picaporte!... Yo soy el director de esta biblioteca y por lo tanto el único que da órdenes en esta oficina.

Suena el teléfono, nadie se mueve.

REBECA: —Nadie va a contestar.

PICARPORTE: —Sí, señora, yo contesto.

JULIO: —¡Picaporte! (*Se detiene*).

PICARPORTE: —Sí, señor.

JULIO: —No des ni un paso más.

PICAPORTE: —Sí, señor.

REBECA: —Ah, ya veo. El único que da órdenes en esta biblioteca es usted.

JULIO: —Tiene razón. (*El teléfono sigue repicando*).

REBECA: —Podría ser una llamada importante. Mejor atiende, muchacho.

JULIO: —No te muevas.

REBECA: —Podría ser tu madre, hijo mío... Tal vez una emergencia.

PICAPORTE: —Señor...

JULIO: —Tranquilo, Picaporte, sólo trata de preocuparte.

REBECA: —Eso cree; entonces contestaré yo. (*Atiende el teléfono*).
—Aló, sí, diga... Sí, la biblioteca... ¿Club de lectura? ¿Incentivar qué? ¡La imaginación! ¿De qué está hablando? ¡Ésta es una institución seria!

JULIO: —Permítame. (*Le quita el teléfono*). —Buenos días. Sí, amigo, es aquí... Sí, nosotros le llamaremos.

REBECA: —En eso es que se pierde el tiempo en esta institución.

PICAPORTE: —No es perder el tiempo, señora. Los jóvenes aprenden mucho en esos encuentros.

REBECA: —Cállese, joven, y salga de aquí. El profesor y yo debemos conversar algunas cosas.

JULIO: —Está bien, joven Picaporte.

REBECA: —¿Picaporte?

PICAPORTE: —Sí, así se llama el asistente del doctor Phileas Fogg.

REBECA: —¿Phileas Fogg? ¿Qué tontería es esa?

PICAPORTE: —¿No ha leído *La vuelta al mundo en ochenta días*?

REBECA: —¡Qué tontería! ¡Fuera! (*Sale Picaporte*). —Desde ahora están prohibidos los clubes y no hay tiempo para tonterías. Además, debemos hacer ahorro en el presupuesto: prohibido imaginar, prohibido reírse, prohibido jugar, prohibidas todas esas tonterías.

JULIO: —¿Tonterías? No ha leído a Julio Verne...

REBECA: —Sí.

JULIO: —¿Y no ha disfrutado imaginando sus extraordinarias aventuras?

REBECA: —No pierdo el tiempo.

JULIO: —Disfrutar de la imaginación y la fantasía no es perder el tiempo.

REBECA: —Claro que lo es... Fíjese, usted parece no estar pisando tierra.

JULIO: —Sé muy bien lo que hago.

REBECA: —Sí, mucha fantasía e imaginación, ¿verdad?

JULIO: —Sí.

REBECA: —Ja, ja, ja.

Canción entre el doctor Julio y Rebeca.

Canción:

REBECA:

Hola, fantasía, siempre soñadora.

Yo sé que soñando,

se le escapan las horas.

JULIO:

Sueño de noche,
sueño de día;
mientras usted, fastidiada,
exacta en su medida.

REBECA:

Sólo sé que usted no sabe
si es de noche
o es de día,
porque el viento sopla suave
y la noche se enfría;
porque baja la marea
y más tarde está arriba;
porque es fría la montaña
cuando el viento sopla arriba.

JULIO:

Sí lo sé,
sí lo sé,
sí lo sé...
Lo sé,
lo sé

lo sé.

Cuando el sol se adormece
y se acuesta en su cuna,
una banda de vampiros
le arropa y lo acurruca
con cobijas de estrellas
y tersas campanillas.

Grillos, ranas y buhitos
cantan canciones de cuna,
mientras su hermana, la luna,
se baña de leche tibia,
empapando las montañas
y cantando con la brisa.

Churu, chu, churu, churu, chu, chu.

Julio y Rebeca comienzan a bailar. Rebeca, al darse cuenta, se detiene horrorizada.

REBECA: —¡Basta! ¿Qué me está haciendo hacer?

JULIO: —Nada, sólo estaba dándole rienda suelta a su imaginación. Vamos, anímese. ¡Sí, anímese! ¿Se imagina? Darle al mundo otros colores... *(Comienza a dar vueltas al globo terráqueo y del mismo comienzan a salir cintas coloridas con llaves que van enredándose alrededor de Rebeca, haciendo contornos que pueden insinuar montañas, terrenos planos, valles, etcétera).*

—Múltiples colores, colores vivaces, matices inesperados, tornasolados, policromáticos... Eso es: con tonos cambiantes, tonos juguetones y, al mismo tiempo, colores intrigantes, de suspenso; maravillosos colores que acompañen a la imaginación a grandes aventuras; aventuras tan maravillosas que retarán al futuro, fusionándolo con la realidad. Un sueño de niño aventurero... Sí, un sueño de niño, porque son los únicos capaces de unir la fantasía con la realidad y hacerlas hermanas.

REBECA: —¿Qué está haciendo? ¡Usted es un loco!

PICAPORTE: (*Entrando*). —¿Qué sucede, doctor?

REBECA: —¡Auxilio! ¡Se ha vuelto loco! ¡Auxilio!

JULIO: —¡Hola, amigo Picaporte! Prepárese, doctora Rebeca. ¡Listo, Picaporte! Haremos un viaje sin parada a la fantasía... ¡Todos tomen sus pasajes al mundo de la imaginación!

PICAPORTE: —¡A la orden, doctor! (*Comienza a vestir a Rebeca con diferentes prendas*).

REBECA: —¡Suéltense! ¡Auxilio!

JULIO: —¡Prepara el transporte para el viaje, Picaporte!

PICAPORTE: ¡Sí, señor! (*Hace una especie de carro o nave utilizando las sillas, mesas y todo lo que consigue. Sienta a Rebeca y luego se sienta*). —¡Listo!

JULIO: —Ah...Vamos a ver... (*Mirando el reloj*). —Diez y treinta de la mañana... ¡A coordinar tiempo! (*Comienza a buscar relojes por toda la oficina. Los monta en la nave y los coordina con los demás*). —Ya falta poco, muy poco, a ver... Un millón doscientos noventa y seis segundos... Tomemos el compás y el cartabón. (*Hace medidas y líneas sobre un mapa que despliega sobre el escritorio*).

PICAPORTE: —Sí, sí; veintiún mil seiscientos minutos. Falta poco, muy poco. (*Lanza de nuevo trazos y medidas*).

JULIO: —Trescientas sesenta horas... (*Toma un globo terráqueo, lo mira por todos los ángulos murmurando y haciendo gestos ordenados, pero cada vez más rápidos; lo golpea y lo deja girando*). —¡Eureka! ¡Magnífico! ¡Excelente!... Cinco, cuatro, tres, dos, uno... (*Toma un libro y lo coloca al frente de la extraña máquina*). —Muy bien, muy... Página ciento cuarenta y tres... (*Lee*). —Sólo faltaban quince días para arribar al primer puerto... Iba con buen tiempo... El camino era difícil, pero lo lograría...

PICAPORTE: —¡Ah! ¡Qué maravilla! Navegar a través de las hojas de los libros. Los pensamientos se convierten en una alfombra mágica que vuela haciendo zigzag, saltando de letra en letra, de frase en frase. ¡Viajando a todas partes!...

JULIO: —Haremos una travesía a través de la imaginación... Eso es, un viaje... Un viaje, pero no cualquier viaje... ¡Un viaje al centro de la imaginación! ¡Allá vamos, Verne! ¡Justo al centro de la Tierra! (*Se sienta en la nave, toma el libro y comienza a hablar en voz alta. Poco a poco se va haciendo black out y la voz queda en off*).

—El veinticuatro de mayo, un domingo, el profesor Lidenbrock descubre un documento escrito por un alquimista del siglo XVI, el sabio Arne Saknussemm, con palabras en islandés antiguo, las cuales descifra descubriendo un extraordinario mensaje, el cual dice así: «Desciende por el cráter de Yocul Sneffels, que la sombra de Scartaris acaricia antes de las calendas de Julio, viajero audaz; hazlo así y llegarás al centro de la Tierra...».

Escena realizada en mimo, teatro físico, danza, figuras y marionetas, acompañados de música. Julio, Rebeca y Picaporte aparecen vestidos de expedicionarios.

PRIMER BLOQUE:

Toda la escena se llena de humo espeso. Las luces comienzan a desaparecer, dejando ver a Julio, que gesticula mientras lee. Hay un black out de segundos.

Música: Tema de aventuras.

SEGUNDO BLOQUE:

Cuando vuelve la luz, se ven en penumbras plantas extrañas. Comienza a aparecer una marcha de lombrices y hormigas que van desfilando en diferentes direcciones. Las hormigas llevan hojas y comienzan a armar diversas figuras geométricas hasta formar una especie de túnel. Se propone realizar esta escena con luz negra.

Música: Marcha.

TERCER BLOQUE:

Desaparece la fila de hormigas. Entran murciélagos que llenan la escena; pasan de un lado a otro dejando todo en un gran caos. Black out. El escenario se llena de luces de linternas que van en varias direcciones.

Entra Julio con su asistente; llevan, cada uno, una lámpara de cabeza. Julio y Picaporte luchan con los murciélagos y seres imaginarios. Los murciélagos escapan; Julio queda luchando con Norberto. Se apaga la luz de las linternas. Black out.

Música: Estacato.

CUARTO BLOQUE:

Julio enciende su linterna. En el escenario se enciende una luz tenue; Julio mira hacia varias direcciones y hace un gesto de lejanía. Comienzan a caminar hasta agotarse. Continúan; Picaporte hace

gestos de agotamiento, tiene mucha sed. Julio le da agua. Continúa la caminata, se detienen y mira hacia todos lados. Picaporte hace un sonido y éste se devuelve en eco. Juego de ecos. Julio camina, Picaporte lo sigue; están animados. Larga caminata, cansancio, cansancio extremo.

Música: Efectos huecos con ecos. Cuando Julio comienza andar, suena música que acompañará la caminata de Julio y Picaporte. La música se irá ralentizando a medida que se van cansando.

QUINTO BLOQUE:

Julio y Picaporte se sientan a descansar y se duermen. Aparece Rebeca, desorientada. Mira a los dos que duermen. Está cansada. Saca de los morrales el agua y se la toma toda. Los viajeros se despiertan. Rebeca se esconde.

SEXTO BLOQUE:

Los viajeros sacan un mapa y discuten qué dirección seguir. Gana Julio; Picaporte lo sigue. Gestos de cansancio y sed. Buscan agua y no la encuentran. Desesperación. Picaporte comienza a gritar desesperado. Se repiten sus ecos, pero con la voz de Rebeca en tono de burla. Julio lo tranquiliza y toma del morral un poco; se los pasa a Picaporte. Juego de cavar.

Comienza a golpear la pared, de donde repentinamente sale un hilo de agua. Felicidad. Comienzan desesperadamente a tomar agua del hilo; están satisfechos. Se sientan a descansar. El hilo continúa fluyendo, se va haciendo más grande y fuerte. Desesperación por tapar el agujero. Se va llenando el escenario de agua; inundación. Música de tormenta. Julio se da cuenta y comienza a ponerse nervioso; va subiendo el nivel del agua.

Julio y Picaporte comienzan a ahogarse; nadan desesperadamente. Julio saca del morral una tablita; se aferran a ella y flotan. En la escena se

ha desatado una tormenta. Julio y Picaporte se aferran a la tablita; se montan sobre ella y flotan. Celebran. Julio y Picaporte se ríen hacia el público. Repentinamente, la barca se va hundiendo. Tratan de flotar con la tabla. Sacan herramientas gigantes, más tablitas y diferentes objetos. Mientras intentan salvarse, no dejan de trabajar. Repentinamente se hunden. Amaina la tormenta. Los golpes de martillo siguen sonando debajo del mar. Poco a poco, los sonidos de martillo y herramientas se van desvaneciendo. La tormenta se calma. Aparece un mástil y, seguidamente, Julio y Picaporte montados en una balsa perfectamente construida.

SÉPTIMO BLOQUE:

Julio comienza a mirar al horizonte. Ordena a Picaporte remar. Picaporte rema con las manos, pero no resulta. Julio intenta ayudarlo; tampoco resulta. Piensan los dos. Tienen una nueva idea: Julio saca un papel y toma medidas. Los movimientos llevan al caos en la balsa; Picaporte casi cae, pero es rescatado. Julio comienza el plan otra vez con los mismos movimientos, pero comedidos, repitiendo hasta la caída de Picaporte. Se preparan para llevar a cabo el plan. Sacan una tela y se enredan hasta que logran colocarla como vela.

Comienzan a soplar la vela. La barca avanza; Julio ríe. El tiempo pasa y se comienzan a fastidiar. Intentan pasar el tiempo inventando varios juegos. Se fastidian; no encuentran qué hacer. Julio prende la linterna y alumbrá hacia varios lugares; alumbrá la vela. Picaporte comienza a jugar con las manos haciendo sombras de monstruos.

Julio mantiene la linterna en alto; se le cae al agua. Picaporte llora; Julio intenta tranquilizarlo. Picaporte señala el agua; Julio intenta tomar la linterna del fondo del agua. Picaporte saca una cuerda con un anzuelo, se la da a Julio y la lanza. Pescan algo; los dos jalan fuerte. Sale de la punta de la cuerda un monstruo marino con la cara de Rebeca. Gran batalla: caen del bote, se suben, golpean al monstruo y lo vencen.

Comienzan a investigar de nuevo la cuerda; la jalan lentamente. Sacan una cadena, jalan y sacan un tapón. Lo miran. la balsa comienza a dar vueltas lentamente; Julio no entiende. De repente mira el tapón y se alarma. La balsa comienza a girar cada vez más rápido, desaparece; todo comienza a girar hasta llegar al black out.

MÚSICA. Esta melodía estará dividida en tres bloques:

- 1.- **Música sublime:** Deberá dar sensación de tranquilidad.
- 2.- **Música monótona:** Podría ser la primera, pero bastante más lenta.
- 3.- **Música animada:** Estilo circo o carrusel.
- 4.- **Música in crescendo:** La misma del carrusel, que va aumentando de revoluciones hasta quedar en un sonido ininteligible.

JULIO: *(En la nave, que echa humo como a punto de quemarse. Julio, Rebeca y Picaporte están presentes. Se oyen ruidos de explosiones a la lejanía. Julio lee).* —Después de salir del mar en el centro de la Tierra, el profesor Lidenbrock y sus compañeros cayeron atrapados en la chimenea de un volcán en plena erupción, el cual los lanzó entre rugidos y explosiones como si fueran un proyectil. Flotaron entre un mar de lava y cenizas hacia el exterior, quedando en la ladera de la montaña del volcán. No estaban heridos de gravedad, pero se encontraban totalmente exhaustos y medio desnudos frente al astro radiante...

REBECA: *(Atolondrada).* —¿Qué es lo que huele? ¡Desátanme inmediatamente! ¡Auxilio! *(Se ve a Picaporte prendiendo fósforos y lanzándolos hacia atrás).* —¿No sienten un olor extraño?

PICAPORTE: —Continué, profesor...

JULIO: *(Oliendo al aire).* —¿En qué me quedé?

Picaporte:—Salieron del volcán. (Prende fósforos y los lanza hacia atrás, haciendo sonidos como si él fuera un volcán). —¡Astro radiante! ¡Calor! ¡Lo tengo! ¡Continúe! (Sigue prendiendo fósforos y lanzándolos).

JULIO: —¡Ah, sí! Allí estaban, frente al astro radiante que no habían visto desde hace dos meses y que ahora se mostraba pródigo en luz y calor.

REBECA: —¡Uf! ¡Qué calor!

PICAPORTE: —¡Señor! (*Desesperado trata de apagar el fuego*).

REBECA: —Parece tan real... Hasta creería estar sentados sobre un volcán.

JULIO: —¿Se fija en qué tan real puede resultar todo si sólo se deja llevar por la imaginación?

REBECA: —Insisto... Huele muy extraño.

JULIO: —Es cierto, y el calor es demasiado real. Picaporte, ¿no sientes calor? (*Picaporte no contesta, ocupado tratando de apagar el fuego*). —Sí, hace bastante calor... (*Mira a Picaporte*). ¡Fuego!

TODOS: —¡Fuego! ¡Fuego! (*Corren por la habitación, con una manta controlan el fuego*).

REBECA: —¡Esto es el colmo! Además de perder el tiempo, intentan acabar con el lugar.

PICAPORTE:—Fue un accidente. (*Desatando a Rebeca*).

REBECA: (*Toma las cintas con las llaves y las guarda en su bolsillo*). —Esto lo tomaré como prueba «A». Ahora le parece a usted un accidente.

JULIO: —¿A quién? ¿A mí? ¿O a mi asistente?

REBECA: —¡Claro! ¿Ve a alguien más?

JULIO: —No, disculpe. ¿Qué decía sobre mi asistente?

REBECA: —No hablo de su asistente... Bueno, sí. Su asistente es todo un accidente, y usted es un desastre indecente.

JULIO: —¿Indecente? No tiene derecho a decir eso.

REBECA: —Tengo todo el derecho. Como inspectora de bibliotecas, escribiré en mi informe que usted no sirve para esto... Ya he visto suficiente, doctor Viernes... Ya le llegarán noticias. *(Sale)*.

JULIO:—Ahora sí estamos en un gran problema, pequeño Picaporte.

PICAPORTE: —Es mi culpa, doctor... Discúlpeme, por favor.

JULIO: —Tranquilo, amigo. Ya veremos cómo solucionamos este incidente.

PICAPORTE: —¿Cree poder hacerlo?

JULIO: —Claro. Recuerda: nada es imposible... Usemos nuestra arma secreta.

PICAPORTE:: —¿Arma secreta? ¿Cuál arma, doctor?

JULIO: —La inteligencia, amigo. Tracemos un plan. Corre y alcanza a la señora La Terca y tráela acá.

PICAPORTE: —Más rápido que el viento, señor. *(Sale)*.

JULIO: *(Comienza a ordenar el espacio desarmando la máquina. Toma el libro y lee al público)*: —Este viaje del profesor Lidenbrock causó sensación en todo el mundo y fue impreso y traducido en varias lenguas; los periódicos más famosos publicaron los principales episodios de esta aventura. El profesor Lidenbrock, una auténtica gloria, fue el más dichoso de los sabios... *(Se oyen golpes en la puerta)*. —¿Quién toca?

PICAPORTE: —Yo.

JULIO: —¿Quién es yo?

PICAPORTE:—El mismo yo.

JULIO: —Y... ¿quién es el mismo yo?

PICAPORTE: —El que entró y salió.

REBECA: (*Entrando*). —¡Esto es el colmo de la tontería! ¿Para qué me mandó a llamar? Recuerde que mi tiempo es importante. ¿Qué quiere ahora?

JULIO:—Sólo quería hablar con usted sobre esta penosa situación... disculparme...

REBECA: —No hay nada que hablar; es suficiente con lo que he visto, doctor Julio Viernes... Se le acabó el tiempo.

JULIO: —¡Eso! ¡Justamente eso es lo que necesito! Un poco más de tiempo para probarle mi teoría... Utilizando la imaginación podríamos llegar a cualquier lugar... Podríamos enseñar a nuestros lectores la fuerza de la imaginación... Enseñarles que con los libros podrían viajar, vivir aventuras, recorrer todo el mundo...

REBECA: —Lo que me ha probado es que podría destruir este lugar en un segundo, haciendo perder dinero y prestigio a la honorable institución que represento...

PICAPORTE: —¡Pido la palabra!

REBECA: —Usted no pide nada.

PICAPORTE: —Pero, señora, el doctor Viernes sería incapaz de causar ningún tipo de daño.

REBECA: —Cállese, incapaz. ¿Qué sabe usted! Doctor Viernes, le pido que desocupe y cierre inmediatamente la biblioteca. ¡Entrégueme las llaves!

JULIO: —Pero señora.

REBECA: —No hay pero que valga. Por favor, las llaves.

JULIO: —Picaporte... las llaves.

PICAPORTE: —Sí, doctor. (*Busca por todos lados. No las encuentra*).
Doctor... las llaves.

JULIO: —Sí, con mucho gusto. (*Busca por todos lados. No las encuentra*). Señora La Terca... Las llaves.

REBECA: —Con mucho gusto... (*Intenta buscar*). ¿Qué les pasa? ¡Se burlan de mí!

JULIO:—No, señora.

REBECA: —¿Dónde están las llaves?

PICAPORTE: —No sabemos.

REBECA: —Lo que faltaba... Sabía que no estaba equivocada. Además de incapaz, es un irresponsable. ¿Quién es el encargado de las llaves?

PICAPORTE: —Yo.

REBECA: —¡Quién más! (*Dirigiéndose a Picaporte*). —Es usted un ladrón.

PICAPORTE: —¿Cómo dice?

JULIO: —Espere un momento, señora La Terca.

REBECA: —Sí, un ladrón. Y no podrá escapar.

PICAPORTE: —Soy inocente, nunca he tomado algo que no me pertenezca. El doctor Viernes puede dar fe de eso...

Canción:

He sido cantante de calle.

(Coro): ¡Pica, pica, no lo puedo creer!

En un circo vine yo a parar;

caminaba por la cuerda floja

como el que más.

Pronto fui domador, el mejor;
me quería el león y el tigre John.

Me querían... ¡pero de medallón!

(Coro): ¡Con salsa!

Hui por las calles buscando qué hacer y mi porvenir.

(Coro): ¡Huye, muchacho, que te van a comer!

Ahora me culpa de robo, señora;

esto no puede ser.

Busque al ladrón;

yo no la he robado a usted.

REBECA: —No es cierto eso que dice.

JULIO: —Lo que él dice es la verdad.

PICAPORTE: —Yo no he tomado esa llave.

JULIO: —Es verdad.

REBECA: —Él sí fue.

PICAPORTE: —Yo sólo soy un inocente.

REBECA: —Él... esa llave la robó.

JULIO: —Señora, pruebe lo que dice.

PICAPORTE: —Es verdad.

JULIO: —Yo lo sé.

Fin canción.

REBECA: —Ahora, en vez de Picaporte, serás «Candado», porque a la cárcel irás, pequeño aprendiz de loco. (*Intenta atraparlo; Picaporte escapa*).

JULIO: —Creo que se ha excedido; usted no puede tratar a mi asistente así. ¡Exijo respeto!

REBECA: —Usted también es responsable; éste es un asunto muy grave. (*Saca una libreta*). —¡Es un caso de robo! ¡Un asunto criminal, señor! ¿Es que no se ha dado cuenta? Pronto lo verá en todos los diarios. ¡Última noticia!: Robo en la biblioteca.

JULIO: —Pero, señora, sólo se ha extraviado una llave.

REBECA: —Eso es lo que parece, pero...

JULIO: —Pero... ¿Qué?

REBECA: —Preste mucha atención. Estamos en un planeta llamado Tierra, ¿verdad?

JULIO: —Sí. ¿Y qué?

REBECA: —En este planeta llamado Tierra existen muchos países. En esos países hay muchas personas. Las personas tienen personitas y, más tarde, cuando las personitas crecen, tienen otras personitas.

JULIO: —Señora, no entiendo qué me quiere decir.

REBECA: —Lo que le quiero decir... ¿Qué es lo que le quiero decir?... ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo... ¿Por dónde iba?

JULIO: —Las personas...

REBECA: —Ya. Las personas tienen casas, y allí están las personitas... ¿Qué hacen las personitas? ¡Comer! Y las personas, para que las personitas coman, ¿qué tienen que hacer? ¡Trabajar! ¿Y

dónde trabajan? En edificios, locales comercios... Y... ¿cómo se entra a esos edificios y comercios?

JULIO: —No sé, dígame usted.

REBECA: —¿Por dónde más? Por la puerta. ¿Y cómo se abre la puerta? Con la llave. ¿Y dónde está la llave? ¡Ha sido robada! Por lo tanto, el robo es peor de lo que usted cree. ¿Y sabe por qué? Porque el que robó la llave, robó la biblioteca y al mismo tiempo dejó sin comida a la personita que, a su vez, por ser hijo de la persona, ésta también fue robada. Y no solo eso... ¡Esto es un robo al país!, porque en el país está la biblioteca... Pero ese rufián no sólo ha robado al país... sino al planeta Tierra entero... ¿Por qué? Porque el país está en el planeta Tierra... Por todas estas razones lo perseguiré hasta atraparlo, y luego lo detendré por el resto de su vida. ¿Por qué? ¡Porque a mí me da la gana!

JULIO: —Yo tengo confianza en que todo se arregle, señora La Terca.

REBECA: —¡Ya sé! Ofreceré dos mil monedas de oro al que atrape al ladrón... Pero... el mundo es tan grande que ese ladrón ya debe haber escapado.

JULIO: —Señora, Picaporte no es un ladrón.

REBECA: —¡Usted es un loco al igual que su delincuente asistente!... Apostaré cuatro mil monedas de oro a que su asistente es el ladrón que se llevó la llave.

JULIO: —Y yo apostaré cinco mil a que no... Es más, estoy dispuesto a encontrar esa llave perdida en el último rincón del mundo.

REBECA: —Y yo apostaré siete mil monedas de oro que, aunque recorra el mundo entero —si es posible que pueda hacerlo— no podrá encontrar nada. Usted sabe que sólo hay un único culpable; no se atreverá a partir en búsqueda de la llave.

JULIO: —No sólo me atrevo, sino que estoy dispuesto a apostar veinte mil monedas de oro y mi puesto como bibliotecario a quien quiera, que daré la vuelta al mundo buscando esa llave. Si acepta, saldré inmediatamente.

REBECA: —De acuerdo.

JULIO: —De acuerdo. Permítame sólo un momento. (*Comienza a buscar entre los libros de la biblioteca*). —¿Dónde estará?

REBECA: —¿Ahora qué busca? ¿Su carta de renuncia?

JULIO: —Sólo un momento, señora La Terca. ¿Dónde estará? ¡Qué falta me haces, querido Picaporte!

PICAPORTE: (*Entrando*). —Deseaba algo, señor.

REBECA: —Allí está el mequetrefe. No podrás escapar. (*Intenta atrapar a Picaporte; todos corren haciendo maromas y acrobacias*).

PICAPORTE: —¡Auxilio, doctor!

JULIO: —¡Pronto, busca el libro!

PICAPORTE: —¿Qué libro?

REBECA: —¡Las llaves, ladrón!

PICAPORTE: —¿El libro? ¿Las llaves?

JULIO: —¡No! ¡*La vuelta...*!

PICAPORTE: —Eso es lo que hago.

JULIO: —No, eso no.

PICAPORTE: —Hacia el otro lado.

JULIO: —¡No! ¡*La vuelta al mundo en ochenta días!*

PICAPORTE: —¡A la orden, señor! (*Corre y comienza a sacar maletas*).

REBECA: —Piensas fugarte, insensato.

JULIO: —¿Qué haces, Picaporte?

PICAPORTE:—Tranquilo, doctor, confíe en mí ...

Picaporte comienza a colocar maletas en el medio del escenario. Abre una y, mágicamente, aparece una estación de trenes. Las luces se centran en la maleta. Esta escena puede realizarse con títeres, elementos escénicos, objetos, video o con actores utilizando elementos que sugieran los cambios de lugar. El espacio se transforma en una estación de trenes. Julio y Picaporte aparecen corriendo.

JULIO: —No hay tiempo que perder... Vamos rápido. Tenemos que partir en diez minutos. ¡Vamos, ya va a llegar el tren!

PICAPORTE: —¡Arriba, a dar la vuelta al mundo en ochenta días!

Miran a un lado y al otro. De pronto, comienzan a oír a lo lejos el sonido de un carruaje. Julio y Picaporte suben al carruaje. Aparece Rebeca. El carruaje avanza.

REBECA: —¡Esperen, faltó yo! ¡Deténganse en nombre de la autoridad! (*Corriendo detrás del carruaje*). —¡Deténganse, les digo! ¡Ay, que me canso! ¡Ay, que me duelen los pies! ¡Ay, mis piernitas! ¡Ay, ay, la columna! (*Comienza a quedarse atrás*).

—¡Me la pagarán!... ¡No podrán deshacerse de mí! No escaparán; sé que ustedes son los ladrones. ¡Ese Picaporte es sólo la punta de la organización! El verdadero líder es... el profesor Viernes...

JULIO: —Vamos, no hay tiempo que perder.

PICAPORTE: —Adiós, inspectora La Terca.

Canción:

Tra tratatá,

Tra tratatá.

Vamos a recorrer

el mundo sin descansar.

Aceleren ya este coche,

que rueda, rueda y rueda

antes que llegue la noche.

Traca traca,

Traca ta.

Debemos apresurar,

¡tratatá!

La marcha hay que redoblar,

¡tratatá!

Al puerto poder llegar,

¡tratatá!

Y al mundo la vuelta dar.

Tra, tra, tratatá,

tra, tra, tratatá.

Ya vamos llegando, amigo,

preparado ya a bajar.

¡Primera parada, chicos!:

el puerto y al frente el mar.

Mientras esta canción transcurre, un sin fin rotatorio o video va pasando por diferentes paisajes. El carruaje se detiene. Baja Julio.

JULIO: —Pero ¿qué haces allí sentado, Picaporte? ¡Toma las maletas! ¡Apresúrate! Toma, aquí está el saco de dormir... Vamos, aquí están los pasaportes. ¡Apresúrate, vamos, rápido! Pronto llegará el barco.

Salen. Entra Rebeca.

REBECA: —Aquí está el carruaje... ¡Locos repulsivos! ¡Han huido! ¡Me han burlado! (*Busca por todos lados; mira hacia donde salieron Julio y Picaporte*). —¡Allí están! Debo apresurarme; van a escapar de nuevo... ¡Deténganse, infractores! (*Sale de escena mientras todos toman las maletas y corren*). —¡Deténganse, villanos!

JULIO: —¡Corre, Picaporte!

PICAPORTE:—Eso hago, señor. ¿Y las maletas?

JULIO: —Ya compraremos por el camino. Busca mi impermeable y mi manta de viaje. Lleva para ti un buen calzado.

PICAPORTE: —¡Ésta sí que es buena! ¡Yo quería tranquilidad!

REBECA: (*Rebeca los acorralla en un extremo del escenario*). —No sé podrán escapar. Confiesen... ¿Dónde está la llave? No sé escaparán sin confesarlo todo.

PICAPORTE: (*A Julio*). —Está preparado, señor.

JULIO: —Sí, Picaporte.

PICAPORTE: —¡Vamos! ¡A abordar! (*Ahora en barco*).

REBECA: —No podrán escapar; daré parte a todas las estaciones de policías del mundo. O mejor, trazaré un plan maestro para atraparlos. No podrán escapar.

Los personajes cantan y bailan mientras cambian sus indumentarias a las de marineros. Picaporte abre una de las maletas, la estira y, mágicamente, queda armado un barco en el escenario. Julio y Picaporte suben al barco.

Canción:

¡Bu, bu!

¡Buuuuuu!

¡Bu, bu!

¡Buuuuuu!

Vamos a recorrer
el mundo sin descansar.
Primero será en un tren
y luego en el ancho mar.

¡Bu, bu!

¡Buuuuuu!

Ahora el mar cruzar
será una sensación.

Cumpliremos la misión
y el océano recorrer.

¡Bu, bu!

¡Buuuuuu!

Ya vamos llegando,

preparados...

¡Mar de China Meridional!

Saquen pasaportes:

Hong Kong, Corea, Mongolia,

Birmania, Tailandia,

Filipinas, Vietnam, Camboya,

Singapur, Indonesia...

!Allá, al frente, Japón!

Vamos a mar abierto,

océano Pacífico... ¡Miren,...!

a la derecha Australia!

PICAPORTE: —Estamos a salvo, señor.

JULIO: —En pocos días habremos cubierto la mitad del trayecto, amigo.

PICAPORTE: —Espero que la señora Rebeca no nos moleste más.

REBECA: (*Entrando*). —Eso es lo que creen. Están detenidos.

PICAPORTE: —¿¿Qué hacemos, doctor Viernes?!

JULIO: —Tranquilo, tranquilo... Señora.

REBECA: —Inspectora. Inspectora La Terca.

JULIO: —Está bien, inspectora La Terca... Deberíamos arreglar esta situación de una manera más civilizada.

PICAPORTE: —El doctor tiene razón...

REBECA: —Muy bien.

REBECA: (*Se adelanta*). —Me parece satisfactorio.

REBECA: —No den un paso más; o, mejor dicho, deberían seguir caminando... pero hacia la tabla y pagar todos sus delitos en este mismo momento, a la vieja usanza. ¡Vamos, salten! ¡Al mar! ¡Que los devoren los tiburones!

JULIO: —¿Qué está diciendo, señora La Terca?

REBECA: (*Saca una espada*). —¡Vamos, caminen!

Julio y Picaporte caminan por la tabla. Rebeca, al tratar de presionarlos, da un paso atrás por cada uno de ellos hasta que, accidentalmente, cae del barco.

JULIO: —Pronto, salgamos de aquí.

REBECA: —¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Qué he hecho yo para que me suceda esto? Tomaré un atajo y les saldré al camino. (*Sale*).

Escena en un bosque. Es de noche. El doctor Julio y Picaporte.

JULIO: —Ya llevamos recorrido más de la mitad del camino, pronto llegaremos.

PICAPORTE: —Ya no puedo más.

JULIO: —Vamos, un poco más. Ya veo el puerto; falta poco, Picaporte. Descansa un poco, busca un lugar.

PICAPORTE: —Aquí estará bien, doctor Viernes. (*Se duerme en el bote*).

JULIO: —Debemos estar alertas. Yo haré la primera guardia; descansa, mañana llegaremos muy temprano... (*Lo arropa*). Picaporte, estimado amigo, ustedes (los jóvenes) son la veta más rica de la imaginación... Ustedes alimentan las historias y mantienen vivo el espíritu; dan vida a la imaginación de los hombres que utilizan el papel y el lápiz como caballeros, enfrentándose a gigantes con aspecto de molinos, librando grandes batallas y encerrándolas en los libros para que no puedan hacer daño... Yo, querido amigo... yo sólo soy un hombre de las letras y un artista viviendo en la búsqueda de un ideal, corriendo descabelladamente con una idea y brillando de entusiasmo por mi trabajo... Sabes, Picaporte... «Todo lo que una persona puede imaginar, otros pueden hacerlo realidad». (*Se duerme*).

Se escuchan truenos lejanos. Picaporte despierta.

PICAPORTE: —Señor... (*Julio duerme*). —Señor, se acerca una tormenta; debemos tomar previsiones. (*Los truenos son cada vez más fuertes. Ahora, los relámpagos acompañan el sonido de los truenos y el mar se pica. Rebeca, vestida de pirata, se acerca en otra embarcación disparando pelotas, a modo de cañones, contra la embarcación*).

—Señor, estamos en peligro. ¡Despierte! ¡Nos atacan!

JULIO: —¿Qué ruido es ese? ¡Pero qué es esto! ¡Huyamos, Picaporte!

PICAPORTE: —¿Qué hago?

JULIO: —No lo sé... ¡Piensa! Yo responderé al ataque. (*Saca de la maleta más pelotas, batalla marítima que se abre hasta el público*). —Vamos, Picaporte, piensa en algo.

PICAPORTE: —No puedo concentrarme.

REBECA: —¡Fuego!

JULIO: —Haz un esfuerzo.

PICAPORTE: —Está bien, doctor. (*Picaporte se concentra. Desaparecen de escena y, repentinamente, reaparecen a bordo de un globo aerostático representado en sombras chinescas*).

JULIO: —¡Muy bien, Picaporte! Próxima parada: ¡la biblioteca!

REBECA: —¡Deténganse, villanos! Prohíbo que vuelen, es trampa. ¡Trampa! No lograrán llegar a tiempo... No podrán ganarme. ¡Prohíbo que me ganen! Prohíbo que se rían. Prohíbo prohibir. (*Sale*).

JULIO: —Creo que llegamos a tiempo.

PICAPORTE: —Sí, señor.

REBECA: —Están arrestados en nombre de la ley por robo a la biblioteca. (*Los mete en una jaula de pájaros*). —Ya no podrán causar más daño... Ahora bien... Responde, enano, ¿dónde está la llave?

PICAPORTE: —No lo sé, señora.

JULIO: —¿Qué haremos, Picaporte?

PICAPORTE: —No lo sé, señor.

JULIO: —Perderé la apuesta; debo encontrar la llave.

REBECA: —Así que todavía no encuentran la llave a pesar de intentar buscarla hasta en el último rincón del mundo.

JULIO: —Así es, señora La Terca.

REBECA: —Señor, ha perdido su puesto en la biblioteca... Se acabó el juego. Perdió la apuesta y, por lo tanto, tendrá que abandonar su puesto en la biblioteca.

JULIO: —Es cierto, di mi palabra.

REBECA: —No hay más que discutir. Recoja todas sus cosas y abandone la biblioteca inmediatamente.

JULIO: —Sí, señora. ¿Puedes ayudarme, Picaporte?

PICAPORTE: —Sí, señor. (*Comienzan lentamente a empacar*).

REBECA: —Adelante, liliputiense... La Terca... Señora La Terca... No, mejor: doctora La Terca, directora de la biblioteca... ¡Me gusta! Mi primera orden será acabar con todas estas historias fantásticas, prohibiré... Me encanta esa palabra...

Canta:

REBECA:

¿Por qué, por qué tanta contradicción?

¿Por qué con la imaginación?

¿Por qué tanta contradicción?

¡Aaaaanda!

Tanta locura en nombre de la imaginación.

CORO:

Cortará los caminos, borrará los escritos.

Prohibirá el pensamiento; nos está destruyendo.

REBECA:

Prohíbo los libros que hablan de hadas,

prohíbo los cantos que hablan de amor,
prohíbo el pensar, prohíbo el hablar;
si nadie pensara, sería mejor.

CORO:

Cortará los caminos, borrará los escritos.
Prohibirá el pensamiento; nos está destruyendo.

REBECA:

Seré la única que baila,
seré la gran sensación.
Ahora préstame atención
o te doy un coscorrón.

CORO:

Cortará los caminos, borrará los escritos.
Prohibirá el pensamiento; nos está destruyendo.

REBECA:

En cambio, si tú me haces caso,
sólo yo pienso, tendré el control.
Amigo, no hay mal que valga,
y ahí te va mi proposición:
prohíbo el canto y la reunión,

prohíbo que pienses en toda ocasión,
prohíbo que leas... ¡qué tontería!,
que gran niñería, todo eso es mentira.
Prohíbo el canto y la reunión,
prohíbo que pienses en toda ocasión,
prohíbo que leas, ¡qué tontería!
que gran niñería, todo eso es mentira.

PICAPORTE: —¡Espere! No lo puedo permitir... Muy bien, revisemos todos los hechos desde el principio... y manejemos varias posibilidades.

REBECA: —Ahora sí acabaré contigo, lagartija. ¡Cómo te atreves a detener el nuevo himno de la biblioteca...! Además, aquí no hay otras posibilidades; lo que ha sucedido aquí es un robo.

JULIO: —¿Está segura?

REBECA: —Cómo que me llamo La Terca.

PICAPORTE:—¿Quién fue el primero en llegar a la biblioteca?

JULIO: —Yo, como todos los días.

PICAPORTE: —Muy bien. ¿Qué pasó luego?

JULIO: —Llegó la señora Rebeca La Terca.

REBECA: —¿De qué se trata esto, mequetrefe?

PICAPORTE: —Estamos haciendo una reconstrucción de los hechos.

REBECA: —¿Cómo dice? ¿Una recons...? ¿Qué?

JULIO Y PICAPORTE: —...trucción de los hechos.

REBECA: —Entonces, eso me toca hacerlo a mí, como inspectora de bibliotecas y parte acusadora en este caso, en el cual se ha cometido un grave delito... Llamaremos al caso «Código Verne» o «¿Dónde está la llave?». Continuemos... Usted anotará todo lo que se vaya diciendo... ¿Dónde estábamos?

JULIO: —Quién llegó primero...

REBECA: —Ah, sí. A ver, ¿quién fue el primero en llegar a la biblioteca?

JULIO: —Yo.

REBECA: —¿Y luego que pasó?

JULIO: —Repentinamente entró usted y se me abalanzó encima, golpeándome y haciéndome preguntas.

REBECA: —Protesto... No estaba enterada de su identidad. No anote eso, secretario... Continúe acusado.

JULIO: —¿Acusado?

REBECA: —Sí.

JULIO: —Está bien. Luego entró Picaporte y le dijo mi identidad.

PICAPORTE: —¿Anoto eso?

REBECA: —¿Qué?

PICAPORTE: —Su identidad.

REBECA: —No, mi identidad, no; la suya.

PICAPORTE: —La mía.

REBECA: —No, la suya, no; la del acusado. ¡Hable acusado!

JULIO:—Ah, sí... Entonces, entró la señora La Terca y...

REBECA: —Y yo lo rescaté, continúe... No, mejor continuaré yo.
(Sigue la historia reconstruyéndola con acciones y palabras).

—Yo reconocí inmediatamente al profesor Viernes, pero me di cuenta de que algo no estaba bien... Así comencé, con la agudeza y viveza de memoria e inteligencia que me caracterizan, a investigar, descubriendo un plan malévolos que se llevaba a cabo; pero antes de descubrir en su totalidad el plan, fui atrapada y amarrada con esta cuerda de colores... (*Cae la llave de un bolso amarrado en la punta de la cuerda*).

JULIO:—¿Qué es eso?

PICAPORTE:—Creo que es la llave.

JULIO:—¿Quiere decir que todo este tiempo usted ha tenido la llave?

REBECA:—¡Esto es una trampa! Me quieren inculpar.

PICAPORTE:—Usted hizo la reconstrucción de los hechos y solucionó el caso; ha encontrado la llave.

REBECA:—¿Es cierto?

JULIO:—Claro que es cierto, señora La Terca. La felicito.

REBECA:—Gracias... Debo reconocer que me equivoqué... Pero esto no se queda así. ¡Exijo una explicación! ¡No comprendo nada! ¡Están tratando de confundirme! Está bien... Todavía no entiendo lo que puede haber pasado... Pero manténganse alertas; los estaré vigilando de cerca. (*Sale*).

JULIO:—Bueno, querido amigo, hemos tenido un día bastante movido.

PICAPORTE:—Así es, doctor.

JULIO:—Mejor, vete a tu casa. Mañana pondremos todo en orden. Y al trabajo de nuevo.

PICAPORTE:—Hasta mañana, doctor. (*Sale*).

JULIO: (*El doctor Viernes comienza a ordenar*). —Hasta mañana, amigo... (*Ve el reloj*). —Es tarde. Pero no para imaginar un

hermoso mundo... un maravilloso futuro; descubrir la poesía del hombre, el ímpetu de un mundo juvenil que abra puertas a una celebración permanente de maravillas deslumbrantes; crear ficciones, forjar mitos capaces de nutrir la fantasía... Gracias, querido Verne... (*Abre la puerta, apaga la luz y sale*).

El sonido del mar comienza invadir la escena. Aparecen peces, delfines y una gran cantidad de seres marinos. Se oye la voz de Verne. Toda la escena forma parte de una gran danza entre peces y musas.

VOZ DE VERNE:

—La imaginación... la imaginación lo es todo. Su aliento es puro y saludable; es el vehículo de una existencia sobrenatural y prodigiosa; es amor y movimiento perfecto. La imaginación está por encima de la desesperanza. Sin embargo, los hombres pueden ejercer la arbitrariedad de sus derechos, pueden pelear y destruir, traer todos los horrores de la tierra; pero se hundirán y perderán todo su poder. Sólo con la libertad del pensamiento es posible la independencia: así desaparecen los amos, así seremos libres... y vivir... Vivir en amor, en esa pasión que lo absorbe todo y deja poco espacio libre en el alma humana para el rencor... He escuchado historias de que mis libros han llevado a jóvenes a abandonar sus hogares en búsquedas de aventuras; estoy seguro de que esto nunca ha sido así, pero sí se debe estimular a los jóvenes a ser emprendedores. Permítanles que se inspiren en los héroes de mis viajes extraordinarios... (*Black out.*)

FIN

El reino de la mona

Padre, ¿de quién aprender?

—Aprende del agua.

— ¿Por qué?

—Porque el agua es humilde y generosa con cualquiera.

*De mi madre aprendí que nunca es tarde,
que siempre se puede empezar de nuevo.*

Facundo Cabral

En agradecimiento a mis padres.

EL REINO DE LA MONA

PERSONAJES:

IGNACIO

ADALBERTO

PADRE MALAQUÍAS

ALCALDE

JULIA

ADA

LORY

GUSTATIVO

Luz cenital. Se ve a un hombre sentado en la orilla de una carretera. Su aspecto es indigente. Sobre sus hombros, rodeándole el cuello, una piel de animal a manera de bufanda.

IGNACIO: —La vida, nuestra vida, mi vida... un transitar por caminos inciertos. ¿Quién eres? ¿Quiénes somos? ¿Quién soy? No hay certeza; lo único certero es que somos humanos. Y eso porque así nos hacemos llamar: una especie extraña, sin definición en sí. A lo largo de nuestro camino, sea largo o corto, nos toca ser varios y ninguno. Así es. Dentro de nosotros hay una multiplicidad de complejos seres esperando la ocasión para hacer su entrada, a veces contraviniendo el ser que está haciendo su salida. Un ente de contradicciones, eso somos. Así lo quiero ver.

—Se definen las acciones de nuestra vida diciendo que cada acción genera una reacción —causa y efecto— ; por lo tanto, cada proceder tiene una consecuencia... Así lo queremos ver. Pero ¿cómo tener control de esto cuando esa multiplicidad de entes dentro de nosotros está a la espera para su transformación, al acecho, preparando su aparición?

—La integridad no existe; estamos sujetos a decisiones, y estas decisiones que debemos tomar día a día generan cambios, y allí aparecen los monstruos que están dentro... esos monstruos que me han traído hasta aquí. Esa es la semilla que sembré: se distorsionó, no es lo que ideé para su crecimiento; creció, tomó dirección propia y no se detiene.

—De hecho, en este momento soy otro dentro de otro. Este ser dentro de este envoltorio no es lo que ven, sino lo que quieren ver. Yo sé que éste no soy yo, pero eso es lo que yo quiero ver... sentir y ser...

Todo queda oscuro. Oscuridad marcada por el sonido de un trueno y el sonido de la lluvia. Luz de amanecer. Pequeña plaza pública de un pueblo. No tiene monumentos, sólo un árbol central con muy pocas hojas. Está amaneciendo. El tiempo anuncia lluvia; se oyen truenos y se ven relámpagos. Paulatinamente, va apareciendo actividad en la plaza. Ignacio asea el lugar: barre con una escoba lentamente. Bajo el brazo tiene un gancho de recoger hojas. La plaza está realmente limpia. Adalberto entra con una gran cantidad de bolsas. Vuelca una de las bolsas llena de hojas secas. Ignacio mira a los lados, las riega por toda la plaza y luego comienza a limpiar.

ADALBERTO: —¡Ignacio! ¿Cómo estás, amigo?... ¿Preparando todo?

IGNACIO: —Qué más queda... «Hoy es el día».

ADALBERTO: —¿El día? Querrás decir: «el gran día». ... ¡Bestia! ¿Tú no sabes cuánto ha trabajado toda esta gente haciendo cuanto vericuelto han podido?

IGNACIO: —Eso es todos los años. No sé qué diferencia puede tener éste.

ADALBERTO: —¿Te parece poco? Este año se reúnen todas las condiciones para ser el mejor año de todos.

IGNACIO: —¿Y eso por qué? No entiendo el alboroto.

ADALBERTO: —¿Y lo preguntas? ¿Cuánto tiempo tienes viviendo en este pueblo, Ignacio?

IGNACIO: —No vamos a comenzar con el jueguito de «Yo nací aquí» o «Mi abuelo fundó la plaza». Que si esto, que si aquello... ¿Por qué me haces esa pregunta? Tú me conoces y sabes muy bien cuánto tiempo tengo viviendo en este pueblo y jamás estos barullos han servido para nada.

ADALBERTO: —Bestia, amigo, tranquilo. ¿Por qué tan mal humor?

IGNACIO: —Yo sé lo que digo. ¿Quién inventó esa tontería de que para que exista prosperidad hay que armar tanto escándalo?

ADALBERTO: —Son tradiciones y las tradiciones hay que conservarlas. ¿Si no, qué sería de nuestro pueblo?

IGNACIO: —¿Qué va ser? Sería un sitio tranquilo, continuaría como siempre: un pueblo miserable... Yo no entiendo... Hoy se pide prosperidad, trabajo, avance. ¿Y cómo se pide?... Con una juerga de los mil demonios.

ADALBERTO: —No es una juerga; es una celebración.

IGNACIO: —¿Una celebración? ¿De qué? ¿Tú crees que hay algo que celebrar?

ADALBERTO: —Claro... Hay que celebrar un futuro próspero.

IGNACIO: —¿Qué futuro próspero? El año pasado pidieron por la prosperidad, y el antepasado, y el otro, y el otro. ¿Y qué ha sucedido? Nada. ¿Cómo se puede celebrar algo que no ha pasado? ¿Es más! ¿Has visto en este pueblo alguna señal de prosperidad en años? Mira el cielo: no ha llovido en todo el año y hoy, justamente, parece que nos fuera a caer encima un diluvio... Mira, Adalberto, ni siquiera hay hojas que recoger; hasta la basura está escaseando. ¿Entonces? ¿De qué vale celebrar o pedir prosperidad todos los años para nada? ¡Atajo de necios!

ADALBERTO: —Es una tradición, Ignacio. ¿Quién duda de que pueda hacerse realidad?

IGNACIO: —Yo.

ADALBERTO: —Llevamos en esta celebración toda la vida; a alguna generación se le tiene que haber cumplido. Si no, ya no existiría la creencia.

IGNACIO: —¿Qué creencia? ¿De qué hablas?

ADALBERTO: —De San Valentín, chico. El amor, la prosperidad, la amistad. Mira, de tanto darle, a lo mejor al fin este año tenemos ganancias: la situación se arregla, las relaciones mejoran...

IGNACIO: —Ponte a creer. ¿Y cómo va a ser eso?

ADALBERTO: —No sé. Pero en algo hay que creer; si no, estamos fritos, estamos mal.

IGNACIO: —¿Y podemos estar peores? Porque si eso es posible, comienzo a creer que el «Valentín ese» es un demonio.

ADALBERTO: —No tienes remedio, yo voy a seguir... Y tú, ¡apúrate! Ya va a llegar la procesión y, si el padre te encuentra todavía limpiando la plaza, se va a armar el gran lío...

IGNACIO: —Y eso a mí qué me importa. ¿Me va a excomulgar? ¡Gran cosa! Si el padre tuviera ese poder divino, ya hubiera arreglado este pueblo olvidado.

ADALBERTO: —Si no te agarra el padre, te agarra el jefe civil y ahí sí te la vas a ver mal, porque hasta el trabajo te puede costar.

IGNACIO: —¿Trabajo? ¿Qué es eso? Desde que regresé, hace ya un año que estoy limpiando esta plaza y solo me han pagado tres meses.

ADALBERTO: —¿Tres meses? ¡Bestia, amigo! ¿Y cómo puedes vivir así?

IGNACIO: —Como se vive en este pueblo. Peleando.

ADALBERTO: —¿Peleando? ¿Peleando con quién?

IGNACIO: —Con Teresa.

ADALBERTO: —Con Teresa. ¿Qué Teresa?

IGNACIO: —La mona.

ADALBERTO: —¿La mona de la plaza? Tú te volviste loco.

IGNACIO: —¿Loco? ¿Quién no se vuelve loco trabajando como un burro, sin un mínimo sueldo? Y si no te pagan, no tienes dinero; y si no tienes dinero, no puedes comprar; y si no puedes comprar, no puedes comer; y si no puedes comer, te pones violento; y si te pones violento, te pones violento con la mona.

ADALBERTO: —¿Con la mona? ¿Por qué?

IGNACIO: —¿Cómo que por qué? ¿Tú crees que no duele? Trabajar y trabajar, mientras la mona te mira y te mira haciendo nada, rascándose el rabo y oliéndose el dedo. Yo no le hago caso, sigo recogiendo hojas como si nada... pero ¿qué pasa?

ADALBERTO: —No sé, Ignacio, realmente no estoy entendiendo.

IGNACIO: —Ése es el problema. ¡Nadie entiende nada!

ADALBERTO: —No, mi amigo; conmigo no. Yo vengo pasando y sólo le estaba saludando... Además, ¿qué tiene que ver una mona con todo esto?

IGNACIO: —Mucho. Imagínate nada más... El polvo ahoga el ambiente; la visión es difícil por la arena que te inunda los ojos. Un silencio de cementerio olvidado... Y allí, en el medio de aquel desierto, la figura de un hombre que se desvanece en ondas de calor que emergen del suelo... ¿Lo ves?

ADALBERTO: (*Mirando a lontananza*). —Sí... Me siento mal...

IGNACIO: —Muy bien... Ahí está... solo, trabajando, muerto de hambre, con el estómago ermitaño. Desamparado en su soledad, su privación como única compañía duele en lo más profundo y lo ahoga. Pero como tan sólo un auxilio a su destierro involuntario, toma otro vaso con agua, lo bebe lentamente, retorciéndose... lo anega dolorosamente. ¡Cruel líquido! Único alimento para arrastrar lo que queda de humanidad... ¿Qué te pasa, Adalberto?

ADALBERTO: (*Llorando*). —¡Bestia, amigo! ¡Usted si habla bonito, compadre! ¡Siga! ¡Siga!

IGNACIO: —El calor aumenta. Mata. Y él allí. Con la misma ropa de siempre... La misma escoba de siempre... la misma hambre de siempre... ¿Y qué pasa?

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre, no sé!

IGNACIO: —La mona te mira. Frente a ella un racimo de bananos, manzanas... Ricos manjares la rodean... y la mona allí, en su pose habitual... Rascándose el rabo y oliéndose el dedo. ¡Es insoportable aquella visión! El hombre enloquece, se lanza contra aquel monstruo infernal con ínfulas de Dios. El monstruo cobarde huye con velocidad de rayo buscando el cielo como escape al ataque celestial del hombre desesperado... Todo regresa al orden del cual jamás debió salir. (*Saca un cambur aplastado de su bolsillo trasero y lo muerde*).

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre! Robó a la mona. ¡Que desgracia!

IGNACIO: —Ya van ocho meses en esta desesperada situación y tú me vienes a hablar de prosperidad. La única próspera en este desdichado pueblo es Teresa.

ADALBERTO: —¿Qué Teresa?

IGNACIO: —¡La mona! ¡La endemoniada mona! Es la reina de todo el pueblo. Llega Ada y le da un cambur. Viene la vieja Julia y le hace cariño, y hasta el jefe civil tiene una pensión para alimentar el maldito animal... Sólo si la pudiera alcanzar... Es que haría un sancocho con ella.

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre! Esa mona lo ha vuelto completamente loco. (*Busca en la bolsa*). —Yo mejor voy a sacar los adornos de la plaza y comienzo a colocarlos, no vaya a ser que de tanto en tanto le agarre yo también idea a la mona... ¿Cómo es que se llama?

IGNACIO: —Teresa.

ADALBERTO: —¡Bestia, Ignacio! No piense más en eso, que se va a volver loco. (*Comienza a sacar los adornos de papel y los coloca a un lado; Ignacio, sin prestarle atención, los recoge con su gancho de hojas y los echa a la basura*). —¡Bestia! ¿Qué está haciendo? ¡Bestia, amigo, ya llega el jefe civil!

JEFE CIVIL: (*Entrando con el padre Malaquíás*). —¡Todo está listo!... Ahora nada puede salir mal, pronto llegarán las cámaras y todo el país sabrá de nuestro hermoso pueblo...

PADRE MALAQUÍAS: —Dios es grande, querido jefe civil. Sin Él, no se hubiera conseguido este milagro.

JEFE CIVIL: —El pueblo de San Casina al fin va a salir de abajo. Padre, debemos tener todo listo; este esfuerzo no puede ser en vano... (*Mirando a Ignacio y Adalberto*). —¡Y ustedes qué hacen holgazaneando! ¡Vamos, muévanse! Si esto no sale bien, de la misma forma se van a la calle... (*Dirigiéndose al cura*). —Igual que mi puesto... Necesitamos hacer de este evento un ejemplo de organización, debemos demostrar que esto es lo que necesita el pueblo... Que se necesita gente como yo, pujante, comprometida con el futuro...

PADRE MALAQUÍAS: —Querrá decir como nosotros.

JEFE CIVIL: —Eso quise decir. (*Continúan hablando en voz baja*).

ADALBERTO: —¿De qué estarán hablando?

IGNACIO: —No sé, pero algo bueno no es.

ADALBERTO:—¿Por qué siempre piensa así?

IGNACIO: —Porque de esos dos nada bueno puede salir.

JEFE CIVIL: (*Dirigiéndose a los dos hombres*). —¿Dónde está Teresa?

IGNACIO: —Dígale que se calle, compadre, porque puedo perder el control, y aquí se va a armar el verguero.

ADALBERTO: —Tranquilo, compadre. (*Señalando a la copa del árbol*). —Allá arriba se ve, jefe.

JEFE CIVIL: —Se ve asustada. Ven, Teresa, ven con papá... Seguro que va a ser la principal atracción. Hasta es capaz de que se convierta en el símbolo del pueblo.

PADRE MALAQUÍAS: —Se la imagina en el escudo del pueblo.

JEFE CIVIL: —Se vería hermosa.

IGNACIO: —Hasta que la agarre con estas manos y la convierta en puré.

PADRE MALAQUÍAS: —No se escucha lo que dice, hijo mío. ¡Vamos, confianza! Recuerde que hoy es el día... El día en que se podrán cumplir todos sus deseos.

IGNACIO: —Si eso sucediera, no sabe lo feliz que me haría.

PADRE MALAQUÍAS: —Hijo, tenga fe. Hoy, en este pueblo, va a acontecer un milagro.

ADALBERTO: —Un milagro, mi señor. Bestia, al fin le dieron su licencia para milagros, ya era hora.

PADRE MALAQUÍAS: —No, hijo, no se trata de eso. La era moderna llegará a nuestro pueblo: nos visitará «Te cumplo un sueño».

IGNACIO: —¿Y eso qué es?

PADRE MALAQUÍAS: —Un programa de televisión... No sólo es un programa de televisión, sino el más importante programa de televisión de todo el país.

JEFE CIVIL: —Después de que transmitan desde esta plaza, nuestro pueblo será el más famoso de toda esta región. Vendrán

empresarios de todos los rincones del país; los habitantes de San Casina saldrán al fin adelante, a enfrentar un nuevo futuro.

PADRE MALAQUÍAS: —Recuerde que yo ayudé para que el programa viniera; no olvide nunca eso...

JEFE CIVIL: —Cómo olvidarlo, su excelencia.

PADRE MALAQUÍAS: —Gracias, gracias, su alteza.

ADALBERTO: —Por cierto, su alteza, el campanario de la iglesia necesita algunos arreglos; sí, señor alcalde, es muy cierto lo que le digo. Yo, que desde hace mucho tiempo me he encargado de tocar esas campanas, las que se mantienen brillantes gracias a nuestro esfuerzo, ¿verdad, padrecito? Y que me acuerde, ni un centavo he ganado por tanto sacrificio... Creo que un buen arreglo...

PADRE MALAQUÍAS: —Cállese, infeliz, vagabundo. ¿Quién le dio permiso para hablar?

ADALBERTO: —Disculpe, padrecito, solo quería apoyarlo.

PADRE MALAQUÍAS: —Cállese, le dije.

IGNACIO: —Mejor lo deja así, compadre. Estos tienen lo suyo y no van a permitir que nadie más entre en el juego.

JEFE CIVIL: —¿Qué están comentando ustedes ahí? Esta gente nunca se conforma, por más que uno se sacrifique por ellos, que uno entregue todo en un arrebato de vocación hacia el prójimo... Pero nada, no se conforman... Mire a éste. (*Señalando con desprecio a Ignacio*). ¿Qué haría si no le hubiese dado este trabajo? No sé qué sería de él...

PADRE MALAQUÍAS: —Estaría muriéndose de hambre.

IGNACIO: —Pero sin trabajar gratis.

ADALBERTO: —Tranquilo, compadre.

JEFE CIVIL: —Padre, ya el puente de la entrada al pueblo ha sido adornado con las mejores galas; todos están reunidos allí. Vamos a recibir a nuestros visitantes; debemos darles una bienvenida de reyes. ¡Y ustedes terminen esto rápido aquí! (*Salen*).

Comienza a llover. Ignacio y Adalberto se guarecen debajo del árbol.

IGNACIO: —Compadre, no me diga que usted está trabajando con el padre y no le paga.

ADALBERTO: —Bueno, compadre, usted sabe, en algún momento llegará la bonanza. Eso dice el padrecito. Es más, seguro que con ese programa de televisión que estaban comentando todo se arregla.

IGNACIO: —Cree usted. No haga nada y verá que nada pasará. Compadre, ¿tiene hambre?

ADALBERTO: —Lo único que he comido es el trocito de pan que sobró de la misa de esta mañana. El estómago lo tengo pegado del espinazo.

IGNACIO: —Vamos, compadre. Teresa invita. ¡Corra, compadre! ¡Apunte bien! ¡Dele una pedrada!

Los dos comienzan a lanzar piedras a lo alto del árbol. Entra Julia, alarmada al ver la acción de los dos hombres.

JULIA: —Pero ¡qué es esto! ¿Qué están haciendo, condenados? ¿Acaso quieren matar a la mona?

ADALBERTO: —Disculpe, señora. Lo que sucede es que las moscas le molestan y tratábamos de espantarlas.

JULIA: —¡Dejen esas piedras allí, condenados locos!

IGNACIO: —¡Dos horas más sin comer!

JULIA: —¡Todo esto es un desorden!

ADALBERTO: —Pronto todo estará listo, señora Julia.

IGNACIO: —Y si no le gusta, arréglole usted.

JULIA: —¿Cómo dice?

ADALBERTO: —Lo que dice es: «¡Qué bella es usted!».

JULIA: —¡Fresco! Díganme, ¿dónde está el alcalde?

ADALBERTO:—Fue a recibir a la gente del programa de televisión
a la entrada del pueblo.

JULIA: —¡Al puente! ¡No puede ser! ¡Mentira!

IGNACIO: —Entonces, no pregunte si no va a creer.

JULIA: —Calle, hombre grosero. ¿Y ahora qué voy a hacer?

IGNACIO: —Irse a su casa a hacer oficio.

ADALBERTO:—Tranquilo, compadre. (*Dirigiéndose a Julia*). —Al parecer, la gente de la televisión quedó en encontrarse con ellos allí. ¿Qué sucede, señora Julia?

JULIA: —¡La mujer de la televisión ya llegó!

ADALBERTO: —¿Cómo puede ser eso?

JULIA: —Yo venía pasando por el puente de salida del pueblo, cuando una mujer desde una camioneta me preguntó dónde quedaba la plaza.

IGNACIO: —¿Y usted qué le dijo?

JULIA: —Mijo, cuando yo vi quién era, casi me da un desmayo.

ADALBERTO: —Pero hable. ¿Quién era?

JULIA: —Lory Lamberti, la del programa «Te cumplo un sueño». Y, como comprenderán, yo no podía dejarla en ese puente a merced de cualquier peligro.

IGNACIO: —Qué considerada.

JULIA: —Cállese, rufián. Entonces, me monté en la camioneta para ofrecerle mi ayuda... Y la llevé hasta mi ranchito para que tomaran un cafecito...

IGNACIO: —¿Un cafecito? Aprovechada la viejita.

JULIA: —¡Silencio, infeliz!

ADALBERTO: —Déjela terminar, compadre.

JULIA: —Y allí aprovechamos para hacer un sueñito... Mire, mijo, esa muchacha es un sol; entrevistó a mi familia antes de que se fueran con toda esa gente al puente, en la entrada del pueblo. Mi muchacho y su mujer se fueron corriendo a avisarles que ya Lory estaba aquí, y cuando quedamos solas aproveché para pedir un sueño, una ayudita, como quien dice.

ADALBERTO: —¿Por la televisión?

JULIA: —Claro, esa niña grabó todo lo que dije.

IGNACIO: —¿Y habló de la situación del pueblo?

JULIA: —Claro, le hablé de la situación que estaba pasando Gustavo. Usted sabe: el mayorcito de Isabel, mi hija; el esposo de Margarita. El pobre muchacho tiene ya veinte años y sin conseguir trabajo. ¿Le parece eso a usted posible?

IGNACIO: —Ese desgraciado es un vago.

JULIA: —¡Vago, no! La vida es injusta con él. Es un muchacho muy inteligente, pero nadie lo reconoce; merece un puesto acorde a su talento... como gerente o, por lo menos, jefe.

IGNACIO: —¿Jefe de qué?

JULIA: —De algo, de algo... cualquier cosa. Si usted viera el carácter que tiene para dar órdenes: a Margarita la tiene en la raya; si ese hombre se levanta a las doce y esa mujer no le tiene el desayuno, arde Troya.

IGNACIO: —¡Qué bello!

JULIA: —Bello es, eso sí tiene él.

ADALBERTO: —Pero ¿qué fue lo que pidió para el pueblo?

JULIA: —Bueno, le pedí vivienda... Una casita... para mudarme de aquí a un lugar más acorde con mi «estatus vivendis»... Como dicen. ¿Se imagina? Ese muchacho con un alto puesto gerencial viviendo aquí... Eso no es así...

IGNACIO: —Es una descarada.

JULIA: —¡Respete, infeliz! Yo también tengo derecho a cumplir mi sueño... Y Gustavito también.

IGNACIO: —Una pregunta, señora Julia. ¿Y cómo hizo para convencer a esa dama para que la acompañara hasta su casa?

JULIA: —Bueno, le dije que yo era la asistente del alcalde y que él ya regresaría...

IGNACIO: —Mentirosa la viejita.

JULIA: —¡Qué pasa! ¿Es que acaso no puedo ser la asistente del alcalde?

ADA: (*Ada entrando*). —¡Auxilio! ¡Auxilio!

JULIA: —¿Qué sucede?

IGNACIO: —¡Qué va a ser! Otra loca más, pero qué loca más divina.

ADA: —Cállese, hombre.

ADALBERTO: —¡Agárrela, Ignacio! ¡Se va a desmayar!

IGNACIO: —Con mucho gusto.

Ada se desvanece en los brazos de Ignacio.

IGNACIO: —¡Gracias, Dios!

JULIA: —Suéltela, desgraciado.

IGNACIO: —¿No me dijo que la sostuviera?

JULIA: —Despierta, mi niña. ¡Despierta!

ADALBERTO: —Le sigue gritando así y la va a matar.

JULIA: —Usted se calla. ¡Un doctor!

IGNACIO: —Yo mismo soy.

JULIA: —¡Qué va a ser usted!

IGNACIO: —Antes de caer en desgracia, trabajaba en el hospital central.

ADALBERTO: —Compadre, usted me sorprende cada vez más.

IGNACIO: —Apártense... Creo que no puede respirar. ¡Apártense!
(Acercas sus labios a los de Ada, mira al cielo suplicante).
—¡Gracias, Dios mío!...

ADA: *(Despertando)*. —¡Qué hace, señor Ignacio!

IGNACIO: —Yo solo...

ADA: —¡Suélteme!

IGNACIO: —Está bien... *(La suelta)*. —Pero...

JULIA: —Tranquila, niña, ¿qué sucede?

ADA: —Ayyyyy, señora Julia... ¡Se cayó!

ADALBERTO: —¿Se cayó? ¿Quién se cayó?

IGNACIO: —La única que se cayó aquí fue usted.

ADA: —¡No el alcalde!

JULIA: —¡Se cayó el alcalde!

ADA: —¡No! ¡El puente!

ADALBERTO: —¡Bestia!

IGNACIO: —Esto se puso feo.

JULIA: —¿Qué sucedió, hija? ¿Qué noticias son ésas en este día?

IGNACIO: —Te lo dije, pura desgracia.

ADALBERTO: —No sea pavoso, compadre. Cuente, niña. ¿Qué pasó?
¿Qué es eso de que el puente se cayó?

ADA: —Bueno, yo iba con toda la gente del pueblo a esperar que llegaran los de la tele. Pasamos el puente y sí noté que el río estaba crecido. De repente llegó su hijo, Gustavito, y habló con el padre; el padre gritó: «¡Ya llegaron! ¡Están en el pueblo!». Entonces todo el mundo se detuvo en el medio del puente; ahí estaba medio pueblo, parados, eufóricos, saltando. El puente parecía un trampolín: subía y bajaba haciendo un sonido muy extraño... De repente se oyó como un trueno. ¡Ay, Dios mío!

JULIA: —¡¿Qué pasó?!

ADA: —¡Se los llevó, señora Julia! ¡Se los llevó!

ADALBERTO: —¿A quién se llevaron?

ADA: —A todos... el puente se cayó y el río se llevó a toda esa gente. Algunas de las personas del pueblo han quedado del otro lado y ese río crece cada vez más; todos vamos a morir ahogados.

JULIA: —¡Ay! ¡Mi Gustavito! ¡Se me murió! Dime que no, mi niña, ¡dime que no!

ADA: —No, ya su familia estaba del otro lado y Gustavito se quedó de este lado. Creo que fue el único, pero no estoy segura.

IGNACIO: —Hasta suerte tiene el vagabundo ese. (*Dirigiéndose a Ada*). Tranquila, princesa, aquí estoy yo para salvarle.

JULIA: —¿A quién va a estar salvando usted? A Dios debería pedirle para que al menos le salve el alma. ¡Infeliz!

IGNACIO: —Mire, señora: antes de caer en esta desgracia, yo trabajaba como salvavidas en una de las playas más hermosas y peligrosas de este país.

ADALBERTO: —¡Usted sí que ha corrido mundo, compadre!

JULIA: —¡Charlatán! (*Socorriendo a Ada*). —¡Hija, eso no es nada! La gente de la televisión ya está en el pueblo y no sabe nada de la desgracia...

ADA: —¿Dónde están?

JULIA: —En mi casa tomando café.

ADA: —¿Y qué vamos a hacer?

JULIA: —No sé, hija, pero algo hay que hacer.

IGNACIO: —No se preocupen, yo me encargo de todo.

JULIA: —Si no voy pronto a la casa, esa gente va a venir... ¡Esto es una desgracia!

ADALBERTO: —¿Qué va a hacer, compadre?

IGNACIO: —Usted tranquilo.

ADA: —Pero ¿qué va hacer, señor Ignacio?

IGNACIO: —Lo que debe hacer un hombre en el momento que le llama el deber.

JULIA: —¿Qué está tramando, desgraciado?

IGNACIO: —Lo que todos quieren... Cumplir un sueño... Y es lo que en este día sucederá.

ADALBERTO: —¡Bestia! ¡Bello día! ¿Quién lo diría?

JULIA: —¡Cállese, bruto!

IGNACIO: —Tranquilo, sonría... (*Dirigiéndose a Ada*). —Y usted también, mi santa... Usted, vieja fea, haga lo que le venga en gana. Compadre, usted colóquese aquí, tome la bolsa de la basura y ábrale un hueco por arriba.

ADALBERTO: —¿Por aquí?

IGNACIO: —¡Deme acá! ¡Qué haría usted sin mí! (*Le abre tres huecos a la bolsa*). —Así está bien, venga para acá, acérquese. (*Adalberto se acerca e Ignacio le coloca la bolsa como un camisón*). —Muy bien, compadre. Ahora colóquese a mi lado y usted, mi princesa, de este otro lado... Y usted, vieja bruja, vaya y traiga esa gente hasta acá.

JULIA: —¡Usted no me manda a mí, renacuajo!

IGNACIO: —Si quiere, digo a todo el mundo la gran mentira que inventó...

JULIA: —Cochino recoge basura.

IGNACIO: —Vaya, vaya.

JULIA: —Ya voy, ya voy.

Julia sale. Los tres quedan parados, firmes, en medio de la plaza del pueblo. Comienza a llover copiosamente; se oyen gritos y el ambiente comienza a ponerse gris. Adalberto mira espantado en todas direcciones, sin dejar de mantener su actitud rígida. Julia intenta correr; Ignacio la sostiene por una mano y Julia lo abraza aterrorizada. Ignacio

mantiene su actitud firme, mirando al frente, altivo y orgulloso. De pronto, un cambur le da en la cabeza.

IGNACIO: —¡Mona desgraciada! ¡Ahora sí te mato!

Ignacio comienza a tirar todo lo que consigue a la copa del árbol. Adalberto trata de detenerlo; Ada grita ridículamente.

ADA: —¡A la mona, no! ¡A Teresa, no!

Ignacio, en su locura, lanza objetos al aire descontroladamente, desordenando toda la decoración de la plaza que sólo se basa en la decoración del árbol. Además, quiebra todos los bombillos de la plaza y todo queda a media luz.

ADALBERTO: —Compadre, ¿qué hizo? Ahora sí nos meó la perra.

IGNACIO: —La mona, compadre, querrá decir la desgraciada mona.

ADA:—No la trate así, señor Ignacio.

ADALBERTO: —¿Y ahora qué vamos a hacer?

IGNACIO: —Busque rápido unos bombillos, velas, algo con qué alumbrar la plaza.

ADALBERTO: —Ya vengo, compadre.

IGNACIO: —Apúrese, antes de que venga esa gente.

ADALBERTO: —Sí, compadre, ya regreso.

Quedan en penumbras Ada e Ignacio.

ADA: —Ahora, ¿qué haremos, señor Ignacio?

IGNACIO: —Tranquila, princesa. Yo la protegeré; acérquese... Así es, un poquito más...

ADA: —¿Qué está haciendo?

IGNACIO: —No se preocupe, yo sé muy bien lo que hago. Usted tiene una irrupción nerviosa postcaída *in situ* de puente paupérrimo de cuchitril menguado.

ADA: —¿Qué está usted diciendo, señor Ignacio?

IGNACIO: —Tranquila, yo tengo mucha experiencia en esto. Cuando trabajaba en el hospital central...

ADA: —¿Qué está haciendo? Deje.

IGNACIO: —Tranquila.

ADA: —¿Usted trabajaba en el hospital central?

IGNACIO: —Sí, mi melocotón.

ADA: —¿Y qué hacía allí?

IGNACIO: —Erudito palpador licencioso.

ADA: —Suena importante. ¡¿Qué está haciendo?!

IGNACIO: —Este síndrome ataca los músculos, sobre todo los superiores blandos dobles.

ADA: —¿Qué? ¡Suelte!

IGNACIO: —No puedo, es por su bien. Le dije que yo sé lo que hago.

ADALBERTO: (*Entrando con una linterna que alumbró a Ignacio y a Julia*). —¡Ya estoy aquí, compadre!

ADA: —¡Saque esa mano abusiva! ¡Grosero! (*Golpea la mano a Ignacio, separándola*).

IGNACIO: —¡Es que yo lo mato, compadre! ¡Lo mato! (*Se abalanza sobre Adalberto*).

ADALBERTO: —Tranquilo, compa. ¡Qué hace! ¡Tranquilícese! ¡Auxilio!

ADA: —¡Déjelo! ¡Señor Ignacio, usted es un doctor! ¡Los doctores salvan vidas!

IGNACIO: —¡Eso es! ¡Por mi vida!

ADALBERTO: —¿Qué pasa, compadre? Primero me dice que busque los bombillos, ¿y ahora me ataca? Realmente no lo comprendo.

IGNACIO:—Está bien, está bien, ya todo pasó. ¿Trajo los bombillos?

ADALBERTO: —Sí.

IGNACIO: —¿Y qué espera? Colóquelos.

ADALBERTO: —Está bien. (*Comienza a colocarlos*).

IGNACIO: —Y alumbre esa linterna a otro lado... Seguimos con la terapia, señorita Ada...

ADA: —No, no se preocupe, ya me siento mejor.

IGNACIO: —Eso cree usted, pero no es así.

ADA: —Le digo que ya me siento mejor.

IGNACIO: —Eso no puede usted saberlo, debe dejar su problema es manos expertas.

ADALBERTO: —Eso sí es verdad.

IGNACIO: —Usted cálese y apúrese. Mejor dicho, tómese su tiempo.

ADALBERTO: —Compadre, nos van a encontrar en estas fachas, ¿cómo vamos a salir por televisión así?

IGNACIO: —Compadre, le dije que tomara todas las bolsas. Pero ¿qué pasa, compadre? No parecen cosas de usted. Yo no le

había dicho nada, pero para que se entere, yo fui diseñador de modas antes de venir para acá. *(Toma la bolsa con los huecos y se la coloca a Adalberto)*. —Póngala así, eso es.

Ignacio comienza a realizar trajes con bolsas negras para él, Adalberto y Ada.

IGNACIO: —Esto lo hice ya hace mucho tiempo en un desfile de caridad que se hizo en la capital. Mis modelos eran el espectáculo central de la exhibición.

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre! Me siento hasta elegante... Pero qué hace usted aquí; debería estar en las pasarelas internacionales. Usted es un genio, compadre. Me siento como para una boda, ¿no ve, pues? *(Modelando)*.

ADA: —Señor Ignacio, el mío tiene que quedar bien bonito. *(Ignacio comienza a cortar las bolsas y a vestir a Ada)*. —Cuidado con las manos, señor Ignacio.

IGNACIO: —Tranquila, yo soy todo un profesional en esto del diseño.

Cuando terminan, se colocan en línea ceremoniosa. Entra Julia, corriendo.

JULIA: *(Entrando)*. —Se nos acabó el tiempo. ¡Ahí viene Lory Lamberti!

IGNACIO: —Recíbala, compadre.

ADALBERTO: —¡Bestia! ¡Todo yo, todo yo!... Adelante señorita: bienvenida a nuestro humilde pueblo de San Casina. Es un honor. ¡Bestia, usted sí es bonita!

JULIA: —Cállese, quítese del medio baboso. Pase, señorita. (*Mirando la comparsa que está en línea*). —Pero ¿qué vaina esta?

ADALBERTO: —Calladita, calladita, doña Julia.

Todos se colocan en línea. Lory comienza a hablarle a la grabadora.

LORY: —Les transmitimos en vivo y directo desde la población de San Casina, un pueblo de aproximadamente setenta familias, donde un torrencial aguacero ha dejado incomunicado a parte de sus habitantes, quedando muy pocas personas en él. Me informan que el puente de entrada se ha derrumbado y, en el momento en que nos dirigíamos acá a la plaza, hemos visto cómo se derrumbaba el puente de salida, dejándonos totalmente incomunicados. Estamos en una isla. En estos momentos nos recibe una comitiva, al parecer el líder de este reducido grupo de personas que han quedado en el pueblo. Hablemos con él para que nos dé sus impresiones y qué piensan hacer...

IGNACIO: —Himno de San Casina... Cante, Adalberto. ¡Cante!

ADALBERTO: —Bestia. ¿Qué himno?

IGNACIO: —¡No sé, cante!

ADALBERTO:

De tierra de esteros,

de agua de lluvia,

de un sol sin igual...

¡Bestia, qué bonito es!

¡Bestia, qué bonito es!

La belleza de su gente

no se puede comparar.

¡Bestia, qué bonito es!

¡Bestia, qué bonito es!

¡Vamos todos!

¡Bestia, qué bonito es!

¡Bestia, qué bonito es!

Somos felices en San Casina,
somos felices en San Casina...

—(*Desistiendo*). ¡No joda!...

—...Palabras del señor alcalde.

IGNACIO: —Bienvenidos, señores de la prensa, radio y televisión a esta hermosa plaza de San Casina, bañada de... Los recibimos con los brazos abiertos. En estos momentos difíciles, tenemos que afrontar con valentía el futuro de nuestro querido pueblo... Y sólo un hombre con entereza y verdadera vocación puede llevar adelante el destino de nuestro amado San Casina; por eso, yo entregaré todo de mí por ustedes...

JULIA: —¿Y quién le dijo a usted que nosotros queríamos que usted entregara nada?

LORY: —¿Usted se está haciendo cargo de toda esta situación? Señor...

IGNACIO: —Alcalde Ignacio José Cuervo, a sus órdenes.

LORY: —Señor Ignacio, ¿quién lo nombró alcalde? La situación que se está viviendo en este momento es sumamente delicada: estamos aislados; no hay señal todavía de que podamos ser rescatados. ¿Por qué cree usted que debe ser el alcalde de cinco personas?

ADA: —Él es doctor.

ADALBERTO: —Así es. Dígale, compadre, dígale.

IGNACIO: (*Contado a los asistentes con el dedo índice*). —¡Queridos habitantes de San Casina!... Muy bien, muy bien... Yo, este... Yo tuve una visión... No cualquier visión, ¡no!... Primero todo era oscuridad... Y silencio, sí, silencio... Allí estaba yo, en la nada... nada de nada... De pronto el silencio fue desapareciendo para dar paso a un sonido fuerte y agudo... Era una voz que cantaba «laaaaaaaaaaaaaa», una voz que inundaba todo el espacio iluminándolo con una gama de colores.

LORY: —Espere un momento. ¿Era sonido o era luz? ¿De qué grama habla usted? ¿Cómo era esa grama de colores?

IGNACIO: —Los dos, sonido y luz, ya no era la nada... Y la gama de colores: eran muchos, muchos... De repente una voz se escuchó en aquel espacio que ya era algo... Me hablaba a mí. Era una voz profunda; mis oídos vibraban intensamente, mis huesos se estremecían ante aquella poderosa voz que decía: «Un hombre... Un hombre llevará el destino de San Casina. Este hombre abrirá caminos prodigiosos... ¡Ese hombre eres tú!», me dijo.

JULIA: —¡Milagro, Dios! ¡Es un milagro!

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre! ¿Pero quién era?

IGNACIO: —Ya va, compadre, ya va, aún no termino. Y de aquella luz, ¿la recuerdan? De aquella luz aparece de repente un dedo apuntando hacia mí. La nada, que ya no era nada sino algo, se inundó con un olor particular que emergía, o parecía salir, de aquella mano que apuntaba con su dedo índice hacia mí...

ADA: —Usted es un elegido. ¿Quién era? ¿La Virgen?

JULIA: —¡Era Dios! ¡Era Dios!

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre, diga de una vez que me va a dar algo!

IGNACIO: —Teresa.

ADALBERTO: —¿Qué Teresa?

ADA: —Teresa de Calcuta.

IGNACIO: —Teresa, la mona.

TODOS: —¿La mona?

Cae un rayo sobre el árbol de la plaza. Se escucha un estruendoso trueno seguido del chillido aterrador de la mona Teresa. Gritos desesperados de todos; sonido de lluvia copiosa. Todo queda oscuro.

ADALBERTO: —Compadre, compadre, ¿dónde está? ¿Nos morimos?

IGNACIO: —¿Estamos en el cielo?

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre! Pero sí está oscuro... ¿No decían que había una lucecita?

ADA: —¿Qué está haciendo, señor Ignacio? ¡Suelte!

JULIA: —¡Qué suerte ni que suerte! ¡Es el fin del mundo! ¡El fin del mundo!

LORY: —Mantengamos la calma.

Comienza a parpadear la luz hasta regresar por completo. El árbol está partido por la mitad. Al pie del mismo, el cuerpo de la mona Teresa inerte, sepultado por un cerro de frutas. Todos están chamuscados, agrupados los cuerpos con fuerza y terror. Todos miran alrededor; quedan helados observando el cuerpo de la mona Teresa.

JULIA: —Es una señal: todos moriremos. ¡Es el fin del mundo!

IGNACIO: —Manténgase callada, señora. Además de fea, gritona.

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre! No la trate así que está que se muere de los nervios.

LORY: —¡Sobrevivientes! (*Entrando el cura y Gustavito, llenos de lodo*). —¡Allá los veo venir!... Seguimos reportando para «Te cumplo un sueño». La situación aquí, en el pueblo de San Casina, es verdaderamente grave; una copiosa lluvia cae sobre todo el pueblo. Vemos venir a dos sobrevivientes de la caída de los puentes, se ven muy mal.

JULIA: (*Abrazando a Gustavito*). —¡Mi muchacho! ¡Se salvó mi muchacho! (*Lo abraza y besa desesperadamente*).

LORY: —Pueden informarnos, ¿qué fue lo que sucedió? ¿Hay muchas víctimas? ¿De cuántas personas estaríamos hablando?

PADRE MALAQUÍAS: —Es una gran tragedia. Se cayeron todos al agua; nosotros pudimos nadar y cruzar el río hasta el pueblo. No sabemos nada de los demás, todo fue muy confuso... Y usted es...

LORY: —Lory Lamberti, ¡Te cumplo un sueño! Fuimos invitados por el alcalde...

IGNACIO: —Ese soy yo.

PADRE MALAQUÍAS: —¿Usted qué? ¿Qué está haciendo? ¿Se ha vuelto loco?

ADALBERTO: —La mona Teresa lo dijo.

PADRE MALAQUÍAS: —¿La mona?

JULIA: —Fue una epifanía.

PADRE MALAQUÍAS: —¿Epifanía? ¡Es que acaso todos se volvieron locos! En medio de este desastre, cómo se atreven a suplantar

a las autoridades. Hago un llamado al sentido común; éste es un momento donde las cualidades más profundas del ser humano deben salir a flote. La oración debe estar presente en nuestra mente. El hombre siempre es sometido a pruebas: pruebas divinas, pruebas del cielo. De allí debemos devenir en un hombre mejor. ¡Recapaciten, pecadores! ¡Somos hombres de Dios! ¡Y ésta es una señal del cielo! ¡Los designios del Señor son inescrutables!

IGNACIO: —¡Así es! ¡Bravo, curita! Eso mismo es: ¡una señal del cielo! Y como usted dice: «Los designios del Señor son inescrutables», entonces demos gracias al Señor por toda esta desgracia que nos ha tocado.

PADRE MALAQUÍAS: —¡El Señor sabe lo que hace! Todo tiene un fin, pecador.

IGNACIO: —El fin: «la muerte de la mona» y el principio: «sus palabras». El guía soy yo; todos son testigos de los hechos aquí sucedidos... La mona Teresa habló a través de mí. Un rayo del mismo cielo hizo la revelación. De la oscuridad vendrá la luz y la luz me ha tocado a mí... bueno, a la mona.

PADRE MALAQUÍAS: —¿Qué dices, miserable perverso?

IGNACIO: —Respeto a la autoridad. Los justos decidirán; todos son testigos de lo sucedido. Dígalo, compadre.

ADALBERTO: —Bueno, mi compadre...

IGNACIO: —Doctor.

ADALBERTO: —Bueno... El doctor... ¿Compadre, usted es doctor?

IGNACIO: —No le dije ya, que antes de venir acá...

ADALBERTO: —¡Bestia, verdad, compadre! Digo, doctorcito... Bueno, estaba lloviendo y un rayo cayó en el árbol de la plaza. Bestia, eso fue espantoso.

JULIA: —Y Teresa habló.

TODOS: —¡Milagro! ¡Milagro!

Todos hablan al mismo tiempo, gran confusión.

IGNACIO: —Tranquilos. Como la autoridad de San Casina, declaro cinco minutos de silencio... (*No pasan ni tres segundos*). — Ya. Para mantener el orden de la población de San Casina en esta emergencia, nombraremos las nuevas autoridades... Primero... Mi compadre se encargará de la defensa de nuestros bienes, territorio y la seguridad de nuestros ciudadanos...

ADALBERTO: —¡Bestia, compadre!

IGNACIO: —Doctor.

PADRE MALAQUÍAS: —¿Qué territorio? ¿Qué bienes? ¿Qué ciudadanos? ¿No se ha dado cuenta de que, al caerse los puentes, todo está inundado y lo único que queda es esta plaza?

IGNACIO: —Éste es nuestro territorio... Los bienes... Los que desde el cielo nos ha provisto la mona Teresa... Y los ciudadanos... (*Los cuenta con los dedos*). —Ustedes.

ADALBERTO: —Gracias, compadre.

IGNACIO: —Secretario de Seguridad y Defensa, recoja toda esa comida; métala en la bolsa y póngala acá, cerca de mí, para que quede a buen resguardo. (*Todos murmuran*). Controle a los ciudadanos. Vamos, haga su trabajo. ¡Rápido! ¡Debemos trabajar en la reconstrucción de San Casina!

JULIA: —¡Vámonos para nuestra casa, Gustavito! Vamos para que se eche un baño, mijo... Yo le hago una arepita; no le haga caso a ese loco.

GUSTAVITO: —No mamá; más agua, no. Además, todo está inundado. No hay adónde ir: sólo queda la plaza.

JULIA: —¡No me digas esa vaina! ¿Ahora qué vamos a hacer? ¡Vamos a morir todos!

PADRE MALAQUÍAS: —Debemos sobrevivir acá hasta que nos rescaten.

ADA: —¿Quién nos va a rescatar? Somos un pueblo olvidado, nadie sabe lo que aquí está sucediendo.

PADRE MALAQUÍAS: —La señorita Lory está transmitiendo todo; ya se debe haber enterado todo el país.

LORY: —Lo siento... Ésta no es una transmisión en vivo.

JULIA: —¡Pero usted me dijo que estaba grabando en vivo!

LORY: —Era para que pusiera más emoción a la grabación... Lo siento.

JULIA: —¡Ahora sí parió la perra! ¿Y mi casita? ¿Y el trabajo que le había conseguido a mi muchacho? ¡Esto es una desgracia!

ADA: —Morir así, en el olvido... Nunca he tenido nada, nunca tendré nada: ni familia ni hijos ni futuro. No se puede vivir sin esperanza, no se puede vivir así; esto no es vida. Lo único bueno es que, al fin, este pueblo se fue a la nada. Ya estaba sumergido en la nada; ahora que se sumerja en agua, al menos lo limpiará. (*Llora desconsolada, alejándose del grupo*).

JULIA: —¡¿Qué se sumerja?! Estás loca, hija. ¿Cómo vamos a salir de aquí? Vamos a morir todos ahogados. ¡No! Venga hija, venga.

Gustavito, Julia, el padre y Lory se separan de Ignacio y de Adalberto, reuniéndose en conversación casi inaudible.

ADALBERTO: —Compadre, ¿qué vamos a hacer? No tenemos dónde guarecernos. ¡Y bestia! Esta lluvia no se detiene.

IGNACIO: —Tranquilo, compadre, yo antes de regresar a este pueblo también construía casas. Ya vamos a resolver eso.

ADALBERTO: —Compadre, ¿en qué tiempo hizo usted todo eso?

IGNACIO: —La necesidad, compa, la necesidad. Después le cuento; lo importante en este momento es mantenernos unidos. Mire a esa pobre muchacha, tan linda, con ese aguacero en los ojos... parece una virgen.

ADALBERTO: —Vamos a ayudarla, compa, unas palabritas de esas que dice usted seguro le devuelven la calma.

IGNACIO: —Pa' eso sí que soy bueno... (*Acercándose a Ada*). —Flor del barro, capullito de agua...

ADA: —Déjeme tranquila, señor Ignacio, que, aunque lo respete mucho, si se me acerca más le doy una bofetada. En este momento no quiero oír nada.

IGNACIO:—¡Momento de huir!

ADALBERTO: —¡Bestia, compa! ¿Pa' dónde? No hay adónde correr... En tal caso, le toca utilizar sus conocimientos como salvavidas... Espero que también sepa defensa personal, porque esta gente no se ve contenta... Ahí vienen.

Gustavito, Julia, el padre y Lory se acercan a Ignacio y Adalberto. Salen Lory y Gustavito al frente; el padre los secunda a poca distancia.

GUSTAVITO: —Señor Ignacio, estamos en una situación pelúa: mi amá está muy asustada y nosotros también, ¿verdad?

JULIA: —Sí, mi amor.

PADRE MALAQUÍAS: —Así es, hijo mío. Señor Ignacio, debemos declararnos en emergencia. Dado los hechos, tenemos que pensar qué vamos a hacer. Ya Julia me ha contado todos los eventos de la mona Teresa, pero no por eso podemos perder la cabeza...

IGNACIO: —La mona Teresa habló.

ADALBERTO: —A través de mi compadre.

IGNACIO: —Cállese, compadre, que yo me defiendo solo.

ADA: —El señor Ignacio lo que ha intentado es cuidarnos a todos.

IGNACIO: —Habló alguien sensato... Y hermoso. (*Aparte*). —Verga, compadre, está bien buena.

ADALBERTO: —¡Bestia! Control, compadre, que están hablando con usted.

PADRE MALAQUÍAS: —Lo que hemos pensado es buscar la forma para que descubran que estamos aquí aislados. Mientras, tenemos que sobrevivir, trabajar unidos. Lo de la alcaldía y la mona Teresa podemos tratarlo después, ¿entiendes hijo?

IGNACIO: —Yo no soy su hijo. Está bien, pase por encima de los designios divinos; total, siempre lo ha hecho.

JULIA: —¡Cállese la boca, insensato! La señorita Lory quiere decirnos algo.

ADALBERTO: —¡Que nos engañó, eso ya lo sabemos, doña Julia! ¿No ve que no estaba grabando nada? Ahora, ¿con qué viene?, ¿otro sueño para cumplir? Llévese sus sueños, señorita. Por primera vez alguien me toma en cuenta; mi compadre me dio por fin un trabajo que tiene nombre: «Secretario de Seguridad y Defensa». Ahora ustedes dicen que «para después». ¡Después nada! Siempre lo mismo: ofrecen, ofrecen y al final siempre uno termina engañado.

IGNACIO: —Tranquilo, compadre, tranquilo. Bueno, padrecito. Y ahora, ¿qué quiere hacer? O tú, Gustavito. ¡Digan! Hablen.

JULIA: —¡Ah, no! A mi Gustavito usted no le habla así.

GUSTAVITO: —Dígale, mamá, dígame. (*Poniéndose en guardia como boxeador*). —¿Le doy? ¿Le doy?

ADA: —Ya está bien. No es momento para peleas.

IGNACIO: —Sí, mi cielo lindo, es verdad. (*Dirigiéndose a Gustavito*).
—Estás oyendo, animal.

GUSTAVITO: —Ahora sí le doy.

ADA: —Aquí nadie va a pelear, dejen que hable la señorita Lory. Adelante, señorita.

LORY: —Quiero que me disculpen por lo de la grabación. La verdad es que esta grabación en el pueblo de San Casina era para un material de apoyo... El verdadero sueño, y de lo que se trataba el programa, tiene que ver con el futuro, la prosperidad y el desarrollo: la construcción de un embalse. El padre Malaquías y el alcalde lo sabían.

IGNACIO: —Se lo dije, compadre: estos estaban tramando algo.

ADALBERTO: —¡Bestia! ¡Esto es una desgracia, padrecito! ¿Cómo se atreve a engañar a la gente así? Eso no se hace.

ADA: —¡La lluvia está empeorando! ¡Vamos a morir todos!

IGNACIO: —Debemos guarecernos de este diluvio.

ADALBERTO: —Bueno, compadre, le toca. Usted me dijo que construía casas.

IGNACIO: —¡Todos, ayuden! ¡Corten ese árbol!

ADA: —¡El árbol de Teresa!

ADALBERTO: —Bestia, compa, es lo último y único que queda del pueblo.

IGNACIO: —Tenemos que hacerlo. ¡Vamos, compadre, corten el árbol! ¡Vamos todos!

Todos comienzan a cortar el árbol, haciendo una pila de troncos a los pies de Ignacio. Luego hacen un techo con los palos y las bolsas; todo esto, ordenado por Ignacio.

IGNACIO: —Coloquen todos en línea...

ADALBERTO: (*Refiriéndose al árbol*). —Bestia, compadre, aquí va lo último que quedaba de nuestro San Casina.

IGNACIO: —Estamos viendo la desaparición de nuestro San Casina. Después de tantos años andando por otros caminos, regresar para presenciar esto me deja el alma arrugada, compadre. ¿Es posible esto que estamos viendo? ¿Esto que estamos viviendo? Se me vienen a la mente el abasto de don Miguel, las tardes hablando tonterías y Miguel con su cantaleta: «Fiado se acabó, hasta hoy les fío, pero mañana me pagan y abrimos otra cuenta». Eso mismo decía al día siguiente, y al otro y al otro. El sonido de las campanas de la iglesia, ésas... en las que usted se esmeraba tanto en mantener brillantes... Al caer la tarde, vagar por las calles polvorientas; las paredes de las casas a cada lado sin color definido, polvorientas igual. Polvorientas, pero nuestras. Son recuerdos de otros tiempos que ya no serán. Hasta la mona, compadre; hasta la bendita mona... me da una cosita aquí en el corazón. Compadre, los enemigos son una vaina; cuando están no los quieres, pero cuando se van te dejan un vacío inmenso. Allí te das cuenta de que sin ellos no hubieras hecho un montón de cosas. Todo vuelve al principio, compadre: las calles, las casas, sus paredes sumergidas, convertidas

en lodo, regresan a la tierra que los parió, y nosotros en esta loma, la única de este terraplén, orando para que la tierra se preñe de nuevo para la reconstrucción. Ya nada será igual, compadre; si esto sigue así, el cielo será nuestro San Casina.

Han terminado el refugio y todos se acomodan, acurrucados debajo del techo improvisado que han armado.

JULIA: —¡La muerte se viene!

TODOS: —Cállese, pavosa.

PADRE MALAQUÍAS: *(Habla muy bajo, casi inaudible. Todos comienzan a mirarle).*

ADALBERTO: —Padrecito, hasta para rezar es egoísta. ¡Rece para todos! ¿Por qué no nos explica el negocio que tenía con el alcalde? ¡Bestia! Es que no se puede confiar en nadie. Usted no sabe, padrecito, todo lo que yo he hecho para que no estuvieran hablando mal de usted por ahí. Les decía: «No hable así del padrecito, que hasta él me ha dicho que su nombre significa «Mi mensajero». ¡Mentiroso es lo que es! Padrecito, eso es traición; jugar con la fe de todos es traición al hombre. Usted se ríe de la fe, padrecito, y si se ríe de la fe, ¿qué podemos esperar sino traición? Usted sabe cuánto yo he rezado para que este pueblo se levantara en gloria este día. Sí, usted me había hecho pensar que los milagros eran posibles. Por gente como usted los hombres pelean, matan, despiertan todos los horrores del ser humano en nombre de la fe. ¡Bestia, no es así! Usted no va al cielo —si existe el cielo, porque ya estoy dudándolo—. Yo creo que ustedes inventaron toda esa vaina para jodernos, para hacernos vivir con miedo; y disculpen si me vulgarizo, pero es que estoy arrecho. Dígale, compa, dígale lo que yo le decía hace un rato... Tenga fe, compadre, algún día el milagro se cumple. ¡Bestia, yo sí soy bobo! Y usted me

dijo: «Estos andan en algo raro». Claro, haciendo negocio con nuestra fe, con nuestra creencia. ¿Qué le iban a dar, padrecito? ¿Qué es tan importante como para traicionar la fe de todo un pueblo? ¿Quién puede ser tan egoísta para vender la esperanza de un gentío?

PADRE MALAQUÍAS: —¡Hijo, este pueblo ya estaba muerto!

ADALBERTO: —¡No! Ustedes lo mataron. No hay peor liga que la religión y la política. Usted y el alcalde vendieron nuestro pueblo; estaban negociando a nuestras espaldas. ¡Bestia! No tire la piedra y esconda la mano. Ustedes dejaron este pueblo en la ruina, y ahora, que no tenían de dónde sacar más, se iban gloriosos, negociando nuestro pueblo para un futuro. ¿Un futuro para quién? Para usted, el alcalde y las grandes ciudades. Y nosotros... ¡al carajo!

JULIA: —Padre, no se quede callado. Díganos qué era lo que pensaban hacer antes de que nos trague el agua.

TODOS: —Cállese, pavosa.

JULIA: —¡Que me callo, no! Yo tengo derecho a saber qué es lo que está pasando. Es que no entiendo nada. ¿El padrecito se iba con el alcalde del pueblo? Si se van, yo también me quiero ir con ustedes. Aquí está cayendo mucha agua.

PADRE MALAQUÍAS: —El agua limpia, hija.

JULIA: —El único que necesita que lo limpien es usted, padrecito. Yo siempre he tenido la ilusión —el sueño, pues— de salir de abajo, de salir de este pueblo de una vez, pero no así... Ustedes no saben cuánto he ansiado vivir como vive esa gente en la televisión, esa gente que vive afuera, en otro país. ¿Yo no sé por qué esos países son tan bonitos?... ¡No como aquí! Con este barrial, esta gente toda fea. No como en la televisión: hasta los malos son bonitos, la gente vive bonito y hasta se muere bonito. Ese siempre ha sido mi sueño: salir de este pueblo con

mi muchacho, salir de este país que no nos deja vivir como en la televisión. ¡No quiero morir aquí! ¡Auxilio!

IGNACIO: —¿Acaso usted ha hecho algo para que sea diferente, para que sea como usted dice: «Bonito»?

GUSTAVITO: —No le hable así a mi amá. ¡Le doy, amá! ¡Le doy!

IGNACIO: —Hubiera empezado por intentar educar a este muchacho para ser un hombre de bien, un hombre que pudiera construir ese país bonito que usted sueña...

GUSTAVITO: —¡Ahora sí le doy!

Debajo de la lluvia que aumenta y bajo el sonido de truenos y luces de relámpagos, comienza un forcejeo debajo de techo: gran confusión que poco a poco disminuye. Todo vuelve a la calma; quedan en silencio, solo persiste el sonido de la lluvia.

LORY: —Debemos mantener la calma. Aunque, para ser sincera, la situación no se ve bien. La verdad es que el alcalde había pactado la mudanza del pueblo a otro lugar; esto iba a ser anegado para hacer un embalse... Pero creo que ya no hace falta que lo inunden ni que muden nada. Sólo quedamos nosotros y no sé si alguien lo sabe: el agua aumenta su caudal cada vez más... Debemos hacer algo. Debemos dejar pruebas y las razones por las que estuvimos aquí.

ADALBERTO: —¡Bestia! Pero si no queda ni una pared para escribir: «Yo estuve aquí».

LORY: —No me refiero a eso. Pondré la grabadora y cada uno dará su testimonio... Podría repetir sus palabras, señor Adalberto.

ADALBERTO: —«Yo estuve aquí».

LORY: —No, lo que dijo al padre Malaquías.

ADALBERTO:—Se me olvidó.

ADA: —El olvido, esa cadena pesada que llevamos sobre nuestros hombros. Yo no la quiero arrastrar. Usted hablaba de traición, señor Adalberto; el olvido es otra forma de traición. Se cometen a menudo más traiciones por las debilidades humanas, como el olvido, que por una razón... Yo quiero hablar.

LORY: —Adelante... Grabando... Diga su nombre...

ADA: —Ada García, habitante de San Casina. Soy la más joven del grupo abandonado a nuestra suerte en lo que queda de la plaza de San Casina. Estábamos todos ilusionados con un cambio que venimos esperando desde hace mucho tiempo: la fiesta del amor y la fraternidad, un día especial para renovar votos y retomar un nuevo camino. Ahora lo que siento es un gran temor; temor a ustedes, los dirigentes espirituales y políticos... Siento haber descubierto un plan de exterminio, un plan de exterminio al pueblo de San Casina, un plan de exterminio a los que menos tienen... Ustedes violan nuestro derecho a vivir, a formar parte de la sociedad. Desatienden los principios básicos de la hermandad de los hombres; se burlan de los justos, de los pobres e inocentes y luego piden decencia. No saben qué es eso. ¿Por qué no decirlo claro, con todas sus letras? Los que más tienen ya tienen sus esclavos y nosotros sobramos. ¿No es así, padrecito?

PADRE MALAQUÍAS: —Hija, recuerda que el progreso, en ocasiones, conlleva un alto precio, al igual que los designios de Dios.

ADA: —No. Aquí no está la mano de Dios. No es por religión, política o poder; son los hombres como usted y su ambición, su obsesión por el poder, por su espíritu egoísta, individual... Vea el futuro de la señora Julia. Su futuro lo sueña fuera de este pueblo, en una gran casa como las de la televisión... Y cuando salga del pueblo, si llega hacerlo, a vivir en la casa que le toque y no la de sus sueños, querrá salir de ese lugar porque

no está a su altura y así pasará toda la vida, no entendiendo que el cambio que necesita es en ella. Gustavito es un reflejo de ella: no hace nada y no pasa nada, pero para él eso es culpa de los demás que no hacen nada...

GUSTAVITO: —Se salva porque a las mujeres no se les pega.

IGNACIO: —Tenga mucho cuidado, jovencito. Cuando joven fui campeón en karate y kung-fu, y dos veces medallista en boxeo... Mis manos son armas mortales.

ADA: —El señor Ignacio, en su afán de cuidar a los demás, utiliza los mismos medios que critica tan ferozmente todos los días: el engaño, la fe, el poder. Es el ejemplo de cómo un hombre bueno puede convertirse en un ser perverso, envuelto en mentiras y engaños en nombre del bien. Usted, señora Lory, no la conozco más allá de la figura en la pantalla que veo todas las semanas, una tras otra, pero no crea que no es evidente que, bajo su rostro hermoso y sus letanías de cumplir un sueño, se oculta el sueño egoísta de ser reconocida: el sueño retorcido de aprovecharse de las miserias de los demás para tener más seguidores... No crea que no lo sabemos, que no lo presentimos. Hasta en este momento, donde está tan cerca la muerte, quiere ser el centro y, si es posible, dejarse llevar por la muerte si en este mismo momento la viene a buscar para sellar su despedida con la fama...

Se escucha una voz en la lejanía. Todos quedan paralizados.

VOZ: —Lory, ¡Loryyyyyyy! (*La voz incesante como un eco del más allá*).

ADALBERTO: —¡Bestia, niña, no hable más! ¡Compadre, ésa es la muerte que nos vino a buscar!

IGNACIO: —¡Que se la lleve a ella primero, compadre! Yo oí clarito:
«Lory, ¡Loryyy!» ¡La vaina es con ella!

JULIA: —¡Padrecito, rece por nosotros!

GUSTAVITO: —¡Qué va a estar rezando nada, amá! ¿No oyó que el padrecito es bien pecador, que todo esto es por culpa de él y el alcalde? Me provoca es darle una mano por el ojo. ¡Le doy, amá!

JULIA: —Dale, mi amor, total ya nos llevó la pelona.

PADRE MALAQUÍAS: —Hijo, debes ser compasivo, y más en la partida de este plano terrenal que nos ha hecho a todos pecar.

LORY: —¡Perdóname, Dios! Tú sabes que todo lo que he hecho es con buena intención. ¡La muerte me viene a buscar! (*Todos: ¡Escena de desesperación!*). —¡El show debe continuar!

Todo se convierte en caos en el pequeño espacio que queda aún sin agua: gritos desesperados de auxilio, llantos.

ADA: —Hagan silencio... ¡Es un bote! ¡Vienen a rescatarnos!

TODOS: —¡Por aquí! ¡Por aquí!

Gran algarabía indicando la posición donde se encuentran. Se abrazan, saltan de alegría. La luz se va apagando gradualmente hasta llegar a oscuro total. La escena regresa al principio: luz cenital. Ignacio sentado; sobre sus hombros, una piel de animal rodeando su cuello a forma de bufanda.

IGNACIO: —Ese día, como si se tratase de una maldición invocada por la acción del oportunismo, la ambición del poder, la falsedad de religiosos y el desarraigo a la tierra de todos los habitantes de San Casina, desapareció nuestro terruño. Sucumbió bajo

las aguas; sólo queda este islote que antes era la plaza central y, allá en el fondo, el campanario de la iglesia. Sus campanas sobresalen asomadas tímidamente, como mirando a escondidas a nivel del agua. Son testigos mudos de una vida que quedó sumergida. Ahora este melancólico paisaje no es sino el reflejo de una historia triste: la historia del pueblo de San Casina, la historia del pueblo que el pantano se llevó... La historia que contamos todos los días al borde de la carretera, a todo el que pasa, como ustedes... La historia que recorre en bote por todo el embalse Adalberto, cual góndola triste; una historia condimentada por los ricos dulces de Julia y las empanaditas de pescado de Ada, fruto del embalse. Este embalse que redimió al padrecito Malaquíás con sus sermones y ofrendas en la plaza convertida en isla; esta historia que nos hizo comprender que San Casina no es tierra, no es agua: es sangre y piel. La piel de sus habitantes. Nosotros somos San Casina. ¡San Casina existe!

FIN

Obras escindidas

digital

Fundación Editorial El perro y la rana

en el mes de mayo de 2026

Caracas, República Bolivariana de Venezuela





Obras escindidas

Las cinco piezas dramáticas reunidas en esta obra nos presentan a hombres y mujeres comunes y corrientes que habitan los márgenes de una cotidianidad desgastada. Una serie de personajes que transitan entre el destierro involuntario, la pérdida de la vitalidad y la búsqueda incansable de una luz que los rescate de sus propias celdas sin barrotes. En estos relatos, lo simbólico irrumpe para ofrecer una tregua al vacío y a la soledad de sus protagonistas. Con una sensibilidad que delata una aguda observación de la psique humana, en ellos, José Luis León explora la resiliencia frente a la desesperanza y le da voz a quienes han sido silenciados; también, nos invita a descubrir que la imaginación se encarga de proteger a quienes son víctimas del mayor de los abandonos: *el de haber dejado de ser el protagonista de su propia historia.*

JOSÉ LUIS LEÓN PACHECO, Caracas (1961)

Director teatral, titiritero, productor, dramaturgo y actor. Licenciado en Teatro, mención Dirección Teatral, de la Unearte. Comenzó en las tablas de la mano de su padre, el maestro José León, creador del Teatro de Títeres Los Monigotes (1974). Orden Francisco de Miranda (2020) en su segunda clase. Miembro de la Junta Directiva de la Compañía Nacional de Teatro (2018 hasta la fecha), se ha desempeñado como director artístico de esa institución. Coordinador de Producción del FITProgresista, Festival Viva Venezuela Mi Patria Querida y del Festival Nacional de Teatro. Vocero principal de la Red Nacional de Teatro y Circo -capítulo Caracas- hasta el 2015. Miembro del Estado Mayor de Cultura y del Consejo Presidencial de Cultura. Presidente y director artístico del Centro de Producción de Actividades Alternas, empresa familiar creada en 1994.

PUBLICADO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Ministerio del Poder Popular para la
CULTURA

www.mincultura.gob.ve | [f](#) [@](#) [x](#) @mincultura_ve